

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FIOGRAFÍA Y LETRAS

SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LA OBRA DE UNAMUNO
Y DE PÍO BAROJA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

EDGAR SILVESTRE VITE TISCAREÑO

ASESOR: MTRA. LOURDES PENELLA JEAN

MÉXICO, D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres,
quienes me han apoyado en todo momento.

Agradecimientos

Creo que me será imposible agradecer a toda la gente que ha contribuido a la realización de esta investigación, pero sobre todo a aquellos que contribuyeron en mi inclinación hacia la literatura.

Antes que nada debo comenzar por agradecer a mi familia, en especial a mis padres, quienes han sido un apoyo constante a lo largo de mi vida. Ellos fueron la causa principal de mi gusto por la lectura y de mi acercamiento al arte y la cultura. También agradezco a mi hermana, quien comparte mi entusiasmo por la literatura, lo cual nos ha hecho intercambiar libros y sumergirnos en apasionadas discusiones.

Agradezco el apoyo de la Mtra. Lourdes Penella, quien me ha contagiado su entusiasmo por la literatura y me ha brindado su sincera amistad. A ella debo el descubrimiento de la reflexión filosófica como una guía para la interpretación literaria. También agradezco a la Dra. María Andueza por sus pertinentes observaciones, pues fueron un punto clave en la discusión a fondo de mi propuesta. Al Lic. Carlos Rubio por sus comentarios, por ayudarme a pulir mi estilo y a desarrollar mi planteamiento con mayor claridad. A la Mtra. Rosalinda Saavedra, por su excelente labor docente y por brindarme su amistad. A la Dra. Beatriz Arias por ayudarme a descubrir mi gusto por la Filología. A todos mis profesores del SUA, quienes han contribuido en mi orientación literaria y en mi formación como persona.

A todos mis compañeros y amigos. En especial a Aurora Juárez, por sus sabios consejos, su buen humor y su adorable conflicto generacional. A nuestra querida Alejandra Ortiz, quien hasta que se pruebe lo contrario, sigue siendo un producto de nuestra imaginación. Por último agradezco a Astrid Ruiz, por su paciencia y su comprensión, pero sobre todo por ser mi refugio y mi fuente de inspiración.

Índice

Introducción.....	1
1. La generación del 98 y su propensión hacia una concepción trágica de la vida.....	6
1.1 Decadencia y crisis del pueblo español.....	9
1.2 Influencia ideológica de la generación del 98.....	13
1.3 La disyuntiva entre la salvación y la condenación.....	24
1.4 La esperanza frente al abismo existencial.....	29
1.5 El espíritu de una generación en su literatura.....	33
2. La experiencia de la conciencia y el descubrimiento de la libertad.....	36
2.1 La superación de una derrota.....	39
2.2 La agonía como activación de la conciencia.....	43
2.3 La reflexión e introspección en las novelas.....	46
2.4 Responsabilidad y crisis moral.....	54
3. La oposición entre el individuo y la sociedad.....	61
3.1 Egoatría y relativismo.....	66
3.2 La escisión interna y la enajenación.....	70
3.3 Individualismo y rechazo a la sociedad.....	82
3.4 La crueldad universal y la lucha de unos contra otros.....	89
3.5 La piedad como forma de empatía.....	94

4. La muerte y la idea de trascendencia.....	99
4.1 Fe, ateísmo y agnosticismo.....	99
4.2 El problema de la muerte y la lucha por la vida.....	107
4.3 El suicidio como negación de la existencia.....	115
4.4 El sentido de la trascendencia.....	121
Conclusiones.....	129
Bibliografía.....	135

Introducción

Por medio de esta investigación me he propuesto analizar de qué forma la filosofía existencial influyó en la vida, el pensamiento y la obra de Miguel de Unamuno y de Pío Baroja. Para demostrarlo he partido de la fuerte crisis española, la cual no sólo constituyó una circunstancia particular de su generación, sino que gestó en ellos una postura intelectual que los hizo reflexionar en torno al sentido de la vida y, en concreto, sobre su propia existencia. En esta medida me parece que ambos autores desarrollaron una concepción trágica de la vida a través de sus escritos.¹

Uno de los aspectos que más llamó mi atención al entrar en contacto con la obra de Unamuno fue el hecho de encontrarme con un escritor cuyos textos van más allá de un planteamiento literario y cuya fuerza reflexiva linda con las fronteras de la filosofía. En esta medida he descubierto que en la literatura de este autor, particularmente en el caso de *Abel Sánchez*, *Niebla*, *San Manuel Bueno, mártir* y *Del sentimiento trágico de la vida*, puede apreciarse una serie de preocupaciones sobre las implicaciones de la existencia humana. Por esta razón me parece que en estas obras encontramos de forma explícita una propuesta existencialista, que tuvo como finalidad encontrar una salida a la crisis de su época.²

¹ En esta medida me parece que para comprender de forma adecuada la obra literaria de ambos autores es necesario remitirnos al contexto social, histórico e ideológico. Esto es a lo que se refieren Pichois y Rousseau cuando establecen las concepciones de la vida correspondientes a cada período histórico. De hecho mi planteamiento tiene la intención de mostrar que la fuerte crisis española forjó en ambos escritores una interpretación trágica de la vida que se permeó radicalmente en las tramas y personajes de sus textos. *Vid.* Pichois, Claude y André-M. Rousseau. *La literatura comparada*. Trad. Germán Colón. Madrid: Gredos, 1969. p. 115.

² Sobre este punto me parece relevante la propuesta de Pichois y Rousseau quienes plantean que los diversos movimientos literarios reciben una cierta influencia de las ideas filosóficas y morales de su época, así como de períodos anteriores. En este sentido, y desde mi perspectiva, la influencia ideológica en la generación del 98 resulta innegable; especialmente en el caso de Unamuno y de Baroja encontramos una marcada influencia del pensamiento de Shopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche. *Vid.* Pichois, Claude y André-M. Rousseau. *La literatura comparada*. ed. cit. p. 142.

En el caso de Pío Baroja no existe una reflexión filosófica en sentido estricto, pero su interpretación sobre el hombre resulta tan vívida como la de su compatriota; en ciertos momentos presenta una lucidez que resulta llana y terrible a la vez. Al respecto he seleccionado algunas de sus novelas más destacadas como *El árbol de la ciencia*, *El mundo es así* y *César o nada*, en las cuales se muestra la continua agonía en que se sumergen sus protagonistas y su insondable distanciamiento con respecto al resto de los personajes, haciendo patente la angustia y el dolor como parte de la condición humana. En esta medida me parece que ambos autores son herederos de una sensibilidad común, la cual parte de un planteamiento existencial y se desarrolla de forma muy particular en sus correspondientes perspectivas; por lo que estos han sido los criterios que he empleado para escoger solamente algunas de sus obras.

Una de las tesis que defiendo a lo largo de mi investigación se refiere a que existe una relación muy estrecha entre la obra de Unamuno y la de Pío Baroja, a pesar de sus mutuas diferencias. Sobre este punto, Luis Martín Santos en su artículo titulado “Baroja-Unamuno” plantea que ambos autores son muy distintos entre sí y que solamente comparten algunas características comunes al resto de los miembros de su generación. El crítico piensa que ambos autores coinciden en su admiración por la tierra de Castilla, en su marcado individualismo, en la presencia de una actitud crítica en sus textos, en la inconformidad hacia los abusos políticos y sociales, así como en el desarrollo de una estética sombría y agonizante:

Quando he repasado estos factores comunes que he encontrado entre Baroja y Unamuno, me ha llamado la atención el que no son tan exclusivos, sino que son comunes a toda su generación (...) Lo que hay de común entre Baroja y Unamuno es lo que unifica a toda la generación a que pertenecen: estos factores del individualismo, de agresividad, de crítica de la realidad de falta de soluciones concretas, de sensibilidad al paisaje y de la idealización de unos hechos que en sí son desagradables, de esa España negra de secano que les ha fascinado por una extraña operación espiritual, quizá de resignación a lo inevitable, de la que sería muy interesante intentar su psicoanálisis.³

³ Martín Santos, Luis, “Baroja-Unamuno” en Martínez Palacio, Javier (ed.). *Pío Baroja*. Madrid: Taurus, 1979. p. 230-231.

De esta forma Luis Martín Santos concluye que la serie de elementos comunes a cada uno de estos escritores se limita solamente a ciertos rasgos que no son exclusivos de sus obras, pues también se dan en el resto de sus contemporáneos. Si bien es cierto que el pertenecer a la generación del 98 determinó gran parte del contenido y el estilo de sus creaciones, eso no es lo único que tienen en común. Por esta razón en mi interpretación sobre ambos autores me he encargado de demostrar otras características que los vinculan más estrechamente entre sí.

En este sentido cabe destacar su mutua preocupación por los conflictos que se desprenden de la existencia humana, un factor esencial de su concepción trágica de la vida. Para ambos autores la tragedia humana radica en una serie de tensiones individuales que se desatan por la relación del sujeto consigo mismo y por el contacto con los otros. De este modo encontramos una serie de núcleos temáticos que son comunes a la obra de ambos escritores, entre los más importantes destacan la activación de la conciencia y la conformación de la identidad a través de la introspección, el lugar de la libertad y la responsabilidad en orden a las acciones, la enajenación del individuo y la oposición de la sociedad, la confrontación con la propia muerte y el problema del suicidio, así como el sentido de la vida y el lugar de la trascendencia.

Mi planteamiento proviene de ciertas herramientas de la literatura comparada, sobre todo en relación a la idea de generación. Es necesario aclarar que en sentido estricto mi investigación no asume todos los elementos de esta metodología, pues no se trata de autores distantes histórica, ni culturalmente sino que, al pertenecer a una misma generación, comparten una concepción literaria semejante. Por esta razón debo mencionar que mi estudio de sus obras es sincrónico, pues me interesa resaltar el modo como algunos acontecimientos de su época ejercieron una influencia directa en su estilo literario.⁴

⁴ Vid. Pichois, Claude y André-M. Rousseau. *La literatura comparada*. ed. cit. p. 111.

Por otro lado he acudido a una noción de Ulrich Weisstein que me ha parecido compatible con mi estudio y que se refiere a la forma como debe comprenderse una generación literaria. El autor alemán plantea que una generación no se conforma esencialmente por la coincidencia temporal de un grupo de escritores, sino sobre todo por las vivencias compartidas que originan una interpretación particular del hombre, del mundo y del arte. En este sentido, la generación del 98 no sólo se constituye como un grupo de choque y oposición a los viejos cánones estéticos, sino sobre todo como una amalgama de vivencias que se traducen en una sensibilidad común:

El concepto de comunidad de vivencias puede resultar muy útil a la literatura comparada, sobre todo cuando se trata de vivencias comunes a varios países o incluso varios continentes (...) Un ejemplo bastante claro de movimiento internacional en el que la generación se manifiesta artísticamente como una comunidad vivencial, lo constituye el dadaísmo, surgido como reacción contra el nacionalismo y patriotismo mal entendidos de los primeros años de guerra, además de como protesta anarquista contra la corrupción de una civilización que estaba cavando su propia tumba.⁵

También he tratado de mostrar los motivos literarios que conforman las obras que he escogido. Al respecto, he retomado el concepto de Weisstein sobre los temas de situación, donde los personajes y la trama de una determinada historia nos remiten a un cierto tipo de tema.⁶ Partiendo de dicha noción he llegado a la conclusión de que en el caso de Unamuno y de Baroja, los personajes y las situaciones de sus novelas terminan por remitirnos a un planteamiento existencialista que no se limita a una finalidad estética, sino que posee motivaciones profundamente éticas, pues en el fondo ambos escritores buscaban hallar una salida a la fuerte crisis que padecieron.

Para alcanzar los objetivos propuestos, dividí la investigación en cuatro partes. En el primer capítulo me dedico a mostrar las características de la generación del 98 que influyeron en la concepción trágica de Miguel de Unamuno

⁵ Weisstein, Ulrich. *Introducción a la literatura comparada*. Trad. Ma. Teresa Piñel. Barcelona: Planeta, 1975. p. 226-227.

⁶ Weisstein, Ulrich. *Introducción a la literatura comparada*. ed. cit. p. 287-288.

y de Pío Baroja, por lo que es necesario destacar que mi análisis se restringe a ambos escritores. En el segundo capítulo comparo su obra, la forma en que cada uno presenta los diversos mecanismos por los que el sujeto adquiere conciencia de sí mismo, destacando el lugar de la introspección como un elemento clave de su estilo y el énfasis que ponen en el tema de la libertad como parte de la crisis moral que padecieron.

En el tercer capítulo examino los motivos por los que el individuo ocupa el lugar central en sus novelas, a partir de las diversas rupturas que ocurren en el sujeto, tanto a nivel personal como en la dimensión social, poniendo especial atención en la alienación y la lucha de unos contra otros. En este mismo capítulo presento detalladamente las diferencias entre el sentimiento trágico de la vida en la obra de Unamuno y la de Baroja. En el cuarto capítulo estudio el sentido de la trascendencia para cada uno, a partir de sus respectivas creencias e ideologías. Terminó analizando el lugar de la muerte y el problema del suicidio como parte del conflicto existencial para demostrar cómo se relacionan con la interpretación trágica de ambos autores.

1. La generación del 98 y su propensión hacia una concepción trágica de la vida

Si del todo morimos todos, ¿para qué todo? ¿Para qué? Es el ¿para qué? de la Esfinge, que nos corroe el meollo del alma, es el padre de la congoja, la que nos da el amor de esperanza.

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*.¹

Existe una gran cantidad de estudios sobre la crisis española y la forma como incidió directamente sobre la ideología y sensibilidad de toda una generación. Si bien es difícil comprender una determinada corriente artística si no se le vincula con su contexto, en esta investigación me limitaré a abordar algunos de los acontecimientos más representativos, sin detenerme en un detallado estudio histórico. En este sentido pretendo resaltar la forma en la que dichos sucesos afectaron directamente el desarrollo de la literatura de los autores estudiados.

A finales del siglo XIX ocurrió una serie de acontecimientos que marcaron a la sociedad española y que la condujeron al conocido “desastre del 98”. En la esfera política la alternancia entre conservadores y liberales en el poder no satisfacía a la población que sufría serias dificultades económicas. De esta forma surgieron diversos grupos políticos: anarquistas, socialistas y carlistas intentaban encontrar las soluciones que los conservadores y los liberales no hallaban. Pío Baroja ilustra esta polaridad en la tensa relación que se mantiene entre Andrés Hurtado y su padre en *El árbol de la ciencia*:

Generalmente el motivo de las discusiones era político; don Pedro se burlaba de los revolucionarios, a quien dirigía todos sus desprecios e inectivas, y Andrés contestaba insultando a la burguesía, a los curas y al ejército. Don Pedro aseguraba que **una persona decente no podía ser más que conservador. En los partidos de avanzada tenía que haber**

¹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1964. p. 43.

necesariamente gentuza, según él. Para don Pedro el hombre rico era el hombre por excelencia; tendía a considerar la riqueza, no como casualidad, sino como una virtud; además suponía que con el dinero se podía todo. Andrés recordaba el caso frecuente de muchachos imbéciles, hijos de familias ricas, y demostraba que un hombre con un arca llena de oro y un par de millones del Banco de Inglaterra en una isla desierta no podría hacer nada; pero su padre no se dignaba a atender estos argumentos.²

En general predominaba un ambiente de descontento, de dejadez en todos los sentidos, pues la mayoría de la población vivía en condiciones miserables y además era hostigada por los caciques. La industria que existía se encontraba en Cataluña y el País Vasco, por lo que la concentración de este tipo de actividades produjo la emigración hacia zonas más prósperas. Por su parte, las clases altas formadas por aristócratas y miembros de la alta burguesía vivían apartadas de los problemas del campesinado y del proletariado, en un mundo cerrado sobre sí mismo.

En lo que respecta a la explotación de los trabajadores, Pío Baroja nos remite a su propia experiencia; pues sostuvo una relación directa con el gremio de los panaderos, debido a que administró uno de estos negocios. Así nos narra en *La busca* las penas y abusos sufridos por el protagonista, quien trabaja en una panadería:

La vida en la tahona era antipática y molesta; el trabajo, abrumador, y el jornal, pequeño: siete reales al día. Manuel, no acostumbrado a sufrir el calor del horno, se mareaba; además, al mojar los panes recién cocidos se le quemaban los dedos y sentía repugnancia al verse con las manos infiltradas de grasa y hollín. Tuvo también la mala suerte de que su cama estuviese en el cuarto de los panaderos, al lado de la de un nuevo mozo de tahona, enfermo de catarro crónico, por la infiltración de harina en el pulmón, que gargajeaba a todas horas. Manuel de asco, no podía dormir en el cuarto de los panaderos, y se marchaba a la cocina del horno y se

² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003. p. 46. A partir de esta nota y a lo largo de toda la tesis, las negritas resaltadas dentro de las citas textuales son mías.

echaba en el suelo. Se sentía siempre cansado; pero, **a pesar de esto, trabajaba automáticamente.**³

En este mismo período Cuba, Puerto Rico y Filipinas eran las últimas colonias de ultramar que poseía España. Las guerras coloniales que se habían iniciado en 1895 fueron minando poco a poco la moral y la economía de toda la nación.⁴ El 1º de mayo de 1898, el comandante Juan de la Concha descubrió que una flota estadounidense se aproximaba hacia posiciones españolas. Las tropas imperiales fueron derrotadas y aniquiladas; el ejército americano solamente sufrió una baja: el maquinista del *Boston* irónicamente murió a causa de un ataque al corazón. Sobre esta inminente derrota, podemos leer en *El árbol de la ciencia*:

Nosotros tenemos en Santiago de Cuba seis barcos viejos, malos y de poca velocidad; ellos tienen veintiuno, casi todos nuevos, bien acorazados y de mayor velocidad. Los seis nuestros, en conjunto, desplazan aproximadamente veintiocho toneladas; los seis primeros suyos, setenta mil. Con dos de sus barcos pueden echar a pique toda nuestra escuadra; con veintiuno no van a tener sitio a donde apuntar.⁵

Esta humillación provocó que la conciencia de los españoles, al menos la de los intelectuales, se tambaleara e intentaran buscar soluciones ante la decadencia de España, en el pasado potencia mundial. Pío Baroja se refiere directamente a este conflicto en *El árbol de la ciencia* y, aunque muestra a Andrés Hurtado un tanto alejado de dicha preocupación, en contraste nos deja ver el excesivo interés de la opinión pública:

³ Pío Baroja, en García Velasco, Antonio. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación, 1999. p. 32.

⁴ Sobre este aspecto Pío Baroja considera que de algún modo se estaba pagando el excesivo expansionismo de siglos pasados, el cual desde su perspectiva tuvo como mayor consecuencia el descuido de la misma España: “Hemos purgado el error de haber descubierto América, de haberla colonizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio protestante imbécil y tan fanático o más que el del católico. Hemos perdido las colonias. España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia al tronco. El sol no se ponía en nuestros dominios; pero mientras en América iluminaba ciudades y puertos y monumentos contruidos por los españoles, en España no alumbraba más que campos abandonados, pueblos sin vida, ruina y desolación por todas partes.” (Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959. p. 361.)

⁵ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 237.

Al ver el cariz que tomaba el asunto y la intervención de los Estados Unidos, Andrés, quedó asombrado. En todas partes se hablaba más que de la posibilidad del éxito o del fracaso. El padre de Hurtado creía en la victoria española; pero en una victoria sin esfuerzo; los yanquis que eran todos vendedores de tocino, al ver a los primeros soldados españoles, dejarían las armas y echarían a correr. El hermano de Andrés, Pedro, hacía vida de *sportman* y no le preocupaba la guerra; a Alejandro le pasaba lo mismo; Margarita seguía en Valencia.⁶

Finalmente hay que recordar que la firma del Tratado de París significó el fin de un sueño; la otrora grandeza había quedado reducida, en unas horas, a ceniza. La entrega de Cuba, Filipinas y Puerto Rico obligaba a replantearse el camino que el país llevaba y en este contexto, un grupo de intelectuales puso manos a la obra: analizar las causas de la crisis y tratar de encontrar una solución. La caída de España fue inevitable y su consecuencia más terrible fue la desmoralización, de la cual tardaron mucho tiempo en volver a levantarse.

1.1 Decadencia y crisis del pueblo español

La generación del 98 sentó las bases de la literatura moderna española debido a su experimentación constante y a la conformación de un estilo muy original, el cual produjo una clara influencia en las corrientes posteriores. A pesar de esta aportación común de dicho grupo de escritores es necesario considerar que mostraron intereses e inclinaciones literarias muy distintas entre sí, razón por la cual no hay que tomar a sus miembros como una unidad homogénea o sin matices.

Estos escritores no llegaron a un común acuerdo respecto a la forma en que debían enfrentarse al momento crítico en que se encontraban y por ende no presentaban un proyecto unívoco, ni se comprometían con una misma ideología. El hecho de que no existiera una comprensión total entre ellos, tuvo como consecuencia la ausencia de un programa que les sirviera de guía. Al respecto Pío Baroja comenta en una entrevista, de manera muy acertada, lo siguiente:

⁶ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 235.

-La sociedad no vive con anhelos, la sociedad necesita fórmulas concretas.
 -¿Para qué? ¿Para no seguirlas?
 -Si ustedes tuvieran un programa serían escuchados.
 -Un programa es un conjunto de fórmulas y la fórmula es una mentira. No. Nosotros no conocemos la receta para llevar la felicidad a los hombres, ni el secreto para intensificar el arte. Si podemos queremos turbar las conciencias, remover los espíritus, sacudir con flagelaciones la voluntad. Que las almas queden abiertas para que germine y fructifique el ideal nuevo.⁷

Es necesario tomar en cuenta la peculiar forma en que cada miembro reaccionó ante la crisis que aquejaba a su país. Al respecto nos encontramos con una diversidad de posturas y respuestas que buscaban hallar salida a un mismo problema. Sobre estas posibles soluciones Antonio García Velasco en su libro *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*, afirma:

Algunos comenzaron en el anarquismo más radical y terminaron en el conformismo o conservadurismo o casticismo; algunos comenzaron militando en el socialismo y defendiendo ortodoxias marxistas de la Segunda Internacional y desembocaron en el nacionalsindicalismo, por no decir en el fascismo; algunos comenzaron instalándose en cierto conservadurismo monárquico y acabaron escribiendo esperpentos rabiosamente críticos.⁸

Esta pluralidad no sólo muestra una clara diferenciación entre los miembros de la generación del 98, sino que también nos deja ver la falta de rumbo que mantenía en una total perplejidad al grupo de intelectuales perteneciente a ese período histórico. La mayoría de los escritores brincó de una postura a otra, no sólo tratando de encontrar una posible salida para España, sino como una forma de reivindicación individual.

Por lo tanto estos autores compartían un fuerte pesimismo que no se limitaba a una cuestión teórica, sino que estaba fundado en las experiencias por las que pasaron cada uno de ellos. De modo que más bien se trató de un pesimismo práctico, el cual correspondía a España y al mundo de aquella época, pero sobre todo a las vivencias personales. En esta medida la crisis se volvió un

⁷ Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 130.

⁸ Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. ed. cit. p. 21-22.

motivo de reflexión y por supuesto marcó predominantemente el curso de su literatura. A pesar de que no estaban del todo de acuerdo, se caracterizaron por desarrollar una postura crítica que abarcaba tanto el ámbito social, como el económico, político y ético: “Aquellos, en definitiva, fueron hombres impregnados de las contradicciones de nuestra sociedad, que evolucionaron según sus particulares circunstancias. Pero, una cosa es clara: fueron mentes analíticas y plumas o voces capaces de expresar los resultados de sus incisivas observaciones de la realidad.”⁹

Por esta razón podemos considerar que son pensadores de encrucijada, la cual no sólo implica la solución del dilema existencial en el que se encontraban, sino muchas veces en lugar de realizar una propuesta, escribieron ácidas críticas que no perdonaban nada a sus rivales. Esta actitud se fundamenta en un marcado distanciamiento con las nuevas generaciones de escritores, a quienes les reprocharon su total apatía, su falta de visión, su ausencia de ideales y de compromiso:

Nos desdeñan: hablan como hombres de una época heroica que viven en tiempos de degeneración. ¿Qué hicieron? ¿Lucharon? ¿Sufrieron? ¿Derramaron su sangre por algo, por alguna tontería o por alguna cosa seria? No, no hicieron más que vivir una vida oscura y miserable, no tuvieron energía para nada, no supieron hacer de una patria grande, negra y triste una nación próspera y feliz. Y sin embargo nos desprecian. Ellos llevaron a España a la decadencia más absoluta por su estulticia, por su necedad, por la vaciedad de sus palabras disimulada por las flores de papel de la retórica. Ellos nos dieron un arte falsificado, una política falsificada, un honor falsificado.¹⁰

Relacionada estrechamente con la decadencia económica, política y social encontramos una fuerte crisis moral, en los textos de estos escritores. Dicha crisis se vincula con un desencanto general, con una total pérdida de valores y con un fuerte deseo de reorientar al pueblo español para ayudarlo a descubrir su

⁹ Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. ed. cit. p. 22.

¹⁰ Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 331.

identidad; de ahí que en estos pensadores predominara un marcado espíritu individualista.¹¹

Tal vez una de las reacciones más llamativas de estos autores consistió en que a pesar de que la mayoría no presentaba una solución definida a la crisis española, sí se dieron cuenta de que la solución no podía limitarse a un planteamiento teórico; en esta medida, muchos de ellos se mostraron insatisfechos con los que se hacían llamar revolucionarios, pero no realizaban nada para producir un verdadero cambio. En este sentido no sólo se trata de criticar la falta de coherencia, sino sobre todo la necesidad de llevar a la práctica los ideales, pues de otro modo carecen de sentido:

Son cómicos todos estos revolucionarios que no han hecho ninguna revolución, porque siempre han esperado que se la hicieran los sargentos; **son cómicos estos reaccionarios**, terribles, capaces de vender sus ideas por dos perras gordas; son cómicos sin no fueran repulsivos todos estos viejos de la España actual; pálidos espectros sin energía y sin alma, **pobres hombres que creen que hicieron algo, porque se aprendieron de memoria cuatro novelones cursis.**¹²

Relacionada directamente con esta crítica a la falta de acciones de las nuevas generaciones, también se da una crítica a sus inclinaciones estéticas. En el caso concreto de la literatura nos encontramos con una clara oposición entre los noventayochistas y los modernistas, por lo que el arte también sufrió su propia crisis. Uno de los mayores reproches que les realizaron a los escritores modernistas consistió en que consideraban a sus obras puramente cerebrales y muy frías. Así lo percibe Miguel de Unamuno:

Para estos titiriteros de las letras, que cifran su anhelo en inventar una nueva pirueta funambulesca o un nuevo juego de manos, lo supremo es la tecniquería, la dificultad vencida. Son como aquellos *virtuosos* del piano que sólo tocan para que los inteligentes admiren la destreza y agilidad de

¹¹ Sobre este punto es necesario recordar que la generación del 98 se caracterizó por forjar un estilo literario, un ideal de vida y una imagen de España totalmente personales. Esto es lo que el mismo Unamuno opina sobre su generación y por esta razón considera que una de sus características más significativas fue la egolatría. Vid. Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. ed. cit. p. 23.

¹² Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 332.

sus manos. Eso es bueno para estudios, pero no hay, en rigor, derecho a molestar con estudios al público que sólo juzga con oído y sentimiento (...) Y luego se quejan. Se quejan del pueblo los que no hacen literatura más que para literatos, los incapaces de sumergirse en el alma popular o de ascender a las nubes que coronan la cresta de la montaña del ideal, cresta que se alza sobre la firme y formidable roca de la ciencia.¹³

Unamuno pensaba que a las nuevas generaciones les hacía falta la abundancia de corazón, pero sobre todo criticaba la total ausencia de inspiración. A pesar del dominio técnico de los modernistas, gracias a la influencia de los franceses, podemos decir que a estos escritores les hacía falta espíritu, pero sobre todo vivir grandes cosas, para después poder contarlas. Este empobrecimiento en la vida real terminó por traducirse en una carencia artística y, por tanto, literaria:

Quando la vida no es muy intensa y variada, cuando una viva experiencia no nos pone en contacto con los más diversos aspectos de la realidad, tenemos que acudir a la ciencia para que supla tal defecto, y con el sentimiento tenemos que vivificar a la ciencia. Alzóse nuestro clásico Teatro cuando andaba el pueblo español a tajos y mandobles por Italia, Flandes y América; hoy, que vivimos encerrados en la monotonía de nuestra veja hacienda, ¿cómo vamos a suplir aquella riqueza de vida? ¿Contaremos los chismes de nuestras tertulias, los bostezos de nuestros casinos?¹⁴

1.2 Influencia ideológica de la generación del 98

Existe una pluralidad de corrientes filosóficas, políticas e ideológicas que incidieron en el pensamiento y en la obra de estos autores. Una de las mayores influencias fue el liberalismo, que se opuso tajantemente a los viejos cánones de los conservadores. Por otro lado es necesario considerar que esta corriente ideológica no sólo ejerció su fuerza en el ámbito político, sino que estuvo conectada directamente con el desarrollo del individualismo, seguido por la mayoría de los miembros de esta generación.

¹³ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 333.

¹⁴ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 334.

No obstante la aceptación del liberalismo, no por ello se excluyó una crítica pertinente, sobre todo en lo que se refiere a las posturas utópicas que sustentaban una idealización exagerada del progreso, tal como lo había establecido el positivismo. Ésta es una de las críticas más significativas de Pío Baroja contra la concepción del liberalismo sobre el mundo y el hombre, pues considera que en el fondo es poco realista. Por otro lado este escritor notó que la historia no demostraba con claridad la existencia del progreso humano, por lo menos tal como lo había concebido el siglo XVIII y por esta razón la definió como una hipótesis contradictoria, la cual por una parte afirmaba que el hombre bueno había decaído y por otro lado aseguraba que la humanidad avanzaba vertiginosamente.¹⁵

Los noventayochistas tomaron del liberalismo las bases de su marcado individualismo, pues para ellos el hombre estaba antes que todo lo demás. Para estos autores el verdadero problema no se encontraba en la decadencia social, sino en los individuos particulares. Por esta razón no trataban de rebelarse contra el sistema de manera caprichosa, sino que más bien se dieron cuenta de que la declinación en todas las esferas dependía de la desorientación personal.

El individualismo no solamente implicaba un acto de rebeldía sino una posible salida a la derrota en que estaba sumergida la sociedad española. Para esta generación la libertad adquirió un lugar central, pues no sólo conlleva la posibilidad de elegir, sino que también gracias a ella las personas escogen su propio camino y construyen su personalidad. La libertad ejerce en el hombre una transformación total; de ahí que para autores como Pío Baroja ésta deba tomarse como una religión, la cual guiará a los hombres y les permitirá alcanzar su salvación.¹⁶

¹⁵ Vid. Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. Valencia: Pre-textos, 1998. p. 18-19.

¹⁶ Vid. Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 35.

Hay que insistir en que la influencia del liberalismo recayó más en el ámbito ideológico y personal que en la esfera política. Por esta razón Baroja distingue entre dos tipos de liberalismo; uno que hace referencia directa a toda la parafernalia que rodea la vida pública y se vincula con el principio de “dejar hacer, con la única garantía de que no se dañe a los otros”; el otro es el que implica una total autonomía frente a los límites establecidos por las convenciones sociales y hace referencia a la asimilación de una actitud crítica frente a todo lo impuesto.¹⁷ Esta última afirmación de la libertad será la que le interese a la generación del 98 y por ello la salida para estos autores fue una audaz rebeldía, la cual no se limitó a un idealismo romántico, sino que tuvo como meta una verdadera revolución intelectual. En 1910 Pío Baroja declaró que:

“El remedio es uno: destruir, destruir siempre en la esfera del pensamiento. No hay que aceptar nada sin examen; todo hay que someterlo a la crítica: prestigios, intenciones, facultades, famas.” Un llamamiento tan dramático sugiere más de lo que dice, ya que Baroja, como Unamuno, estaba pidiendo el libre examen, el rechazo de todo lo consagrado y convencional que no hubiera sido seleccionado y revalorado a al luz de la vigencia que siguiera teniendo.¹⁸

El énfasis en la libertad resultó muy atractivo para Baroja, sobre todo en relación a la conformación de la identidad personal. De aquí su fuerte rechazo a la masa amorfa y carente de rostro, pues pensaba que todo ser humano se distinguía por sus cualidades y limitaciones individuales. Por esta razón estaba convencido de que la búsqueda por la total homogeneidad era contradictoria y en el fondo implicaba una interpretación errónea del hombre.¹⁹

En este mismo sentido Miguel de Unamuno rechazó una visión antropológica abstracta, pues como se ha ido comprobando, sus textos se caracterizaron por vincularse estrechamente con su vida. De ahí que se interesaran por resolver el problema de la existencia humana, pero no en un sentido general, sino partiendo del individuo concreto. Las características

¹⁷ Vid. Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 36.

¹⁸ Pío Baroja, en Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 37.

¹⁹ Vid. Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 39.

ideológicas y literarias de esta generación nos muestran que el tema del hombre no puede reducirse a un planteamiento universal, sino que tiene que versar sobre las circunstancias particulares, incluida la serie de aspectos que conforman la personalidad. Es así como Unamuno comienza su elaborada apología del hombre de carne y hueso en su conocido ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*:

Homo sum; nihil humani a me alienum puto, dijo el cómico latino. Y yo diría más bien: *nullum homine a me alienum puto*; soy hombre, a ningún otro estimo extraño. Porque el adjetivo *humanus* me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto *humanitas*, la humanidad. Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que hace, sufre y muere –sobre todo muere–, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.²⁰

El individualismo también permeó la obra de estos escritores desde una perspectiva estilística. Me refiero en concreto a la aparición de novelas con una fuerte carga introspectiva, donde suelen presentarse largos monólogos en los que un determinado personaje va descubriendo ciertos rasgos de su personalidad y carácter.²¹ Son innumerables los ejemplos, pero por ahora me interesa retomar el *Abel Sánchez* de Unamuno y la forma como Joaquín va descubriendo el terrible odio que siente hacia Abel. Para lograr este efecto, el escritor español reproduce en el diario del protagonista el momento en el que Joaquín piensa matar a su amigo, que termina convirtiéndose en su peor enemigo:

Estaba en mi mano dejarle morir, aún más, hacerle morir sin que nadie lo sospechase, sin que de ello quedase rastro alguno. He conocido en mi práctica profesional casos de extrañas muertes misteriosas que he podido ver luego iluminadas al trágico fulgor de sucesos posteriores, una nueva boda de la viuda y otros así. Luché entonces como no he luchado nunca

²⁰ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 7.

²¹ Más adelante realizaré un análisis detenido sobre este aspecto de la literatura noventayochista, el cual no sólo se relaciona con el profundo carácter reflexivo de sus obras, sino que también se conecta con el descubrimiento individual de la conciencia. Por ahora me parece suficiente mencionarlo para mostrar su relación con la ideología existencialista que predominó entre dichos escritores. Sobre esta característica propia de cada ser humano, Unamuno sostiene: “Mas es menester distinguir aquí entre el deseo o apetito de conocer, aparentemente y a primer avista, por amor al conocimiento mismo, entre el ansia de probar el fruto del árbol de la ciencia, y la necesidad de conocer para vivir. Esto último, que nos da el conocimiento directo e inmediato, y que en cierto sentido, si no pareciese paradójico, podría llamarse conocimiento inconsciente, es común al hombre con los animales, mientras lo que nos distingue de éstos es el conocimiento reflexivo, el conocer del conocer mismo.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 25.)

conmigo mismo, con ese hediondo dragón que me ha envenenado y entenebrecido la vida. Estaba allí comprometido mi honor de médico, mi honor de hombre, y estaba comprometida mi salud mental, mi razón. Comprendí que me agitaba bajo las garras de la locura; vi el espectro de la demencia haciendo sombra en mi corazón. Y vencí. Salvé a Abel de la muerte. Nunca he estado más feliz, más acertado.²²

El marcado tono autobiográfico de sus obras también forma parte de las técnicas literarias empleadas por ambos escritores como consecuencia de su individualismo. Es decir que un gran número de los personajes, los lugares y las situaciones que aparecen en sus obras tiene un referente directo en la vida de sus autores. Dicha característica nos muestra la forma en la que la subjetividad se constituye como parte esencial de sus creaciones. Un claro ejemplo lo encontramos en *El árbol de la ciencia* de Baroja, pues dicha novela nos muestra los avatares que él mismo sufrió en su desarrollo y su ejercicio profesional como médico, así como las distintas relaciones que fueron marcando su vida. Antonio García Velasco considera que inclusive existen diversos pasajes de esta novela que también aparecen en las memorias del autor y el único cambio que se observa es el paso de la narración en tercera a primera persona.²³

Una de las grandes influencias de este movimiento literario fue el existencialismo europeo, el cual presenta una gama muy plural de posturas que mantienen distintas perspectivas sobre el problema del hombre. De hecho, la gran mayoría de los representantes de la generación del 98 tuvo un estrecho contacto con la obra de distintos autores existencialistas, lo cual les permitió explorar sus diversas propuestas e inclusive algunos llegaron a elaborar su propia teoría. Tal fue el caso de Miguel de Unamuno, quien en su propuesta mezcló diversos rasgos del existencialismo con la intención de hacerlos compatibles con el cristianismo.

Una de las mayores influencias perceptibles en sus textos es la de Sören Kierkegaard, de quien tomó su fuerte crítica al racionalismo, pues le parece que reduce al ser humano y no toma en cuenta el resto de sus cualidades. Por otro

²² Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 86.

²³ Vid. Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. ed. cit. p. 74.

lado está la influencia del controvertido filósofo alemán Friedrich Nietzsche, de quien retomó su concepción del hombre como un ser con una gran capacidad volitiva, mediante la cual puede transformarse a sí mismo y a los otros.²⁴ De esta forma Miguel de Unamuno, inspirado por el vitalismo del filósofo alemán, establece en *Del sentimiento trágico de la vida* que:

El sentimiento del mundo, de la realidad objetiva, es necesariamente subjetivo, humano, antropomórfico. **Y siempre se levantará frente al racionalismo el vitalismo, siempre la voluntad se erguirá frente a la razón.** De donde el ritmo de la historia de la filosofía y la sucesión de períodos en que se impone la vida produciendo formas espiritualistas, y otros en que la razón se impone produciendo formas materialistas, aunque a una y otra clase de formas de creer se las disfrace con otros nombres. Ni la razón ni la vida se dan por vencidas nunca.²⁵

Entre los aspectos más relevantes del pensamiento de Nietzsche podemos destacar su afirmación del hombre frente a todo lo demás, así como su consideración de que su característica más importante es la voluntad y no la razón. De aquí que hable de dos polos contrarios en la naturaleza humana: uno representado por Apolo, como símbolo de lo racional y en contraparte la figura de Dionisio, quien encarna lo instintivo. Para el filósofo alemán los seres humanos suelen controlar su dimensión dionisiaca a favor de un bien convencional que suele ser la base de la vida en sociedad. Sin embargo, piensa que esto en el fondo ha hecho débiles a los hombres, pues los ha vuelto temerosos de su propia libertad, aunque ésta sea un principio esencial de su naturaleza.

²⁴ La influencia de Nietzsche en la generación del 98 se debió en gran parte a las características de dicha época, sobre todo en lo que se refiere al desencanto general frente a los valores y las ideologías tradicionales. Este pensador alemán se caracterizó por realizar una fuerte crítica a la cultura y la filosofía occidental; en esta medida realizó una revisión de los principios que habían regido en las sociedades de toda Europa. Al respecto cabe citar la opinión de Félix Bello, quien ha realizado un detenido estudio sobre su influencia en los noventayochistas: “Nietzsche es, tanto en la forma como en el contenido, un filósofo de larga influencia en la intelectualidad europea de finales del siglo XIX que prefigura, en cierto modo, el psicoanálisis y que continuó ejerciendo influencia en los existencialistas, especialmente en muchos conceptos fundamentales del pensamiento de Heidegger, por ejemplo, su teoría del <<valor>> y sus reflexiones sobre la proximidad del ser.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993. p. 185.)

²⁵ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 107.

También resultó muy atractivo para algunos de los intelectuales de la época la valoración nietzscheana del cristianismo y su correspondiente concepción moral, especialmente en lo que se refiere a la noción de pecado, la cual implica la censura de ciertas acciones que delimitan la libertad humana.²⁶ En este sentido Nietzsche piensa que el cristianismo ha producido hombres frustrados, incapaces de asumir su propia condición, pues su moral demanda la represión de ciertos instintos vitales, como el deseo sexual. Pío Baroja encontró en el pensador alemán una justificación a su propio escepticismo y a su rechazo al cristianismo:

La decadencia significa debilitación de la voluntad y el desenfreno caótico de las pasiones primarias. Las causas de la decadencia son complejas, pero las principales, **según Nietzsche**, son **la moral tradicional cristiana que va en contra de la naturaleza**, y la falsa pedagogía moderna, que camuflada bajo el estandarte de una mejora moral del hombre, pretende transformar los individuos enérgicos en un rebaño domesticado.²⁷

De este modo podemos darnos cuenta de cómo el pensador alemán plantea dos tipos de hombres, a quienes corresponde una forma respectiva de comprender la moral. Estas posturas contrarias se refieren a una concepción muy distinta sobre las acciones humanas y sus implicaciones; en la primera se muestra la autonomía como la característica más importante del ser humano y en la segunda se considera que éste debe cuidarse de sus propios impulsos, por lo que es indispensable que los reprima de alguna manera. Para Nietzsche la segunda concepción de la moral se encarga de engendrar una raza de seres débiles, enfermizos y cansados de vivir, razón por la cual esta concepción debe ser atacada a favor de los hombres.

Detrás de esta división nos encontramos con las dos tendencias vitales antagonistas, fundamento de la tipología moral: un tipo de vida ascendente, impulsiva, fuerte, y un tipo de vida descendente, débil, en

²⁶ La crítica de Nietzsche a la moral cristiana se refiere a que para él los valores dependen de las circunstancias y de la época, por lo que pueden cambiar en cualquier momento. Dicha noción implica de fondo el carácter convencional de las acciones humanas, por lo que tratar de establecer ciertos principios invariables involucra una forma de enajenación, la cual tiene la finalidad de apaciguar a los hombres para alcanzar cierta paz y orden social. Este aspecto de la propuesta nietzscheana será muy trabajado en los textos de Baroja y constituirá uno de sus temas más elaborados, pues el escritor vasco estaba convencido del carácter relativo de los principios que habían regido a la sociedad española.

²⁷ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 187.

descomposición. Estas dos maneras vitales conducen a una tipología de la moral: **la moral de los fuertes y la moral de los débiles**. La moral de estos últimos Nietzsche la interpreta como el síntoma de la crisis del idealismo, que desembocó en un nihilismo, causa de la decadencia moderna. **Así como la moral de los fuertes es la de las individualidades superiores, afirmadoras de los impulsos vitales, la de los débiles está regida por el resentimiento, por un deseo de vengarse de la vida por el ideal represivo que el cristianismo se encargó de glorificar.**²⁸

El pensador alemán establece que la existencia consiste en esta constante batalla entre las voluntades individuales; de ahí que existan hombres superiores a otros. Esta idea se entrelaza con su teoría de la voluntad de poder, la cual consiste en establecer que el hombre es el único de quien dependen los valores. Toda jerarquía de valores ha sido impuesta por un grupo dominante para someter a otro más débil; es así como emerge el superhombre quien, una vez que se ha dado cuenta de este fenómeno, tiene la fuerza para destruirla e imponer otra nueva.

La vida, en cuanto a voluntad de acumular fuerza, tiende a un sentimiento máximo de poder. La voluntad de potencia, de tensión espiritual, es lo que da sentido a la vida. La esencia más íntima del ser es la voluntad de poder. Nietzsche sustituyó así la voluntad ciega de Schopenhauer por la voluntad de poder. Pero ésta no es solamente voluntad de dominar, y de ninguna manera una exaltación de la violencia y de la crueldad, sino deseo, por contraposición al nihilismo, por triunfar de la nada, que amenaza continuamente a la actividad. **Voluntad de poder significa deseo de crecimiento, de intensificación de la vida, de triunfar sobre la nada. Y no sólo instinto de conservación, sino también de superación y la total posesión de la existencia y de sí mismo.**²⁹

Por todo esto me que parece la propuesta Nietzsche en torno a la voluntad de poder ejerció una influencia innegable sobre los intelectuales del 98. Es necesario aclarar que el interés en su pensamiento produjo un mayor efecto en ciertos miembros de dicha generación, como fue el caso de Pío Baroja, quien en un artículo titulado “El éxito de Nietzsche” nos muestra su profundo conocimiento y gran admiración por el filósofo alemán:

²⁸ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 189.

²⁹ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 191.

El estilo de Nietzsche explica todo o casi todo. Schopenhauer introdujo en la filosofía la espiritualidad, la gracia. Nietzsche hizo más: puso en sus obras filosóficas pasión. **En Nietzsche, el estilo resplandece como una piedra preciosa: su lenguaje es musical como ninguno, su prosa hace un efecto parecido al de las armonías de Wagner: emborracha, excita los nervios, pero vivifica también.** El estilo de Nietzsche justifica la mayor parte de su éxito.³⁰

Pío Baroja valora este marcado culto al yo, así como el intento de salvar a los hombres de sí mismos, de las barreras que han impuesto a su propia libertad. De este modo, se siente identificado con la preocupación por plantear una nueva interpretación del hombre, del sentido de sus acciones y de su lugar en la sociedad. Esto se debió a la falta de liderazgo y dirección que marcó su época; la total pérdida de rumbo demandaba una reformulación de los principios que habían fracasado.

Baroja siguió muy de cerca el pensamiento nietzscheano en su ensayo titulado “El culto del yo”, donde afirma las fuerzas individuales del hombre y exalta la lucha por la vida. En este ensayo Baroja reclama la necesidad del pueblo español de desmoralizarse, lo cual no significa rechazar toda postura ética, sino sólo la moral tradicional para buscar una nueva alternativa basada en la voluntad de poder. Considera así que los verdaderos revolucionarios son aquellos que logran transformarse a sí mismos y son capaces de producir un cambio en la sociedad.³¹

En esta medida Baroja se siente muy atraído por la figura del antihéroe, ese individuo aislado y antipático que no encaja en la sociedad, ese sujeto ensimismado que termina convirtiéndose en un estorbo para los demás y para el progreso de la humanidad. De esta forma muestra una especie de anarquismo que no se limita a una liberación política, sino que alude al rechazo de todo aquello que se ha establecido de forma convencional, procurando una aparente

³⁰ Pío Baroja, en Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 195.

³¹ Vid. Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 199.

estabilidad.³² La anarquía será un *leit-motif* en la obra de este escritor, como contrapunto a todo aquello que el mismo Baroja rechazaba, pues había aplastado al pueblo español:

En cuanto creador de personajes, no hay duda alguna que sentía simpatía por los tipos anarquistas. La abundante presencia en sus relatos de individuos fuertes, generosos, seres que tienen como objetivo la acción, la lucha, expresa un rechazo de la sociedad decadente y el elogio de la violencia como elemento creador y transformador de la existencia. **Pero sería un error considerarlo partidario del anarquismo como doctrina política para ser implantada en la sociedad, y no como solución individual.**³³

Otra de las marcadas influencias de la filosofía existencialista que encontramos en los intelectuales del 98 es la de Schopenhauer, quien también se caracterizó por su férrea oposición al racionalismo por reducir al hombre a una de sus facultades. Este pensador plantea que en el hombre también existe una dimensión volitiva, que se conforma con ciertos elementos inconscientes e intuitivos. De esta forma plantea que toda experiencia humana pasa por el filtro de la subjetividad y en esta medida no puede hablarse de una verdad separada de las vivencias individuales:

Al establecer la intuición como base de toda experiencia, **la filosofía de Schopenhauer se caracteriza por un subjetivismo frente al racionalismo y se aproxima a la actitud romántica.** No parte de lo abstracto ni de lo trascendente, sino del hombre concreto en cuanto ser en el mundo, de la conciencia individual. Se basa en la experiencia, en las leyes cosmológicas, igual que el científico.³⁴

El filósofo polaco estableció que la fuerza del mundo radica en la voluntad de vivir, la cual no es exclusiva de la naturaleza humana, sino que compete al resto de los seres vivos. Sin embargo, este impulso vital presenta ciertos límites,

³² La noción de anarquismo que aparece en diversas novelas de Pío Baroja no sólo nos muestra un motivo literario, sino una interpretación del hombre y de la sociedad española de su época, en la que se dio una confrontación en todos los niveles. Esta posición refleja sobre todo una tensión constante entre los hombres, pues generalmente un grupo trata de imponer sus valores sobre otros y esto produce una lucha constante por el poder, no solamente en su dimensión política, sino también en la ideológica. De aquí la conexión con la noción nietzscheana del superhombre, como aquel que está hecho para destruirlo todo, para transformarlo todo y guiar a los hombres hacia un nuevo rumbo.

³³ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 219-220.

³⁴ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 236.

sobre todo en el caso de los hombres, en quienes está acompañado de dolor y sufrimiento. Según Schopenhauer la voluntad implica deseo; es decir, la esperanza de obtener aquello que se busca pero cuando no se alcanza, surge la frustración. A partir de esta dimensión trágica de la libertad, Schopenhauer concluyó que debe buscarse una forma de evadir el deseo y esto se logra controlando los impulsos, por lo que su propuesta termina estableciendo un ascetismo que logre aquietar el alma:

El fin de la voluntad, su esencia es querer <<sin que este querer tenga nunca fin, y que, por tanto, no alcanza una satisfacción definitiva>> y sin que jamás haya término para el dolor. Según esto, ya que el dolor y la miseria provienen de la voluntad de vivir, **sólo se podría alcanzar el bien absoluto si se suprime el querer y se niega a sí mismo**, que es el único que puede calmar a la voluntad.³⁵

De este modo encontramos una clara influencia de Schopenhauer en la obra de Pío Baroja, sobre todo en lo que refiere a su detenido estudio sobre la subjetividad, así como a la constante dialéctica entre las diversas pulsiones humanas. Una de las mayores herencias intelectuales que encontramos en este autor reside en su concepción trágica de la vida a raíz de esta tensión existencial.³⁶ Desde la perspectiva de Félix Bello la tendencia al pesimismo en Baroja es una constante tanto de sus escritos teóricos como de sus novelas:

La idea de que la vida es una cosa oscura, ciega y cruel, como la voluntad que en ella se representa, refléjase, entre otras novelas, en *Vidas sombrías*, *La busca*, *El árbol de la ciencia*, *El mundo es así*, *La sensualidad pervertida*, *El gran torbellino del mundo*, *Los amores tardíos*, y en personajes como Fernando Osorio, Silvestre Paradox, Andrés Hurtado, Luis Murguía, José Larrañaga, Jaime Thierry.³⁷

³⁵ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 238.

³⁶ La concepción pesimista que existió en la vida y obra de los autores del 98 no se sustentó en un planteamiento teórico, sino que estuvo relacionada directamente con las circunstancias por las que pasaba este grupo de intelectuales, quienes no podían dejar de reflexionar sobre el malestar que les producía la crisis que sufría el pueblo español. Sobre el origen de dicha visión pesimista, Azorín pensaba que no sólo se debía a las circunstancias que vivieron sino a que así está dispuesta la naturaleza humana: “la razón del pesimismo está más honda; no es de la sociedad de donde arranca el mal –cosa modificable–; es de la naturaleza misma del hombre, una e indestructible en todos los momentos de la Historia, siempre igual –como ha creído los grandes pesimistas, Hobbes, Gracián, Schopenhauer– a través de los siglos.” (Azorín, en Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 22.)

³⁷ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 245-246.

1.3 La disyuntiva entre la salvación y la condenación

El horizonte cultural de este grupo de intelectuales y escritores estuvo marcado por una clara desilusión, un marcado distanciamiento social, una gran inestabilidad política y económica, una fuerte crítica a todo lo establecido y una total falta de dirección. Esta diversidad de factores produjo sentimientos encontrados y sobre todo dio lugar a un total desconcierto, que impulsaba a algunos pero desequilibraba a otros, al grado de aniquilarlos. De este modo los intelectuales se desarrollaron en un ambiente donde predominó la desconfianza, cuya manifestación más visible fue su falta de compromiso político. Al respecto Víctor Ouimette estudia la actitud que Pío Baroja asumía frente a la sociedad de su época y especialmente respecto a la esfera política:

Pío Baroja intentó mantenerse al margen, con un espíritu pesimista, y **pretendía ser uno de los escritores actuales con menos inclinación por los asuntos políticos**. Era siempre un autor “escéptico” que se complacía con definirse como independiente, sincero, individualista, **marginado, indiferente a los mecanismos sociales y ajeno a las tentaciones del poder**, a la vez que se jactaba de su acertada intuición política y su capacidad para no caer en las trampas en que caían tantos otros. Aunque se definía continuamente, casi siempre lo hacía con el propósito de demostrar no sólo que seguía siendo un hombre inclasificable, sino que no encajaba en la sociedad actual.³⁸

Dicho alejamiento de la vida pública podría interpretarse como indiferencia ante los problemas que enfrentaba su país. En mi opinión, el hecho de mantenerse al margen de los procesos políticos no debe confundirse con una actitud apática.³⁹ Lo anterior se relaciona también con el exacerbado celo que este

³⁸ Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 15.

³⁹ Estos escritores no se habían dado por vencidos y de ningún modo tenían la intención de ser derrotados fácilmente. Más bien podemos comprender que su rechazo a lo público tiene que ver con una clara postura de rebeldía frente a las ideas obsoletas y a los viejos errores. En este sentido la mirada de estos hombres no es una visión confiada de los acontecimientos, sino más bien una audaz y en algunos casos mordaz crítica a los mismos. La marcada distancia de algunos, como fue el caso de Pío Baroja se debió en gran parte a su carácter reservado y a su intención de mantenerse completamente alejado del fervor masivo. Por esta razón me parece que el trasfondo de su propuesta no es político, pero en cambio existe un profundo interés ético entrelazado en los diversos temas de sus novelas: “Continuamente, y nunca más que durante la República, cuando sabía que se atendía más a las declaraciones de los intelectuales, Baroja se caracterizaba como <<francotirador por naturaleza>>, pero de carácter moralista”. Cultivaba la imagen cascarrabias, a la vez que evitaba llamarse revolucionario (...) Sus declaraciones de indiferencia a la política y a los problemas sociales más inmediatos

escritor guardaba de su propia identidad y por lo cual buscaba distinguirse de los demás, pero sobre todo de la masa amorfa que camina a ciegas y sin criterio para hallar su camino.

Esto nos muestra que la posición de los intelectuales a causa de su entrañado individualismo fue muy distante de los movimientos sociales, lo cual no implicó la ausencia de una propuesta práctica. Por tanto dicho gesto no involucró un desdén hacia los conflictos que enfrentaba el pueblo español. Lo peculiar de esta generación consistió en que encontró una trinchera única para combatir la crisis que enfrentaba a través de sus ideas, por lo que sus textos literarios están llenos de alusiones críticas y reflexivas sobre la sociedad, la política, la economía, la educación, la cultura y el arte de su época. Esta es la opinión de Víctor Quimette sobre la postura de Baroja respecto al desastre que sumergió al pueblo español:

A partir de aquel momento, la evolución política de España le parecía una serie de equivocaciones y oportunidades perdidas, en gran parte porque siempre había faltado el gran hombre, el líder fuerte, que él consideraba imprescindible en España. Por eso, dijo, había fracasado la Primera República, “un ensayo ridículo, oratoria, hecho sin valor y sin energía; una aventura que demostró la falta de genialidad del país”. A lo largo de su historia moderna, España se resentía de la ausencia de grandes personalidades capaces de encauzar las energías nacionales, y de ideas imaginativas que se adecuaban a las distintas, y a veces conflictivas, necesidades de un país caracterizado por su diversidad geográfica, étnica y cultural.⁴⁰

De este modo cabe preguntarnos qué es lo que estos hombres, pensadores, artistas y escritores buscaban en el porvenir. Su extremo pesimismo parece colocarlos algunas veces en una posición muy cómoda en la que solamente se dedicaban a censurar, pero no a presentar una propuesta concreta para salir adelante. Esto podría llevarnos a creer que eran un grupo de niños fastidiados y caprichosos que exageraban los hechos y no hacían nada para

eran sinceras, pero equivocadas: es evidente que siempre le seducían estos temas, sobre todo por su relación con la justicia social y la necesidad de cultivar la compasión como principal valor en toda relación humana.” (Víctor Quimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 16-17).

⁴⁰ Víctor Quimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 19.

cambiarlos. Su visión catastrófica e idealizada de la decadencia española ha sido criticada por algunos de sus miembros, como fue el caso del propio Miguel de Unamuno:

Paréceme, ante todo, que **sufrimos no poco de hipocondría colectiva o social**, y que aun cuando no estemos muy sanos, es lo cierto que padecemos, más bien que todas esas enfermedades nacionales que se denuncian, la enfermedad de imaginarlas. **Diríase que nos complacemos en exagerar los males y en hacernos, como ciertos enfermos, los interesantes.** Repítase el “estamos perdidos, aquí no hay regeneración posible”, con cierta delectación morbosa (...) Hay un orgullo más barato que el que como tal definió Schopenhauer, al decir que nada está más al alcance de cualquiera que el envanecerse de pertenecer a tal o cual pueblo o raza, y este otro orgullo más barato aún, es el de desdeñar a su propio pueblo con intento de mostrarse elevado sobre él.⁴¹

En esta disyuntiva ente la salvación y la condenación de toda una nación los escritores de este grupo tenían la intención de ejercer una incidencia en el individuo y desde ahí producir un cambio real en la sociedad. Los noventayochistas pensaron que la solución consistía en transformar a las personas, pues sólo ellas podrían producir una verdadera diferencia y de algún modo, ellos mismos se consideraban los elegidos para hacerles ver a los demás cómo podían alcanzar dicha meta. De esta forma Pío Baroja pensaba que los intelectuales, debido a su formación y su propensión hacia un instinto moral superior, podían ejercer una influencia positiva, no sólo ideológicamente, sino en las acciones de los otros:

Parte de la originalidad del análisis barojiano consiste en su insistencia sobre el rendimiento práctico de la inteligencia y su conciencia de que en la actualidad la función del intelectual no tenía que verse limitada a la producción de ideas, sino que podría tener consecuencias más concretas. En una sociedad bien organizada, ambas modalidades se considerarían tan valiosas como la contribución hecha por otros grupos sociales, ya que como Baroja escribió en 1920: “En los países de gran cultura, el industrial y el hombre de negocios marchan al lado del ingeniero, del químico, y lo que descubre el técnico de la inteligencia lo realiza el técnico de la acción.”⁴²

⁴¹ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 357-358.

⁴² Pío Baroja, en Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 59.

Unamuno también se dio cuenta de que la salvación de España estaba en su clase intelectual y no en los políticos, a quienes consideraba totalmente incompetentes. Estaba convencido de que la forma de salir de la decadencia en que se encontraban no radicaba en enfatizar la soberbia nacionalista que terminó dando lugar a gran parte de los factores que produjeron la decadencia; se debía por el contrario reflexionar en los errores del pasado para no volver a cometerlos. Los encargados de cumplir esta misión eran los intelectuales, quienes estaban comprometidos a encontrar un nuevo camino:

Hay que convencerse de que en **España los gobiernos y las clases llamadas directoras, más bien que hacer necesitan dejar de hacer**, y en lugar de forzar al pueblo por caminos en él desusados, apartar los obstáculos que en tradicional senda se le han puesto al destruir las fuentes de su íntima vida económica y religiosa (...) **El deber de los intelectuales y de las clases directoras estriba ahora**, más que en el empeño de modelar al pueblo bajo éste o el otro plan, casi siempre jacobino, **en estudiarle por dentro tratando de descubrir las raíces de su espíritu**. Si es que acaso ha sido una torpeza nuestro empeño en retener colonias cuanto está la mayor parte de España por colonizar, no es menor torpeza la de anteponer el estudio de cómo han llegado otros pueblos a su actual grandeza aparente, al estudio de cómo vive, siente, trabaja, sufre, espera y ora nuestro propio pueblo.⁴³

Por esta razón una de las alternativas que encontraron para salir de la terrible crisis en que se encontraban fue la educación. La mayoría de los noventayochistas creía que el pueblo español se había rezagado sensiblemente por su ignorancia; una de las mayores causas de la decadencia se debió a que la grandeza del Imperio Español los orientó a la cultura y las costumbres extranjeras, olvidándose de sus propios valores. Al respecto Miguel de Unamuno consideraba que la recuperación de dichos valores era la tarea principal de quienes pretendían guiar de nuevo a esta nación:

Termino estas notas repitiendo una vez más mi temor de que si en la cuestión colonial hemos ido de concesión en concesión y todas a destiempo por retraso, algo así pueda pasar en la cuestión económico-social y en la diferenciación natural interna. Y la causa principal será la misma: ignorancia. Ya muchos que protestaron años ha, cuando aún era tiempo, de que se concediese autonomía a Cuba, alzan el grito porque piden muchos catalanes su región en el concierto económico de que

⁴³ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 358-359.

disfrutan las Vascongadas. Que no sea tarde cuando haya que dárselo. El primer deber hoy de España de las clases directoras es, más que enseñarle al pueblo física, química y a hablar en anglo-sajón, estudiarle con amor y a fondo, sacarle su inconsciente ideal de la vida, el espíritu que le lleva en su paso por la tierra, comprender sus diferencias regionales para consagrarlas e integrarlas y estudiar el porvenir del capital y del trabajo.⁴⁴

Pío Baroja compartía una opinión semejante, pues le parecía que había elementos muy rescatables de su país y pensaba que era imposible salvar a España si los españoles no se encargaban de conocerse a sí mismos. Estaba convencido de que el porvenir de su pueblo dependía de una introspección nacional y había que dejar de gastar fuerza y energía en las colonias. En esta medida creía que los estudiosos y los intelectuales tenían como tarea principal desentrañar los secretos, la cultura y la historia que encerraba su propia nación:

Nuestros sabios y eruditos no han sabido hacer nada respecto a eso. Para que se hayan llegado a conocer muchas de las cosas buenas de España, han tenido que venir sabios y críticos extranjeros. No tenemos una historia de nuestra vida pasada, ni una historia de nuestra arquitectura; el país donde han nacido los más grandes pintores del mundo no tiene ni aun siquiera un manual completo de historia de su pintura escrito por autor español. Sólo Menéndez y Pelayo ha hecho algo con relación a la literatura y a la filosofía españolas; pero lo ha hecho con criterio del ultramontano, lleno de prejuicios y preocupaciones. No sabemos lo que era España en la época más típica suya, en los siglos XV y XVI, queremos hacer revivir su espíritu. ¿Cómo, si no lo hemos descubierto todavía?⁴⁵

Es así como podemos darnos cuenta que tanto Unamuno como Pío Baroja pensaban que existía una alternativa para salir de la crisis en que se encontraba el pueblo español. De esta forma ambos escritores vascos buscaron producir un cambio en la sociedad, pero comenzado con la transformación de los individuos concretos y una manera de lograrlo era mediante la educación. Un aspecto que me parece relevante en torno a esta posible vía de salvación es que consideren la renovación a partir de un conocimiento profundo de su nación. De algún modo estos autores se dieron cuenta de que los españoles perdieron su identidad y con ella el rumbo; para recobrarlo era indispensable volver la mirada sobre sí mismos.

⁴⁴ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 360.

⁴⁵ Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 362.

1.4 La esperanza frente al abismo existencial

Una vez que hemos llegado a esta posible alternativa para lograr la regeneración de toda una nación, cabe preguntarnos si este grupo de escritores mantenía una cierta actitud esperanzadora opuesta a la configuración trágica. Preguntarse si el pesimismo predominante en los textos de dichos escritores implicaba de fondo una total derrota frente a las circunstancias que encaraban o más bien se presentaba como una forma de purgar los demonios que los acosaban.

Ya se estableció que en el ambiente intelectual predominó un profundo escepticismo como consecuencia de la desilusión general. Dicho escepticismo produjo una serie de dudas en todos los ámbitos, por lo que estos escritores se mostraron sumamente críticos frente a la adversa realidad. En este contexto Miguel de Unamuno planteó que los cuestionamientos de su época no fueron teóricos, sino encaminados a una aplicación práctica.⁴⁶ Al respecto este escritor nos habla en *Del sentimiento trágico de la vida* de las propiedades del escepticismo vivencial, partiendo de cómo él lo experimentó; diferenciándolo de la duda metódica planteada por René Descartes:

Y este escepticismo salvador de que ahora voy a hablaros ¿puede decirse que sea la duda? Es la duda, sí, pero es mucho más que la duda. **La duda es con frecuencia una cosa muy fría, muy poco vitalizadora**, y, sobre todo, una cosa algo artificiosa, especialmente desde que Descartes la rebajó al papel de método (...) Esta duda cartesiana, metódica o teórica, esta duda filosófica de estufa, no es la duda, no es el escepticismo, no es la incertidumbre que aquí os hablo, ¡no! **Esta otra duda es una duda de**

⁴⁶ En efecto, el planteamiento de intelectuales y escritores no solamente fue teórico, sino que por medio de sus textos buscaban ejercer una influencia directa en las acciones de sus conciudadanos y dar un nuevo rostro a España. Al respecto cabe referirnos a la interpretación de Unamuno sobre cualquier tipo de saber, incluida la filosofía, la cual también involucra una finalidad práctica, por lo que no se limita a un planteamiento abstracto: “En el punto de partida, en el verdadero punto de partida, el práctico, no el teórico, de toda filosofía, hay un para qué. El filósofo filosofa para algo más que filosofar. *Primum vivere, deinde philosophari*, dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1964. p. 31.)

pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica.⁴⁷

El escepticismo se volvió una característica común a los pensadores de este momento histórico y puso en duda los principios y valores que habían regido a la sociedad española. Una de sus actitudes más frecuentes fue la destrucción de todo lo que les parecía obsoleto y los había estancado. De ahí que el espíritu revolucionario y combativo de esta generación no se limitaba a un plano teórico, sino que buscaba ejercer una influencia directa sobre las acciones de los sujetos. Pío Baroja consideraba que la única manera de lograr una verdadera transformación era a través de la aniquilación, pues pensaba que sólo mediante ella era posible construir los cimientos del futuro. Para Víctor Ouimette,

se descubrió que la intolerancia era una postura más fácil de sostener que la comprensión o la compasión. **España se encerraba en sí misma, cultivando nociones religiosas, sociales y morales que no contemplaban la posibilidad de evolución ni de adaptación.** Por lo tanto Baroja insistía en la necesidad de destruir para reconstruir: “España ha quedado rezagada en un momento de la Historia y tiene mucha obra muerta que arrojar al mar y mucha obra viva que realizar.”⁴⁸

A pesar de la percepción negativa de los acontecimientos y de las circunstancias que sobrellevaba el pueblo español, es necesario decir que en general los noventayochistas no se consideraban totalmente arruinados, sino que albergaban una cierta esperanza y aunque estaban convencidos de que no era tarea fácil, sí era posible encontrar un nuevo camino. Esto se muestra claramente en la obra de algunos de sus representantes, quienes no cierran del todo las puertas y dejan entrar un imperceptible haz de luz; tal como es el caso de Pío Baroja, quien a pesar de su marcado pesimismo muestra que no todo está perdido para los protagonistas de sus novelas y de forma análoga para los españoles mismos. Carmen Iglesias asegura:

⁴⁷ Miguel Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 100-101.

⁴⁸ Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 23.

En muchas de sus novelas se observa su preocupación por mantener un equilibrio entre el pesimismo que las penetra y la nunca perdida esperanza. Varias de ellas tienen un final optimista, pero incluso algunas que no acaban felizmente, dejan en sus últimas líneas la impresión de que el poder de la vida es más fuerte que todas las desgracias. De este modo, Bengoa dice a Nanette, en *Las tragedias grotescas*, después de pasar por angustiosos momentos de revolución y muerte: "Todo se olvida, todo se borra... la vida, créelo, Nanette, no acaba nunca... Siempre se está en el principio... y al fin."⁴⁹

Desde mi perspectiva, el pesimismo que presentaban estos autores en su obra e ideología dependió de la desilusión en que vivían. Sin embargo, dicha posición no determinó una interpretación nihilista del hombre, en la que nada pudiera hacerse para cambiar el destino y, por tanto, careciera de sentido esforzarse para alcanzar una meta.

En el fondo de esta postura que aparenta indiferencia y antipatía existe la esperanza de hallar una salida personal; hay que recordar que sólo a través de los individuos se construye la sociedad. Cada sujeto debe volverse responsable de sus acciones, pero no solamente porque éstas tengan consecuencias personales, sino porque también terminan afectando a los otros. Por esta razón la generación del 98 depositó todas sus esperanzas en el individuo y la obra de sus artistas se convirtió en una idolatría al yo, tal como ocurre en el caso concreto de Baroja:

De ninguna manera le quitaba la importancia a la responsabilidad del individuo ni el efecto del individualismo sobre los demás, pero creía que el sentido de la responsabilidad crecía naturalmente cuando el individuo se sentía libre para realizarse según sus propios criterios. Una sociedad que no respete y fomente el individualismo y la libertad innata no pasarán de ser instintos frustrados, capaces únicamente de engendrar el fanatismo cerrado, como ocurría en España. En cambio, el cultivo de la libertad individual hará que se aprenda a respetar la libertad ajena, de acuerdo con una norma fundamental: "En estas cuestiones de molestar uno a otro debía existir una fórmula como la de Robespierre: la libertad de molestar de uno empieza donde acaba la libertad de molestar de otro."⁵⁰

⁴⁹ Carmen Iglesias. *El pensamiento de Pío Baroja*. México: Antigua Librería Robredo, 1963. p. 68.

⁵⁰ Pío Baroja, en Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 45.

Sobre este tópico noventayochista encontramos diversos textos donde se enfatiza el valor del individuo y su carácter único. Esta es una de las reflexiones permanentes en la obra de Miguel de Unamuno, quien no podía concebir que una persona rechazara su propia existencia, por más miserable que fuera y pretendiera convertirse en alguien más. Al respecto hay un diálogo muy llamativo en su conocida novela *Abel Sánchez* sobre la importancia de la propia existencia y la imposibilidad de transferir nuestra identidad a alguien más:

-Quien fuera usted, don Joaquín –decíale un día a éste aquel pobre desheredado aragonés, el padre de los cinco hijos, luego que le hubo sacado algún dinero.
 -¡Querer ser yo! ¡No lo comprendo!
 -Pues sí, **lo daría todo por poder ser usted**, don Joaquín.
 -**¿Y qué es todo lo que daría usted?**
 -Todo lo que puedo dar, todo lo que tengo.
 -¿Y qué es ello?
 -**¡La vida!**
 -¡La vida por ser yo! –y así mismo se añadió Joaquín: <<¡Pues yo la daría por poder ser otro!>>
 -Sí, la vida por ser usted.
 -He ahí una cosa que no comprendo bien, amigo mío; no comprendo que nadie se disponga a dar la vida por poder ser otro, ni siquiera comprendo que nadie quisiera ser otro. Ser otro es dejar de ser uno, de serse que se es.⁵¹

La relevancia del individuo aparece también en las novelas de Pío Baroja, quien tenía en gran estima la autonomía del sujeto y la construcción de la personalidad. Para ilustrar este aspecto de su obra podemos remitirnos a la figura de Andrés Hurtado, el protagonista de *El árbol de la ciencia*, quien en su búsqueda de sí mismo se vuelve un individuo aislado y pensativo, que lucha todo el tiempo por su independencia, inclusive en su propio hogar:

La casa era grande, con esos pasillos y recovecos un poco misteriosos de las construcciones antiguas. Para llegar al nuevo cuarto de Andrés había que subir unas escaleras, lo que le dejaba completamente independiente. El cuartucho tenía un aspecto de celda; Andrés pidió a Margarita le cediera un armario y lo llenó de libros y papeles, colgó en las paredes los huesos del esqueleto que le dio su tío el doctor Iturrioz y dejó el cuarto con cierto aire de antro de mago o de nigromántico.⁵²

⁵¹ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 149-150.

⁵² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 49.

1.5 El espíritu de una generación en su literatura

Una de las constantes de la generación del 98 consistió en el énfasis que pusieron en la expresión de la subjetividad. En este sentido podríamos decir que a través de la forma en que narran los acontecimientos, van mostrando los pensamientos, sentimientos y toda la gama de impresiones que experimenta un determinado personaje. Como ocurre en *El árbol de la ciencia* con la terrible pena que Joaquín Monegro padeció cuando su amigo Abel Sánchez iba a casarse con Helena, de quien estaba perdidamente enamorado:

Fui a la boda con el alma escarchada de odio, el corazón garapiñado en hielo agrio pero sobrecogido de un mortal terror, temiendo que al oír el sí de ellos, el hielo se me resquebrajara y hendido el corazón quedase allí muerto o imbécil. Fui a ella como quien va a la muerte. **Y lo que me ocurrió fue más mortal de que la muerte misma; fue peor, mucho peor que morirse.** Ojalá me hubiese entonces muerto allí.⁵³

Este énfasis en la interioridad no sólo revela una característica de su forma de escribir, sino que deja ver el predominio del individualismo como una preocupación constante en sus textos. Este aspecto de su narrativa se relaciona directamente con el profundo carácter reflexivo de sus autores, pues la introspección y el autoconocimiento constituyen elementos muy trabajados en sus obras.⁵⁴ Para lograr este efecto, se valen tanto del diálogo, como del monólogo; a través de ellos lograban describir la manera como el individuo va desarrollando su interioridad y descubriéndose a sí mismo. Otro ejemplo significativo de la misma novela es un polémico diálogo entre Iturriz y Andrés Hurtado sobre la diferencia entre lo natural y lo artificial en el ser humano:

-¿Crees tú en la serenidad del salvaje? –preguntó Iturriz-. ¡Qué ilusión! Eso también es una invención nuestra. El salvaje nunca ha sido sereno.
-¿Es que no habrá plan ninguno para vivir con cierto decoro? –preguntó Andrés.

⁵³ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 83.

⁵⁴ En este apartado sólo me referiré de forma muy breve al carácter reflexivo de las obras de los noventayochistas pues será analizado con mayor profundidad en otro lugar dedicado exclusivamente a tal propósito en el siguiente capítulo.

-El que lo tiene es porque ha inventado uno para su uso. **Yo hoy creo que todo lo natural, que todo lo espontáneo es malo; que sólo lo artificial, lo creado por el hombre, es bueno**, si pudiera viviría en un club de Londres, no iría nunca al campo sino a un parque, bebería agua filtrada y respiraría aire esterilizado...⁵⁵

Las novelas de los noventayochistas presentan un fuerte carácter autobiográfico, recurso que logra una fusión indisoluble entre el autor y su obra. En esta misma línea encontramos que los miembros de la generación del 98 buscaban lograr una conexión directa con el lector, pues pretendían que éste último se viera reflejado en sus obras. Así, Pío Baroja manifestó la influencia de Nietzsche sobre sus textos. Sobre este aspecto, Felix Bello comenta:

Otro elemento del estilo de Nietzsche que va a coincidir con la actitud intelectual de Baroja es la atracción que ejerce su presencia en cuanto que intenta establecer una comunicación directa con el lector. En gran medida, el encanto de Nietzsche radica en el ofrecimiento implícito al lector de que participe en sus reflexiones. Aunque toda su obra nos parezca un interminable monólogo sumido en las profundidades de la vida, en todo momento el lector advierte la presencia directa del autor.⁵⁶

Como se ve, a pesar de las diferencias entre los dos representantes de esta generación, existía una sensibilidad común marcada por una concepción trágica del mundo y del hombre. Dicha sensibilidad tuvo su origen en los diversos acontecimientos que incidieron en la historia de España y que la hundieron en una crisis nunca antes vista. En este contexto predominaron el pesimismo y el escepticismo frente a todo criterio establecido, por lo que los noventayochistas se distanciaron de los valores tradicionales.

Los conflictos sociales, políticos y culturales se tradujeron en el ámbito personal y estos escritores elaboraron un pensamiento crítico mediante el cual pretendían sanar los males que los aquejaban. Los miembros de la generación del 98 no encontraron otra alternativa más que voltear hacia sí mismos; por ello, en sus textos predominó un individualismo tanto en el orden ideológico como en el literario.

⁵⁵ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 129.

⁵⁶ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 230.

Tanto Miguel de Unamuno como Pío Baroja recibieron una gran influencia por parte de grandes pensadores de la época, entre los que destacaron Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard, de quienes retomaron diversos elementos de la denominada filosofía existencial, puesto que se relacionaba directamente con muchos de los cuestionamientos que ellos mismos se plantearon. En esta medida me parece que ambos autores fueron capaces de retomar las circunstancias que los rodearon y, a partir de ellas, conformaron un movimiento de alcance universal.

2. La experiencia de la conciencia y el descubrimiento de la libertad

Mas es menester distinguir aquí entre el deseo o apetito de conocer, aparentemente y a primera vista, por amor al conocimiento mismo, entre el ansia de probar del fruto de la ciencia, y la necesidad de conocer para vivir. Esto último, que nos da el conocimiento directo e inmediato, y que en cierto sentido, si no pareciese paradójico, podría llamarse conocimiento inconsciente, es común al hombre con los animales, mientras lo que nos distingue de éstos es el conocimiento reflexivo, el conocer del conocer mismo.

Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*.¹

Partiendo del individualismo aludido en el capítulo anterior, puedo afirmar que el descubrimiento de la conciencia es un proceso relacionado directamente con el carácter introspectivo de los textos. El valor que los noventayochistas le otorgaron a la conciencia tiene mucho que ver con la formación de la personalidad, de ahí la importancia conferida a la expresión de la subjetividad. La manera en que un individuo se enfrenta de golpe a su propia conciencia ha sido uno de los temas más trabajados por Miguel de Unamuno en sus diversas novelas, sobre todo en *Niebla*. En esta “nivola” aparece la figura de Augusto, personaje que se descubre a sí mismo, al sentirse perdidamente enamorado de Eugenia; se sumerge en este trance conciente de su existencia, de modo que su capacidad de amar se torna una reafirmación de sí mismo:

Y ahora me brillan en el cielo de mi soledad los dos ojos de Eugenia. Me brillan con el resplandor de las lágrimas de mi madre. **Y me hacen creer que existo, ¡dulce ilusión! Amo, ergo sum. Este amor, Orfeo, es como lluvia bienhechora en que se deshace y concreta la niebla de la existencia. Gracias al amor siento el alma de bulto, la toco.** Empieza a dolerme en su cogollo mismo el alma, gracias al amor, Orfeo. Y el alma misma, qué es sino amor, sino ¿dolor encarnado?²

¹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1964. p. 25.

² Miguel de Unamuno. *Niebla*. Madrid: Castalia, 1995. p. 120.

En el caso de Pío Baroja también hay un proceso que lleva a Andrés Hurtado, el protagonista de *El árbol de la ciencia*, a develar su propia conciencia. La indignación que siente respecto a la forma en que son tratados los cadáveres en la clase de disección es el detonante de este develamiento. Este personaje se preocupa por los otros y descubre su propia conciencia al reflexionar sobre el trato que le daban a los muertos. Es interesante cómo llega a la conclusión de que los muertos también requieren un mínimo de honra y respeto:

Los mozos iban cogiendo los muertos uno a uno, por los pies y arrastrándolos por el suelo, y al pasar unas escaleras que había para bajar a un patio donde estaba el depósito de la sala, las cabezas iban dando lúgubrementemente en los escalones de piedra. La impresión era terrible, aquello parecía el final de una batalla prehistórica, o de un combate de circo romano, en que los vencedores fueran arrastrando a los vencidos. **Hurtado imitaba a los héroes de las novelas leídas por él y reflexionaba acerca de la vida y de la muerte; pensaba que si las madres de aquellos desgraciados que iban al *spoliarium*, hubiesen vislumbrado el final miserable de sus hijos, hubieran deseado seguramente parirlos muertos.**³

Por otro lado, el individualismo se relaciona con la capacidad innata de los sujetos a decidir por sí mismos. Sin duda, no sólo la conciencia nos distingue del resto de los seres vivos, sino también la libertad, pues el ser humano es el único que es conciente de lo que elige. Una de las alternativas que este grupo de artistas encontró a la crisis social que sacudía a España fue la de apostar por el sujeto; sólo éste tenía la posibilidad de escoger un nuevo camino y de encontrar una mejor alternativa a nivel personal. Sobre la forma como se cumple esta vía en la obra de Baroja un reconocido crítico norteamericano, Leo Barrow, asegura que sus protagonistas se caracterizan por defender su libertad todo el tiempo:

Tal vez el aspecto más vital y positivo de todos los protagonistas de Baroja es la libertad. Dicha libertad es atesorada altamente por Baroja. **Para él la libertad parece ser una parte esencial de la humanidad.** Principalmente es una libertad de las convenciones sociales, de la responsabilidad, a excepción de las necesidades biológicas, de las miles de cadenas impuestas por las ideologías y las verdades. **Todos sus protagonistas tienen una personal filosofía de la vida, una pequeña ilusión vital de la que se sostienen. Pero esta ilusión siempre está elaborada**

³ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003. p. 54-55.

personalmente y posee una verdad única; nunca se trata de una filosofía elaborada e impuesta externamente al individuo.⁴

De este modo se vuelve indispensable remitirnos de nuevo al protagonista de *El árbol de la ciencia*, quien se caracteriza, a lo largo de toda la novela, por defender sus ideales y actuar según lo que él mismo ha decidido. Andrés Hurtado es un individuo ensimismado y aislado, pero a pesar de esta especie de timidez no se deja amedrentar fácilmente, ni siquiera por su padre, con quien sostiene una relación muy tirante. A pesar de que al comienzo de la novela, el padre de Andrés trata de imponer su voluntad al hijo, éste se mantiene firme y actúa con la mayor autonomía posible. Su defensa de la libertad es evidente cuando decide estudiar medicina:

Quando concluyó el bachillerato **se decidió a estudiar Medicina sin consultar a nadie**. Su padre se lo había indicado muchas veces: estudia lo que quieras; eso es cosa tuya. A pesar de decírselo y de recomendárselo el que su hijo siguiese sus inclinaciones sin consultárselo a nadie, interiormente le indignaba. Don Pedro estaba constantemente predispuesto contra aquel hijo, que él consideraba díscolo y rebelde. **Andrés no cedía en lo que estimaba derecho suyo, y se plantaba contra su padre y su hermano mayor con una terquedad violenta y agresiva.**⁵

La libertad es también un tema recurrente en las obras de Unamuno, quien propone que ésta debe aceptarse sin importar las consecuencias, inclusive cuando por ciertas circunstancias, al ejercerse férreamente, termine ocasionando un daño al mismo sujeto. Al respecto encontramos en *Niebla* el personaje de Eugenia, quien a pesar de las excesivas muestras de cariño por parte de Augusto y de la presión que ejerce su tía para que lo acepte, ella termina por rechazarlo tajantemente, pues desea casarse con otra persona; Augusto decide respetar su decisión:

-Pero, señora, ¿y si está enamorada de él...?
-Eso digo yo –exclamó el tío–, eso digo yo. **¡La libertad, la santa libertad, la libertad de elección!**

⁴ Vid. Leo Barrow. *Negation in Baroja. Key to his novelistic creativity*. Arizona: The University of Arizona Press, 1971. p. 186.

⁵ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 46.

-Pues ¡no, no y no! ¿Acaso sabe esa chiquilla lo que hace...?
 ¡Despreciarle a usted, don Augusto, a usted! ¡Eso no puede ser!
-Pero, señora, reflexione, fijese... no se puede, no se debe violentar así la voluntad de una joven como Eugenia... Se trata de su felicidad, y no debemos todos sino preocuparnos de ella, y hasta sacrificarnos para que la consiga...⁶

2.1 La superación de una derrota

Como ha quedado establecido hasta aquí, los protagonistas de Baroja y Unamuno generalmente se enfrentan a una serie de situaciones adversas que, en algunos casos, corresponden a los acontecimientos reales que afectaron a España. En el caso del primero es necesario remitirnos al protagonista de *El árbol de la ciencia*, quien a lo largo de la historia enfrenta una serie de acontecimientos que le muestran lo terrible que puede ser el mundo, pero sobre todo el resto de los hombres. La odisea de Hurtado comienza en su hogar, pues desde un principio se enfrenta a su padre, quien se presenta como la antítesis de su personalidad y sus principios: “Las discusiones comenzaban por la cosa más insignificante; el desacuerdo entre padre e hijo no necesitaba un motivo especial para manifestarse, era absoluto y completo; cualquier punto que se tocara bastaba para hacer brotar la hostilidad, no se cambiaba entre ellos una palabra amable.”⁷

El otro sitio en el que Hurtado se enfrenta a un ambiente ajeno y antipático es la universidad, pues no encuentra ninguna motivación, ni siente la menor admiración por sus maestros. El sistema educativo le resulta obsoleto y sin sentido, tan sólo la aplicación de viejas fórmulas que nada tienen que ver con la realidad. El joven estudiante de medicina manifiesta un fuerte rechazo hacia sus profesores, sobre todo contra aquellos que considera fósiles del conocimiento; estancados en sus viejas glorias, incapaces de despertar un auténtico gusto por el saber:

⁶ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 143.

⁷ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 46.

Sobre todo, aquella clase de Química de la antigua capilla del instituto de San Isidro era escandalosa. El viejo profesor recordaba las conferencias del Instituto de Francia, de célebres químicos, y creía, sin duda, que explicando la obtención del nitrógeno y del cloro estaban haciendo un descubrimiento, y le gustaba que le aplaudieran. Satisfacía su pueril vanidad dejando los experimentos aparatosos para la conclusión de la clase con el fin de retirarse entre aplausos como un prestidigitador.⁸

Distaba muy poco este fragmento narrativo de la opinión que tenía Pío Baroja sobre la franca decadencia del sistema educativo español; criticó abiertamente los métodos tradicionales de enseñanza, inviables ya para las nuevas circunstancias y para las nuevas generaciones. Tal como lo refleja el doctor Iturrioz, quien condena el predominio del pragmatismo en dicha esfera, pues desde su perspectiva esta teoría impide que el sistema educativo evolucione adecuadamente:

El pragmatismo nacional cumple su misión mientras deja paso libre a la realidad; pero si se cierra este paso, entonces la normalidad de un pueblo se altera, la atmósfera se enrarece, las ideas y los hechos toman perspectivas falsas. En un ambiente de ficciones, residuo de un pragmatismo viejo y renovación vivía el Madrid de hace años. Otras ciudades españolas se habían dado alguna cuenta de la necesidad de transformarse y de cambiar; Madrid seguía inmóvil, sin curiosidad, sin deseo de cambio.⁹

La hostilidad con que se le presenta el mundo a Hurtado va en aumento y toda nueva experiencia le confirma las miserias humanas y la falta de sentido en lo que hace. Su desarrollo profesional, nunca logra satisfacerlo pues todo el tiempo se encuentra con nuevos obstáculos y se da cuenta de los males que son capaces los seres humanos, como el director del hospital San Juan de Dios, quien humillaba a las internas y las trataba indignamente. Esta situación lo amarga profundamente y lo sumerge en una interminable depresión: “A los pocos días de frecuentar el hospital, Andrés se inclinaba a creer que el pesimismo de Schopenhauer era una verdad casi matemática. El mundo le parecía una mezcla de manicomio y de hospital; ser inteligente constituía una desgracia, y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia y la locura.”¹⁰

⁸ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 39-40.

⁹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 38.

¹⁰ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 78.

El constante enfrentamiento de Andrés Hurtado consigo mismo no sólo se relaciona con su vida personal y sus esferas más cercanas, sino que involucra a toda la sociedad española; pues según sus propios intelectuales en esa época predominaban la crueldad y los abusos hacia los demás. La indiferencia entre los hombres sólo cambiaba al hacer uso de los otros para obtener un beneficio individual. Esta falta de solidaridad está presente en un gran número de personajes que rodean la vida de Hurtado y se conectan tangencialmente con él, como es el caso de doña Virginia, la mujer que sin ningún escrúpulo se dedicaba a practicar abortos, entre otras de sus actividades criminales:

Era una mujer de cuidado; había echado al otro mundo dos maridos con dos jicarazos; no le asustaba nada. **Hacía abortar, suprimía chicos, secuestraba muchachas y las vendía.** Acostumbrada a hacer gimnasia y a dar masaje, tenía más fuerza que un hombre, y para ella no era nada sujetar a una mujer como si fuera un niño. En estos negocios de abortos y de tercerías manifestaba una audacia enorme. **Como esas moscas sarcófagas que van a los animales despedazados y a las carnes muertas, así aparecía doña Virginia** con sus palabras amables, allí donde olfateaba la familia arruinada, a quien arrastraba al *spolarium*.¹¹

Uno de los fenómenos que más hallamos en esta historia es el enfrentamiento directo o indirecto del protagonista con el resto de los personajes. La lucha de Andrés Hurtado en un medio completamente adverso, determinado por el predominio del egoísmo, el materialismo, la indiferencia y la ausencia de valores. En esta medida Pío Baroja no sólo nos muestra que los obstáculos se conforman por las circunstancias que se le presentan a su protagonista, sino sobre todo por los otros, recordándonos la conocida máxima: “el hombre es el lobo del hombre”.

Por su parte el *Abel Sánchez* de Unamuno nos narra la tortuosa relación entre dos amigos muy unidos desde su infancia se van distanciando poco a poco, conforme avanza la historia, hasta convertirse en frontales enemigos. Desde el principio el autor pone frente al lector la personalidad opuesta de los

¹¹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 102.

protagonistas. Joaquín es un individuo aislado y reservado, mientras Abel se caracteriza por ser sociable y extrovertido:

Durante los estudios del bachillerato, que siguieron juntos, Joaquín era el empollón, el que iba a la caza de los premios, el primero en las aulas y el primero Abel fuera de ellas, en el patio del Instituto, en la calle, en el campo, en los novillos, entre los compañeros. Abel era el que hacía reír con sus gracias y, sobre todo, obtenía triunfos de aplauso por las carichatas que de los catedráticos hacía. Y este juicio común de los compañeros, sabido por Joaquín, no hacía sino envenenarle el corazón. Llegó a sentir la tentación de descuidar el estudio y tratar de vencer al otro en el otro campo, pero diciéndose: << ¡Bah!, ¿qué saben ellos...? >>, siguió fiel a su propio natural.¹²

Unamuno logra retratar con gran precisión la incapacidad de Joaquín para relacionarse con los demás, su imposibilidad para establecer vínculos afectivos con los otros. Dicho distanciamiento, no solamente lo aislará de los otros, sino que lo hará padecer las crueles consecuencias del rechazo. Cuando Joaquín trata de conquistar a Helena y ésta no siente la menor inclinación hacia él, éste se sumerge en una dolorosa tragedia y se concibe a sí mismo como víctima:

-Ten compasión de mí, Abel, ten compasión. Ve que todos me miran de reojo, ve que todos son obstáculos para mí... Tú eres joven, afortunado, mimado, te sobran mujeres... Déjame a Helena, mira que no sabré dirigirme a otra.... Déjame a Helena...

-Pero si ya te la dejo....

-Haz que me oiga; haz que me conozca; haz que sepa que muero por ella, que sin ella no viviré.¹³

Algo muy similar ocurre con Augusto, el protagonista de *Niebla*, quien a pesar de todos sus intentos por conquistar a Eugenia y granjearse su cariño, ésta lo rechaza terminantemente. Ella no logra ver ninguna virtud en Augusto e inclusive se encapricha contra él, pues considera que trata de comprar su amor. Al igual que Joaquín es rechazado por la mujer que ama y es golpeado en lo más hondo de su alma:

¹² Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 68.

¹³ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 79.

-Y esa mujer... sería alguna mala mujer...
 -¿Mala? ¿mala dices? ¿Sabes lo que dices, Rosario, sabes lo que dices?
 ¿Sabes lo que es ser malo? No, no, no, esa mujer es, como tú, un ángel;
 pero esa mujer no me quiere... no me quiere... no me quiere –y al decirlo
 se le quebró la voz y se le empañaron de lágrimas los ojos.¹⁴

Para el protagonista del *Abel Sánchez* las consecuencias son mayores, pues la tortuosa relación de Joaquín con los otros, nos revela el carácter de un individuo ensimismado, quien es incapaz de salir de sí mismo. Su actitud termina convirtiéndolo en un sujeto francamente patético, aunque en el fondo no tiene mal corazón. A pesar de ello las circunstancias irán corrompiéndolo, hasta convertirlo en un espíritu atormentado que alberga sentimientos de odio y de venganza:

Parecíame que Helena había querido afrentarme y nada más, que había enamorado a Abel por menosprecio a mí, pero que no podía, montón de carne al espejo, querer a nadie (...) **Fue una tempestad de malos deseos, de cóleras, de apetitos sucios, de rabia.** Con el día y el cansancio de tanto sufrir volvíome la reflexión, **comprendí que no tenía derecho alguno a Helena, pero empecé a odiar a Abel con toda mi alma y a proponerme a la vez a ocultar ese odio, abonarlo, criarlo, cuidarlo, en lo recóndito de las entrañas de mi alma.**¹⁵

2.2 La agonía como activación de la conciencia

Hemos visto que los protagonistas de Unamuno y Pío Baroja se enfrentan a una serie de obstáculos que van determinando sus vidas sin que puedan hacer algo para cambiar sus circunstancias; ello los conduce a una constante angustia y a una terrible decepción. Sin embargo, resulta interesante que los acontecimientos adversos que enfrentan sus protagonistas funcionan como una reafirmación de su propia existencia, pues en esta lucha constante, se descubren a sí mismos.

Al respecto cabe remitirnos al momento cuando en el *Abel Sánchez*, Joaquín asiste obligadamente a la boda de su mejor amigo con la mujer que él ama. Este hecho que le resulta casi insostenible, lo hace reflexionar sobre sí mismo, analizar detenidamente lo que siente y su sufrimiento es tan agudo que le

¹⁴ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 145.

¹⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 80.

otorga de golpe una gran claridad. Es así como el protagonista va experimentando poco a poco su interioridad y su alma queda al descubierto; este momento es tan intenso que parece anular su existencia:

Al acercarse el momento fatal, yo contaba los segundos. “¡Dentro de poco –me decía– ha terminado para mí todo” Creo que se me paró el corazón. Oí claros y distintos los dos *sís*, [*sic*] el de él y el de ella. Ella me miró al pronunciarlo. Y quedé más frío que antes, sin un sobresalto, sin una palpitación, como si nada que me tocara hubiese oído. **Y ello me llenó del infernal terror a mí mismo. Me sentí peor que un monstruo, me sentí como si no existiera**, como si no fuese nada más que un pedazo de hielo, y esto para siempre. Llegué a palparme la carne, a pellizcármela, a tomarme el pulso. “**¿Pero estoy vivo? ¿Yo soy yo?**” –me dije.¹⁶

A lo largo de la historia Joaquín se va revolviendo internamente y en un terrible ejercicio de introspección se le revelan sus sentimientos más bajos, sus deseos y sus pasiones más monstruosas. Por tanto esta especie de trance se vuelve una forma de autoconocimiento que lo hace percibir vivamente su propia existencia, como si se encontrara al borde de la muerte. En este sentido el mérito de Unamuno consiste en la asombrosa forma en que narra el proceso psicológico del protagonista y nos deja ver cómo emerge la conciencia en la experimentación de la agonía:

El despejo mental que me dio aquél de lo ya irreparable, el descubrimiento en mí mismo de que no hay alma, movieronme a buscar en el estudio, no ya consuelo –consuelo, ni lo necesitaba ni lo quería–, sino apoyo para una ambición inmensa. Tenía que aplastar con la fama de mi nombre la fama, ya incipiente, de Abel; mis descubrimientos científicos, obra de arte, de verdadera poesía, tenían que hacer sombra a sus cuadros. Tenía que llegar a comprender un día Helena que era yo, el médico, el antipático, quien habría de darle aureola de gloria.¹⁷

En el caso de *Niebla*, Augusto afirma que ha descubierto la existencia del resto de las mujeres gracias a que ha sido rechazado por una de ellas. La herida que Eugenia ha causado en él lo tortura constantemente y por más que lo intenta no es capaz de conquistarla. A pesar de que este hecho atormenta su espíritu no lo deprime del todo, pues ha logrado descubrir un aspecto de sí mismo. Por esta

¹⁶ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 84.

¹⁷ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 84-85.

razón el mismo Augusto considera que gracias a Eugenia ha conocido el amor y de esta forma ha quedado abierto al resto de las mujeres. Miguel de Unamuno lo narra así:

<<Quiere jugar conmigo, como si yo fuese un piano... me deja, me toma, me volverá a dejar... Yo estaba de reserva... Diga lo que quiera, anda buscando que yo vuelva a solicitarla, acaso para vengarse, tal vez para dar celos al otro y volverle al retortero... ¡Como si yo fuese un muñeco, un ente, un don de nadie... ¡Y yo tengo mi carácter, vaya si lo tengo, yo soy yo! Sí, ¡yo soy yo! ¡yo soy yo! Le debo a ella, a Eugenia, ¿cómo negarlo?, el que haya despertado mi facultad amorosa; pero una vez que me la despertó y suscitó no necesito ya de ella; lo que sobran son mujeres.>>¹⁸

Sobre la conexión entre la agonía y la existencia Pío Baroja nos presenta la figura de Andrés Hurtado, quien en *El árbol de la ciencia* también enfrenta diversos momentos críticos. Conforme el joven médico se va desarrollando en su profesión se enfrenta a sus colegas, quienes a pesar de compartir su profesión son inhumanos con sus pacientes.¹⁹ Andrés se enfrenta todo el tiempo a estos individuos; los considera totalmente desalmados, pues carecen de la mínima caridad con los enfermos, quienes en pocas palabras son tratados como animales. En esta constante lucha contra los abusos, el protagonista va conformando su propio criterio, se va haciendo consciente de su influencia sobre la vida de los otros y no sólo en lo referente al cuidado de su salud. Por eso Hurtado no puede explicarse que los médicos traten de esa manera a las personas y después de trabajar un tiempo en el Hospital de San Juan de Dios no soporta esta situación y finalmente decide abandonarlo:

¹⁸ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 191.

¹⁹ Sobre este aspecto en la obra de Pío Baroja me interesa poner en relieve el interés que mostró desde muy pronto, este autor vasco, por la forma en que ciertas situaciones extremas en los individuos producen un efecto determinante en su espíritu y sobre todo los hace conscientes de su vulnerabilidad. De ahí que su tesis de licenciatura haya tratado sobre el dolor y cómo afecta a los seres humanos. Por esta misma razón leemos en su diario una serie de referencias a la soledad y la tristeza que sufren los hombres, los cuales inclusive pueden dar origen a la belleza: “En otoño, el poeta va de nuevo al Retiro, aquejado de profunda tristeza. Ve a una mujer vestida de negro que llora amargamente. Su madre trata de consolarla. Es inútil. Él encuentra a la hija hermosa, *más hermosa que nunca, porque las lágrimas y la tristeza dan un encanto misterioso a las mujeres, como las lluvias y las nieblas a los paisajes intelectuales del Norte*. Se enamora: *El poeta la siguió anhelante, loco, súbitamente enamorado de ella, sabiendo que era lo imposible y lo arcano.*” (Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación, 1999. p. 75.)

¿Por qué? Era incomprensible. **Aquel petulante idiota mandaba llevar castigadas a las enfermas a las guardillas y tenerlas uno o dos días encerradas por delitos imaginarios.** El hablar de una cama a otra durante la visita, el quejarse en la cura, cualquier cosa bastaba para estos severos castigos. Otras veces mandaba ponerlas a pan y agua. Era un macaco cruel ese tipo, a quien habían dado una misión tan humana como la de cuidar de pobres enfermas.²⁰

2.3 La reflexión e introspección en sus novelas

La reflexión e introspección juegan un papel esencial en la literatura de Miguel de Unamuno y de Pío Baroja. Este rasgo se originó en gran parte gracias a la fuerte carga crítica que predominó en ambos artistas, pues constituyeron el contrapunto de las ideologías y las opiniones comunes en los distintos ámbitos de la vida de España. Por esta razón los personajes de sus obras son muy conflictivos y se enfrentan directamente a las convenciones sociales, políticas y culturales predominantes

En sus novelas se percibe una lucha abierta en contra de los valores, los principios y los distintos cánones establecidos. Esta oposición entre el individuo y la sociedad constituye la tensión constante que se vivía en esa época y se expresa claramente en sus historias. Tal es el caso de don Fermín, un peculiar personaje que aparece en *Niebla*, quien se caracteriza por ser un anarquista y un místico a la vez, además de criticar y rechazar toda convención social, por considerar que éstas terminan corrompiendo a los hombres:

-¡Vendrán tiempos –exclamó don Fermín– en que se dispararán los convencionalismos sociales todos! Estoy convencido de que las cercas y tapias de las propiedades privadas no son más que un incentivo para los que llamamos ladrones, cuando los ladrones son los otros, los propietarios. No hay propiedad más segura que la que está sin cercas ni tapias, al alcance de todo el mundo. **El hombre nace bueno, es naturalmente bueno; la sociedad le malea y pervierte...**²¹

Por otro lado los escritos de Miguel Unamuno se caracterizan por dibujar detalladamente la forma en que se descubre la interioridad y se desenvuelve la

²⁰ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 79.

²¹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 141.

personalidad. De aquí que encontremos en sus obras alusiones continuas a la afirmación y la negación de la propia existencia.²² La actitud pesimista y escéptica que predominaba en la ideología noventayochista se trasluce perceptiblemente en sus textos a través de la aparición constante de este tipo de temas, como es el caso de Augusto, quien todo el tiempo reflexiona sobre su propia existencia:

-Sí, dicen que nadie conoce su voz...
 -Ni su cara. Yo por lo menos sé de mí decirte que una de las cosas que me da más pavor es quedarme mirándome al espejo, a solas, cuando nadie me ve. **Acabo por dudar de mi propia existencia e imaginarme, viéndome como otro, que soy un sueño, un ente de ficción...**
 -Pues no te mires así...
 -No puedo remediarlo. Tengo la manía de la introspección.²³

La introspección se lleva a cabo en individuos generalmente retraídos, propensos a la soledad y se caracterizan por evitar el contacto con los demás. Este rasgo de su carácter los hace más propensos a la contemplación interna y aunque generalmente tienen muchos problemas para socializar, se conocen a profundidad.²⁴ Un claro ejemplo en el *Abel Sánchez* de Unamuno, es Joaquín quien a pesar de ser un total fracaso al relacionarse con los demás, tiene una gran capacidad para conocerse internamente:

²² Este aspecto de la obra de Miguel de Unamuno está trabajado de forma extraordinaria en toda su obra, pero sobre todo en *Niebla*, donde nos muestra la figura de Augusto, quien todo el tiempo se detiene a pensar en la situación que está viviendo, desarrollando sus rasgos psicológicos. De este modo Unamuno nos muestra cómo se llevan a cabo los diversos procesos mentales, como son la sensibilidad, el recuerdo, el sueño y la introspección, desarrollándolas con una fuerte carga poética: “-Bueno, cállate, basta –y cerraba él los ojos–, no digas nada, déjame hablar solo, conmigo mismo. Así he vivido desde que se murió mi madre, conmigo mismo, nada más conmigo, es decir, dormido. Y no he sabido lo que es dormir juntamente dormir dos un mismo sueño. ¡Dormir juntos! No estar juntos durmiendo cada cual su sueño, ¡no!, sino dormir juntos, ¡dormir juntos el mismo sueño! ¿Y si durmiéramos tú y yo, Rosario, el mismo sueño?” (Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 147.)

²³ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 210.

²⁴ Sobre este aspecto del personaje de Joaquín en el *Abel Sánchez* de Unamuno es necesario considerar, que el autor vasco nos muestra en toda su novela un contraste muy significativo entre su personalidad y la de Abel; de hecho son completamente antitéticos, pues mientras el primero es un sujeto con facilidad para relacionarse consigo mismo, el segundo se desenvuelve fácilmente en sociedad. La constante oposición entre ambos personajes nos muestra la pluralidad de dimensiones que poseen los seres humanos y cómo se produce una tensión constante debido a esas diferencias. Esta confrontación puede apreciarse desde que comienza la novela, en el momento en que se hace referencia a la infancia de ambos personajes: “<<Ya desde entonces era él simpático, no sabía por qué, y antipático yo, sin que se me alcanzara mejor la causa de ello, y me dejaban solo. Desde niño me aislaron mis amigos>>.” (Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 68.)

Nunca me lo dijo, nunca me dio a entender, pero ¿podía no inspirarle yo repugnancia, sobre todo cuando le descubrí la lepra de mi alma, la gangrena de mis odios? Se casó conmigo como se habría casado con un leproso, no me cabe duda de ello, por divina piedad, por espíritu de abnegación y de sacrificio cristianos, para salvar mi alma y así salvar la suya, por heroísmo de santidad. ¡Y fue una santa! ¡Pero no me curó de Helena; no me curó de Abel! Su santidad fue para mí un remordimiento más.²⁵

Pío Baroja también se inclina a describir detalladamente dicho carácter en sus personajes principales, quienes muestran un marcado alejamiento del ámbito social. El aislamiento propicia el descubrimiento de uno mismo y en la soledad el individuo es propenso a examinar sus rincones espirituales. Un personaje del autor que muestra esta propensión a la soledad es Andrés Hurtado, quien además de no lograr establecer un vínculo con los otros y no ser comprendido por ellos, termina sumergiéndose en sí mismo. Es así como el protagonista de *El árbol de la ciencia* se distancia de los demás y prefiere refugiarse en la confortante compañía de los libros:

Andrés no quería salir a la calle; sentía una insociabilidad intensa. Le parecía una fatiga tener que conocer a nueva gente.
 -Pero hombre, ¿no vas a salir? –le preguntaba Margarita.
 -Yo no. ¿Para qué? No me interesa nada en cuanto pasa fuera.
 Andar por las calles le fastidiaba, y el campo de los alrededores de Valencia, a pesar de su fertilidad, no le gustaba (...)
 Prefería estar en casa. Allí estudiaba e iba tomando datos acerca de un punto de psicofísica que pensaba utilizar para la tesis de Doctorado.²⁶

En el aspecto formal y estilístico, el modo en que Baroja logra mostrar el carácter introspectivo de Hurtado es a través del diálogo, pero no con cualquier personaje, sino sobre todo en las profundas conversaciones que sostiene con su tío, el doctor Iturrioz. La importancia de este personaje es central en esta historia invita a pensar a Andrés en todo aquello que éste ya ha dado por sentado, haciéndolo entrar en conflicto. Los temas que ambos discuten son de la más diversa índole, pues van desde los planes personales del joven médico hasta otros tópicos más complejos como la forma en que obtenemos el conocimiento, el origen de la sociedad, el sentido de la ética y la causa del mundo. Sobre este

²⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 90.

²⁶ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 148.

último tema ambos dialogan acaloradamente sobre el mérito de Kant al plantear la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios:

-Enorme. Kant prueba que son indemostrables los dos postulados más trascendentales de las religiones y de los sistemas filosóficos: Dios y la libertad. Y lo terrible es que prueba que son indemostrables a pesar suyo.
 -¿Y qué?
 -¡Y qué! las consecuencias son terribles; ya el universo no tiene comienzo en el tiempo ni límite en el espacio; todo está sometido al encadenamiento de causas y efectos; **ya no hay causa primera; la idea de causa primera, como ha dicho Schopenhauer, es la idea de un trozo de madera hecho hierro.**²⁷

De algún modo me parece que Baroja trata de retomar ciertos elementos del método socrático en esta novela. Hay que recordar que el conocido filósofo griego se dedicaba a dialogar con sus discípulos, los cuestionaba sobre sus opiniones, los hacía examinarlas de nuevo, les mostraba sus contradicciones y los hacía llegar a la verdad por un nuevo camino. El mérito de Sócrates radicaba en que planteaba las preguntas adecuadas, guiando a sus alumnos para que finalmente a través de la introspección ellos llegaran a sus propias conclusiones. De ahí que el gran filósofo griego haya retomado la frase que estaba escrita a la entrada del oráculo de Delfos y a lo largo de su vida haya repetido incansablemente a los otros: “Conócete a ti mismo”.²⁸

Baroja no sólo hace uso del diálogo como un mecanismo de activación de la conciencia; también aplica el monólogo de diversas maneras para mostrar la introspección en los personajes de sus novelas. Además hace uso del género epistolar para expresar la forma en que se da el autoconocimiento en el individuo, pues al carecer de un interlocutor inmediato termina hablando de sí mismo. Un claro ejemplo es Sacha Savarof, la protagonista de *El mundo es así*, quien se va descubriendo a sí misma al intercambiar correspondencia con su amiga Vera:

²⁷ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 160.

²⁸ La importancia del doctor Iturrioz no se limita a que éste se vuelve el Sócrates personal de Andrés Hurtado, sino a que Pío Baroja por medio de dicho personaje expresa una serie de juicios propios. De esta forma el emblemático doctor se convierte en la voz crítica del autor, pues por medio de él cuestiona una serie de opiniones que predominaban en su época y con las cuales no estaba de acuerdo. Por otro lado mediante este recurso literario Baroja hace gala del su bagaje intelectual, sobre todo en lo que se refiere a su conocimiento de las principales ideologías y corrientes filosóficas que predominaban en Europa.

<<**Pides tregua; muy bien tengamos tregua. Quieres que dejemos la cuestión Vera-Leskoj para más adelante. Muy bien; la aplazaremos y seguiré hablándote de mi vida**, ya que dices que te interesan mis cartas. Me adulas, mi querida Vera.
 >>Ya hace un mes que estoy aquí, y a pesar de que mi amiga húngara María Karolyi es una entusiasta de Italia y de los italianos, a mí esto no me encanta (...)
 >>A mí esta manera de ser me repugna. Preferiría vivir en un pueblo austero en que la mortificación y la abstención fueran la regla, que no en un pueblo así en que el afán de placer hace a todo el mundo sórdido y miserable.²⁹

Pío Baroja emplea otra técnica estilística que produce un efecto muy semejante en la narración de sus novelas. En la tercera parte de *El mundo es así*, este autor español cambia el género epistolar por el uso de un diario para mostrar el monólogo interior, el cual le permite resaltar la introspección de su protagonista sin la necesidad de un interlocutor. Es así como Baroja nos introduce al mundo interior de Sacha, dejándonos ver la forma en que es afectada por las circunstancias que la rodean, trazándonos una imagen muy detallada de su personalidad:

Voy a anotar mis impresiones día por día. No quiero distraer a Vera con mis cartas. Ella tendrá también sus luchas, sus momentos de vacilación, pero está en terreno más firme que yo.
 Se ha casado con un compatriota, con un hombre de ciencia; vive en un ambiente austero; yo, en cambio, no veo claro en mi porvenir. **Prefiero escribir estas páginas para mí sola, conteniéndome un poco para no avergonzarme mañana de mis sentimientos, porque mi experiencia anterior me ha hecho desconfiar un tanto de mi espontaneidad.**³⁰

Al igual que su compatriota, Miguel de Unamuno emplea el monólogo como recurso literario para producir un efecto reflexivo en el lector y de esta forma sumergirlo en un complejo entramado psicológico. Para lograr dicho efecto en *Niebla*, emplea un personaje secundario que no puede hablar directamente con Augusto, pero lo hace hablar consigo mismo. Me refiero a Orfeo, su perro con quien sostiene intensas pláticas sobre su vida; de algún modo su mascota se convierte en su entrañable confidente:

²⁹ Pío Baroja. *El mundo es así*. Madrid: Alianza, 2006. p. 126-127.

³⁰ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 141.

“¡Ay, Orfeo! –decía ya en su casa Augusto, dándole leche a aquél–. Di el gran paso, el paso decisivo; entré en su hogar, entré en el santuario. ¿Sabes lo que es dar un paso decisivo? Los vientos de la fortuna nos empujan y nuestros pasos son decisivos todos. **¿Nuestros? ¿Son nuestros esos pasos?** Caminamos, Orfeo mío, por una selva enmarañada y bravía, sin senderos. El sendero nos lo hacemos con los pies según caminamos a la ventura. **Hay quien cree seguir una estrella; yo creo seguir una doble estrella, melliza. Y esa estrella no es sino la proyección misma del sendero al cielo, la proyección del azar.**³¹

El carácter dubitativo y escéptico de Augusto también se revela en los monólogos que sostiene con su perro fiel. El tono melancólico de sus reflexiones lo hace pensar en sí mismo y de ahí se dispara a temas más importantes que se vinculan con su dimensión personal. En este contexto aparece una constante referencia sobre la propia vida y su estrecho vínculo con la muerte, de modo que se nos revela nuestra desaparición temporal y por lo tanto cabe preguntarnos si hay algo más. De esta forma Augusto habla con Orfeo sobre los recuerdos de su vida pasada y al pensar en la muerte de sus padres termina reflexionando sobre la posibilidad de la trascendencia humana y sobre la experiencia de la eternidad:

Ésta es la revelación de la eternidad, Orfeo, de la terrible eternidad. Cuando el hombre se queda a solas y cierra los ojos al porvenir, al ensueño, se le revela el abismo pavoroso de la eternidad. La eternidad no es porvenir. **Cuando morimos nos da la muerte media vuelta en nuestra órbita y emprendemos la marcha hacia atrás, hacia el pasado, hacia lo que fue. Y así, sin término, devanando la madeja de nuestro destino, deshaciendo todo el infinito que en una eternidad nos ha hecho caminando a la nada, sin llegar nunca a ella, pues ella nunca fue.**³²

El papel de Orfeo en esta novela es crucial, pues a pesar de ser un personaje secundario que se pierde a lo largo de la historia, aparece sorpresivamente en el epílogo. Es en esta parte donde Miguel de Unamuno hace hablar al perro: se sumerge en una larga y extraordinaria disertación sobre la decadencia de la raza humana, deteniéndose en notables reflexiones sobre la

³¹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 118.

³² Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 119.

civilización, el lenguaje, Dios y la muerte.³³ Unamuno emplea este recurso literario para mostrar que el monólogo en el fondo es un diálogo interior:

“¡Pobre amo mío! ¡pobre amo mío! ¡Fue un hombre, sí, no fue más que un hombre, fue sólo un hombre! ¡Pero fue mi amo! ¡Y cuánto, sin él creerlo ni pensarlo, me debía...! ¡cuánto! **¡Cuánto le enseñé con mis silencios, con mis lamentos, mientras él me hablaba, me hablaba, me hablaba!** “¿Me entenderás?” –me decía–. Y sí, yo le entendía, le entendía mientras **él me hablaba hablándose y hablaba, hablaba, hablaba. Él al hablarme así hablándose hablaba al perro que había en él. Yo mantuve despierto su cinismo.**³⁴

La relevancia de la introspección en esta novela posee proporciones extraordinarias, pues no se limita al plano de la historia ni de los personajes que en ella se desenvuelven. Unamuno es muy audaz: en pleno desenlace de la trama inserta una reflexión sobre las características de la literatura y los entes de ficción, donde él mismo aparece como un personaje más, dialogando con el protagonista sobre su existencia, la cual terminará con un supuesto suicidio:

-Pues bien; la verdad es, querido Augusto –le dije con la más dulce de mis voces–, que no puedes matarte porque no estás vivo, y que no estás vivo, ni tampoco muerto, porque no existes...
-¿Cómo que no existo? –exclamó.
-No, no existes más que como ente de ficción; no eres pobre Augusto, más que un producto de mi fantasía y de las de aquellos de mis lectores que lean el relato que de tus fingidas aventuras y malandanzas he escrito yo, tú no eres más que un personaje de novela, o de *nivola*, o como quieras llamarle. Ya sabes pues tu secreto.³⁵

Es así como, en pleno clímax de la historia, el escritor vasco se mueve alternamente en el plano de la realidad y en el de la imaginación, jugando con las diversas lecturas e interpretaciones que se le puede dar a su novela y a la

³³ En esta parte final de la novela se vuelven muy llamativas las opiniones que el perro va elaborando sobre la humanidad. Resulta evidente que estos juicios de algún modo son opiniones formadas por el mismo autor en torno a estos temas y por ello resultan muy reveladoras. Al respecto encontramos la opinión de Orfeo sobre el lenguaje, el cual a pesar de ser una de las herramientas más extraordinarias de la civilización humana, también sirve para decir cosas falsas y engañar a los demás: “¡Y luego nos insulta! ¡Llama cinismo, esto es, perrismo o perrería, a la impudencia o sinvergüencería, él, el animal hipócrita por excelencia. El lenguaje le ha hecho hipócrita. Como que la hipocresía debería llamarse antropismo si es que a la impudencia se le llama cinismo.” (Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 282-283.)

³⁴ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 284.

³⁵ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 261.

literatura en general. De esta forma crea un metatexto que a primera vista sumerge al lector en un claro desconcierto, pero que conforme se avanza termina dando lugar a una profunda reflexión sobre la literatura y sobre la vida misma. Augusto terriblemente asustado concluye con una amenaza: le dice a Unamuno que tarde o temprano él también morirá al igual que todos sus lectores. Por tanto esta novela no se reduce a una lectura literaria, sino que nos hace pensar detenidamente en la propia existencia y nuestro deseo de permanencia:

-¿Con que no, eh? –me dijo– ¿con que no? No, quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿con que no lo quiere? ¿con que he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel de Unamuno también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió... ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio, como vosotros, *nivolesco* lo mismo que vosotros.³⁶

Podríamos pensar que este es un rasgo exclusivo de la obra de Miguel Unamuno. Sin embargo, en las novelas de Pío Baroja también descubrimos una reflexión en torno a la configuración de la literatura y su repercusión en la realidad. En *El mundo es así* hay una consideración muy interesante en torno a la incidencia de la ficción en la vida, la cual inclusive llega a causar cierta frustración en los individuos. En esta novela, Baroja nos habla de la idealización del amor, a cargo de la psicología femenina desarrollada por la literatura, lo cual provoca en las mujeres un terrible sentimentalismo y termina gestando en ellas una falsa idea de la felicidad:

La luna de miel no fue tan extraordinaria como esperaba Sacha. La literatura ha hecho creer a los hombres y a las mujeres que en determinadas circunstancias se desarrollan en ellos fuerzas espirituales que les llevan a las alturas de una felicidad inefable.

La palabrería literaria ha dado aire a esta idea, y para justificarla se ha inventado la psicología femenina.³⁷

³⁶ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 266-267.

³⁷ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 91.

Me parece que lo llamativo del planteamiento de Pío Baroja en *El mundo es así* consiste en su interpretación de la forma en que la verdad y la falsedad se confunden en la literatura, lo cual afecta directamente nuestra percepción de la realidad. Por tanto Baroja también propone una reflexión de carácter metatextual sobre la forma en que las creaciones literarias inciden en nuestra interpretación del mundo y del hombre:

Las ideas literarias están tan arraigadas, que han llegado a formar parte de nuestra naturaleza. Las mujeres y los hombres tienen como un compromiso de honor el afirmar el misticismo y la lucidez de la pasión, considerando que sin ella los hombres no se diferenciarían gran cosa de los gorilas, idea después de todo absurda, porque los gorilas indudablemente se enamoran; a lo que no llegan, al menos por ahora, es a resolver ecuaciones de segundo grado.³⁸

2.4 Responsabilidad y crisis moral

Una vez que hemos visto el lugar que ocupa la experiencia de la conciencia y la introspección en la literatura de Unamuno y de Baroja, es necesario examinar la forma en que se trata la libertad y cómo esto supone un planteamiento moral. Antes de comenzar es indispensable considerar que existe una relación indisoluble entre la conciencia y la libertad, pues los seres humanos al ser conscientes nos damos cuenta de nuestra propia existencia; descubrimos que nuestras acciones nos pertenecen y ello nos lleva a asumirlas con responsabilidad.³⁹

Ya ha quedado establecido que tanto Unamuno, como Baroja sitúan a los protagonistas de sus novelas en circunstancias adversas, las cuales los llevan a percatarse de la fuerza de su voluntad. La superación de pruebas y la pugna

³⁸ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 93.

³⁹ La estrecha conexión de los escritores noventayochistas con la proliferación de un planteamiento ético en sus obras literarias se debe en gran medida a que, a raíz de la crisis que sufrió España, estos autores no vieron otra alternativa más que ver hacia sí mismos, por lo que el profundo individualismo que promulgaban los hizo adquirir una mayor conciencia sobre la importancia de las acciones y la influencia de estas en los demás. De este modo, Unamuno opina que la marcada egolatría que predominó en su generación los hizo reflexionar profundamente sobre la dimensión moral del hombre, lo cual se refleja patentemente en sus obras. *Vid.* Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959. p. 437.

contra los otros constituye una parte central de la tensión que se mantiene a lo largo de sus historias. Por esta razón los protagonistas se distinguen radicalmente del resto de los personajes y se caracterizan por elegir un rumbo muy distinto a los otros, tal como ocurre en *El árbol de la ciencia*, en donde Andrés Hurtado, a diferencia de sus condiscípulos, no se conforma con una concepción cerrada de la ciencia, sino que procura relacionarse con un saber más universal: “A Hurtado no le importaba nada la cuestión de los métodos y las clasificaciones, ni saber si la Sociología era una ciencia o un ciempiés inventado por los sabios; lo que quería encontrar era una orientación, una verdad espiritual y práctica al mismo tiempo.”⁴⁰

Andrés Hurtado, a pesar de ser médico, no deja de interesarse por el resto de las dimensiones humanas. Estas preocupaciones resaltan su carácter introspectivo y le permiten convencerse de que el hombre es más complejo de lo que aparenta. Es así como encontramos una fuerte crítica contra las posturas dogmáticas que producen una comprensión limitada del mundo y del hombre, como ocurre en el momento en que Hurtado se da cuenta de que el misterio de la vida no puede resolverse en un par de ecuaciones o de fórmulas científicas, sino que encierra un enigma más grande, difícil de descifrar:

Leyó de nuevo el libro de Letamendi, siguió oyendo sus explicaciones y se convenció de que todo aquello de la fórmula de la vida y sus corolarios, que al principio le pareció serio y profundo, no eran más que juegos de prestidigitación, unas veces ingeniosos, otras veces vulgares, pero siempre sin realidad alguna, ni metafísica, ni empírica.⁴¹

Otra forma en que se muestra la importancia de la libertad, se refiere a la fuerte crisis moral que se vivió esos años; la pérdida de valores en todos los ámbitos produjo una severa crítica por parte de ambos miembros de la generación del 98, quienes mostraron una preocupación ética en sus textos. Al respecto encontramos innumerables ejemplos en la obra de Pío Baroja, quien en *El árbol de la ciencia* hace constantes referencias a la frialdad y la falta de sensibilidad predominantes en la esfera académica y profesional en que se desarrolló:

⁴⁰ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 71.

⁴¹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 69.

El interno extrajo el cerebro y lo envió con un mozo al domicilio del médico. La criada de la casa, al ver el paquete, creyó que eran sesos de vaca, y los llevó a la cocina y los preparó y los sirvió a la familia. Se contaban muchas historias como ésta, fueran verdad o no, con verdadera fruición. Existía entre los estudiantes de Medicina una tendencia al espíritu de clase, consistente en un común desdén por la muerte; en cierto entusiasmo por la brutalidad quirúrgica y en un gran desprecio por la sensibilidad.⁴²

Los personajes de sus historias se dan cuenta de los abusos de que son capaces los seres humanos y de las consecuencias de sus acciones. Es así como encontramos en las novelas de estos escritores una serie de situaciones que muestran las peores cualidades de los individuos, sobre todo en lo que se refiere al egoísmo y al abuso de los otros.⁴³ Por tanto podemos considerar que los textos de estos autores noventayochistas se convierten en una clara denuncia sobre la decadencia y la crisis moral que predominaba en el ambiente de aquella época. Un claro ejemplo es el personaje de Augusto, quien es humillado cínicamente por Eugenia en el momento en que huye con Mauricio, justo antes de su boda. Al final de la novela Orfeo da su opinión sobre esta y otras desgracias que sufrió su amo al estar vivo:

“¡Perra vida la que ha llevado, muy perra! ¡Y grandísima perrería, o mejor, grandísima hombrada la que le han hecho esos dos! ¡Hombrada la que Mauricio le ha hecho; mujerada la que le ha hecho Eugenia! ¡Pobre amo mío!

“Y ahora aquí, frío y blanco, inmóvil, vestido, sí, pero sin habla ni por fuera ni por dentro. Y nada tienes que decir a tu Orfeo. Tampoco tiene ya que decirte Orfeo con su silencio.”⁴⁴

Por otro lado en el *Abel Sánchez* de Miguel de Unamuno nos encontramos la tortuosa relación entre Joaquín y Abel, dos amigos inseparables que a causa de una mujer terminan convirtiéndose en rivales. Lo peculiar de dicho triángulo

⁴² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 54.

⁴³ Desde mi perspectiva éste es uno de los puntos clave de su planteamiento, pues gran parte de los textos de Unamuno y de Pío Baroja versan sobre la lucha de un individuo por sobrevivir en sociedad, pues trasladan los conflictos que ellos mismos experimentaron a sus novelas y por esta razón los protagonistas se enfrentan constantemente con los otros. Al respecto Víctor Ouimette comenta lo siguiente sobre la forma en que Baroja percibió e interpretó el fracaso ético del pueblo español: “Consideraba que España, por sufrir una educación inadecuada para reducir su salvajismo, carecía del “sentimiento trágico de la cultura” que le permitiera distinguir entre los hondos valores morales que definen la verdadera dignidad humana, y los valores superficiales que sólo contribuyen al egoísmo y la complacencia de los privilegiados.” (Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. Valencia: Pre-textos, 1998. p. 23.)

⁴⁴ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 284.

amoroso consiste en que este autor vasco nos muestra detalladamente cómo se produce la envidia, la mentira y la traición entre ambos, haciendo imposible la reconciliación. De este modo leemos una de las tantas discusiones que se llevan a cabo entre ambos personajes a causa de Helena:

-Te juro que si en mí solo consistiese, Helena sería tu novia, y mañana tu mujer. Si pudiese cedértela...
 -Me la venderías por un plato de lentejas, ¿no es eso?
 -¡No, vendértela no! Te la cedería gratis y gozaría en veros felices, pero...
 -Sí, que ella no me quiere y te quiere a ti, ¿no es eso?
 -¡Eso es!
 -Que me rechaza a mí, que la buscaba, y te busca a ti, que la rechazabas.⁴⁵

En esta misma novela hay otro elemento que se vincula directamente con el desenvolvimiento de la conciencia moral de los sujetos, me refiero al remordimiento. Esto se aprecia cuando Abel, una vez casado con Helena, enferma gravemente y a punto de morir, se arrepiente de la forma en que trató a su amigo y de algún modo busca remediar su falta. Por otro lado Joaquín decide dejar de lado su odio, no solamente por una cuestión de ética profesional, sino para hacer todo lo posible para salvar a su viejo amigo:

-La cosa es grave, pero creo que le salvaré. Yo soy el que no tiene salvación ya.
 -¡Sí, sálmelo! –exclamó ella–. Y ya sabes...
 -Sí, ¡lo sé todo! –y se salió.
Helena se fue al lecho de su marido, le puso una mano sobre la frente, que le ardía, y se opuso a temblar. <<¡Joaquín, Joaquín –deliraba Abel–, perdónanos, perdóname!>>.⁴⁶

La exaltación de la libertad se muestra como un claro efecto de la influencia del individualismo que predominó en dicha época. De manera que éste no es un aspecto exclusivo del protagonista de *El árbol de la ciencia*, sino que también corresponde a otras historias y personajes creados por el mismo autor.⁴⁷ Éste es

⁴⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 78-79.

⁴⁶ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 85.

⁴⁷ Sobre este punto cabe mencionar que el énfasis que Baroja pone en la importancia de la libertad se debe en gran medida a la influencia que recibió de los pensadores que marcaron el rumbo de la cultura occidental europea. De Nietzsche, retomó su audaz defensa de la voluntad humana y su teoría del superhombre, como la figura de aquél que es capaz de destruir los valores existentes en una sociedad e imponer otros nuevos: “Pío

el caso de Sacha Savarof, la inolvidable protagonista de *El mundo en ansí*, una joven mujer rusa, feminista y revolucionaria que decide estudiar medicina para ayudar a los demás. Lo relevante de esta decisión no sólo radica en que desee convertirse en médico, tal como Pío Baroja, sino que hace todo lo posible para alcanzar dicho objetivo e inclusive se opone valientemente a la estricta voluntad de su padre:

Al saberlo Savarof quedó atónito; la misma sorpresa le impidió manifestar su furor.

Unos días después preguntó a su hija:

-¿Has pensado en serio lo que me dijiste el otro día?

-Sí.

-Pues bien, ten esto en cuenta: antes te cuelgo de un árbol que dejarte hacer tal disparate.

-Pues me vas a tener que colgar –contestó Sacha, sonriendo–, porque estoy dispuesta a comenzar los estudios en cuanto volvamos a Moscú.⁴⁸

El constante énfasis en el respeto a las decisiones personales se muestra en la obra de Unamuno y de Baroja, pues ambos se interesan en presentar en sus historias el modo en que los individuos descubren su libertad y la defienden a toda costa. De este modo critican arduamente todo intento de suprimirla, inclusive censuran la coacción y la realización de una acción por simple obligación.⁴⁹ Sobre esto encontramos un ejemplo ilustrativo en *Niebla*: Augusto paga la hipoteca de la casa de Eugenia desinteresadamente, no para comprometerla: “-¡Si yo no he hecho esto para que usted, ligada por gratitud, acceda a tomarme por marido!... Si yo renuncio a mi propia felicidad, mejor dicho, si mi felicidad consiste en que usted sea feliz y nada más, en que usted sea feliz con el marido que libremente escoja!...”⁵⁰

Baroja llega a Nietzsche después de haber pasado por Schopenhauer. Bajo la influencia de éste, Baroja había elegido como solución la negación de la voluntad de vida, en la que no había más que crueldad e ingratitud. Esta postura le conducirá al pesimismo. Pero con Nietzsche entra a una corriente vitalista, caracterizada por la exaltación del instinto vital, de la voluntad de poder, de la acción y del superhombre.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993. p. 199.)

⁴⁸ Pío Baroja. *El mundo es ansí*. ed. cit. p. 30.

⁴⁹ Esta libertad que presenta Eugenia para elegir sobre su futuro resulta emblemática, pues existen otros personajes que no son tan afortunados, como es el caso de Víctor, el mejor amigo de Augusto, quien tuvo que casarse con Elena porque sus padres los obligaron, a raíz de la sospecha de un posible embarazo. (Vid. Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 155.)

⁵⁰ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 150.

De este modo encontramos que en *Niebla* la valoración de la libertad adquiere una dimensión muy significativa, pues al final de la novela Unamuno se dedica a cuestionar polémicamente si en verdad los hombres poseen libertad y si no es tan sólo una ilusión. Dicho escritor realiza una analogía muy original entre a la providencia divina respecto a la creación del mundo y el control del autor respecto a su creación literaria. Lo interesante de este momento de la novela radica en que Unamuno plantea que si se acepta la existencia de alguna especie de destino, la libertad humana se ve prácticamente anulada, pues puede interpretarse que alguien más decide por uno mismo:

Cuando recibí el telegrama comunicándome la muerte del pobre Augusto, y supe luego las circunstancias todas de ella, me quedé pensando en si hice o no bien en decirle lo que le dije la tarde aquélla en que vino a visitarme y consultar conmigo su propósito de suicidarse. Y hasta me arrepentí de haberle matado. Llegué a pensar que tenía él razón y que debí haberle dejado salirse con la suya, suicidándose. Y se me ocurrió si le resucitaría. “Sí –me dije–, voy a resucitarle y que haga luego lo que se le antoje, que se suicide si así es su capricho.” Y con esta idea de resucitarle me quedé dormido.⁵¹

Como se ha mencionado la obra literaria de Miguel de Unamuno y de Pío Baroja está marcada por un profundo planteamiento ético, sustentado en la forma como sus protagonistas descubren su propia conciencia, mediante la confrontación directa con los otros; el resultado es una lucha a favor de la propia existencia. Este conflicto constituye uno de los núcleos temáticos más elaborados en los textos de ambos autores españoles, cuyas tramas se centran en una exaltación del individuo frente a la sociedad y presentan al sujeto como el único capaz de producir una transformación real.

Resulta clara la defensa de la subjetividad, sostenida sobre dos pilares: el ejercicio del autoconocimiento por medio de la introspección y la construcción de la personalidad a través de la libertad. De aquí que en sus novelas exista una detallada descripción psicológica de los personajes, especialmente en el caso de los protagonistas, pues en ellos predomina la reflexión interna, el desenvolvimiento

⁵¹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 277.

de la conciencia y el descubrimiento de la responsabilidad de las acciones. En esta medida me parece que ambos autores recuperan los conflictos a los que se enfrentaron en sus propias vidas, como consecuencia de la crisis que sufrió España, y los volvieron parte del antagonismo en sus novelas.⁵²

Para finalizar este capítulo cabe mencionar que el mérito de estos autores no se limita a una simple descripción de los mecanismos cognitivos, gracias a los cuales se descubre la conciencia, sino que hacen uso de diversos recursos literarios para mostrar la complejidad del ser humano. Emplean el monólogo de forma extraordinaria y lo alternan con diálogos en los que la confrontación con los otros funciona como detonante de la introspección. De ahí el marcado distanciamiento entre las ideas y las acciones de los protagonistas con respecto al resto de los personajes, por lo que sus reflexiones críticas son un reflejo de sus opiniones sobre los temas que más les preocupaban: la economía, la política, la educación, la cultura y la literatura española.

⁵² En lo referente a la libertad es necesario considerar que ambos autores la defienden, no solamente en lo que se refiere a la posibilidad de decidir, sino sobre todo como una capacidad innata del hombre que forma parte de su naturaleza y gracias a la cual cada ser humano elige aquello en lo que quiere convertirse. Por esta razón Pío Baroja critica fuertemente la visión positivista de la libertad, pues le parece que ésta se limita exclusivamente al ámbito político, lo que implica una consideración muy reducida de la misma. Al respecto en sus palabras podemos leer lo siguiente: “La libertad la llevamos todos en nuestras alma; en ella gobierna; la libertad de fuera, de ejecutar, no la conseguiremos nunca. Los que, con un criterio positivista, mandaran, debían de hacer que la libertad fuera una religión en nuestro espíritu, fuera de él, nada.” (Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo. ed. cit. p. 35*).

3. La oposición entre el individuo y la sociedad

En lo humano, como en toda la naturaleza, el individuo es lo único. Sólo lo individual existe en el campo de la vida y en el campo del espíritu.

Pío Baroja en el Prólogo de *César o nada*.¹

Como ya hemos visto, uno de los elementos característicos de la generación del 98 es la predominante influencia del individualismo en sus textos literarios. Se ha insistido también en que ésta se debió en gran parte al alejamiento consciente de estos escritores con respecto a los valores tradicionales de la España de aquella época. Por esta razón encontramos tanto en la obra de Miguel de Unamuno como en la de Pío Baroja una latente preocupación por exaltar al individuo frente a la sociedad y ponerlo por encima de ella. De ahí que uno de los conflictos principales de sus novelas consista en la confrontación de los protagonistas con el resto de los personajes, debido a su actitud profundamente crítica respecto a las decisiones y a las acciones de los otros.²

El único refugio de los protagonistas de sus historias son ellos mismos, como si nada de lo que existiera fuera de su interioridad valiera la pena. Esto no sólo nos refleja el distanciamiento de ambos autores respecto de la sociedad en que vivían, sino que nos da una serie de pautas para comprender la forma en que

¹ Pío Baroja. *César o nada*. Madrid: Alianza, 2006. p. 7.

² Por tanto al momento de analizar detenidamente los textos de estos autores es necesario tomar en cuenta el origen del individualismo en su obra literaria. Como lo he mencionado, este énfasis en el sujeto se debió en gran parte a la minimización del mismo como consecuencia de las grandes revoluciones sociales, las cuales terminaron por hacer al hombre esclavo de los valores que él mismo implantó. Dicho individualismo hace eco de la crítica nietzscheana realizó a la cultura occidental, sobre todo en lo que se refiere a la represión de los sujetos a favor del bien social. Desde la perspectiva del filósofo alemán esto terminó debilitando al hombre y lo hizo olvidarse de sí, de su capacidad para crear y destruir, de su voluntad de poder. Por todo esto es necesario considerar la marcada influencia de dicho filósofo en la obra literaria de Pío Baroja, quien desde la perspectiva de Félix Bello: “Aprendió de él a despertar las fuerzas del espíritu en una época de declinación de los valores humanos. Y aun cuando no haya llegado hasta el final en el camino abierto por Nietzsche, uno no tiene duda en afirmar que muchos aspectos fundamentales de la obra barojiana pueden colocarse bajo su influencia. En este clima común se encuentra la defensa del individualismo como elemento creador de la historia y como clave de la producción. Individualismo y libertad son los fundamentos en que se basa la ética barojiana, que sigue siendo válida y que permite comprender su aversión hacia las masas y los sistemas socialistas.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993. p. 31-232).

la subjetividad constituye un elemento clave de sus creaciones literarias. Por tanto la finalidad principal de este capítulo será analizar los elementos que dan sentido al conflicto entre el individuo y la sociedad para descifrar la importancia de la subjetividad en sus novelas.

Baroja y Unamuno afirman la autonomía del hombre respecto de todo lo demás, principalmente de lo externo, de todo aquello que lo limita y lo coacciona. En esta medida la exaltación de la libertad se vuelve un motivo literario constante en sus obras y forma una parte esencial de su audaz defensa de la individualidad. Así encontramos continuas referencias a la independencia del ser humano respecto a la sociedad, tal como opina el mismo Pío Baroja: “La Libertad es muy hermosa y muy grande; en el alma del hombre libre y emancipado hay una Religión, una Patria, un Estado, una Justicia, todo; y esto le basta al hombre libre, que no necesita de nada más (...)”³

La crítica barojiana la sociedad es tajante y sin miramientos, pues para él es la principal culpable de la decadencia que vivió España. De ahí que considere indispensable suprimir la excesiva fuerza que se le ha otorgado a la masa y que no debe depositarse en ella ninguna esperanza para salir adelante. Su postura implica también una concepción política; le parece que el poder no debe depositarse en la mayoría, pues suele guiarse por las pasiones y la sinrazón:

Experimentalmente veríamos que la masa es siempre lo infame, lo cobarde, lo bajo; que un público, que también representa la masa, es siempre imbécil, y que en una Cámara o en un Congreso los sentimientos falsos sustituyen a los sinceros, que las almas viles y rastreras se sobreponen a las altas y nobles.⁴

De este modo podríamos pensar que tanto Baroja como Unamuno carecen de un compromiso social y que se han resignado a alejarse de ella, renunciando a transformarla. Sin embargo, es indispensable aclarar que su apología del individuo pretendía fundarlo en eje de la sociedad, sin el cual ésta es incapaz de funcionar y

³ Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959. p. 337.

⁴ Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 364.

progresar. En esta medida su lucha es contra la supresión del sujeto a favor de los demás, pues éste puede ser aplastado a tal grado que se anule su libertad. Víctor Ouimette opina sobre la necesidad de Pío Baroja de equilibrar lo social y lo individual:

De ninguna manera le quitaba importancia a la responsabilidad del individuo ni al efecto del individualismo sobre los demás, pero creía que el sentido de la responsabilidad crecía naturalmente cuando el individuo se sentía libre para realizarse según sus propios criterios. Una sociedad que no respete y fomente el individualismo nunca será liberal, porque el individualismo y la libertad innata no pasarán de ser instintos frustrados, capaces únicamente de engendrar el fanatismo cerrado, como ocurría en España.⁵

En el caso de Miguel de Unamuno también encontramos una defensa muy elaborada del individuo y aunque su postura no es tan determinante como la de Baroja, sí forma una parte relevante de su obra. Unamuno se interesa por elaborar una interpretación del hombre que incluya sus circunstancias particulares, su experiencia y sus vivencias personales, pues piensa que la esencia del ser humano reside en su subjetividad.⁶ También se manifiesta contra las posturas que reducen al hombre a una concepción abstracta y lo interpretan como una idea universal que no toma en cuenta la existencia concreta: “El nuestro es el otro, el de carne y hueso; yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pisamos sobre la tierra. Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto de toda la filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos.”⁷

⁵ Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. Valencia: Pre-textos, 1998. p. 45.

⁶ De hecho este pensador español establece que la historia del pensamiento se reduce a dicho problema y por lo tanto todo estudio involucra una determinada concepción antropológica, pues todo lo que el hombre hace y conoce depende de su experiencia individual. De ahí la marcada influencia de la filosofía existencialista en los textos de Unamuno: “La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que este sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1964. p. 8.)

⁷ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 7-8.

En las novelas de Unamuno se presenta continuamente la reafirmación de la existencia y el rechazo a la negación de uno mismo. A este escritor le parece absurdo que alguien desee convertirse en otra persona para obtener algún beneficio, pues en el fondo esta es una forma de negarse a sí mismo. Unamuno nos dice que es comprensible que alguien envidie la felicidad, la riqueza o los bienes de otros, pero no que por ello renuncie irremediabilmente a su existencia. Al respecto encontramos un diálogo muy bien logrado en el *Abel Sánchez* entre Joaquín y un hombre desdichado, quien aparentemente daría todo por intercambiar su vida con él. Sin embargo, el protagonista le hará ver que a pesar de todas las penas que lo afligen su bien más valioso es su propia existencia y por tanto debe resignarse a ella:

-¿Y qué es ese todo lo que daría usted?
 -Todo lo que puedo dar, todo lo que tengo.
 -¿Y qué es ello?
 -¡La vida!
 -¡La vida por ser yo! –y a sí mismo se añadió Joaquín: <<¡Pues yo la daría por poder ser otro!>>
 -Sí, la vida por ser usted.
-He ahí una cosa que no comprendo bien, amigo mío; no comprendo que nadie se disponga a dar la vida por poder ser otro, ni siquiera comprendo que nadie quiera ser otro. Ser otro es dejar de ser uno, de serse el que se es.⁸

Este autor considera que el devenir y la evolución de la humanidad no sería nada sin los hombres concretos de carne y hueso. Todo lo que ha originado la civilización, como es el caso de la ciencia, la tecnología, la economía, la cultura, el arte y la literatura tiene sentido porque está hecho para los individuos particulares, para que puedan alcanzar su plenitud. De ahí que Unamuno ponga al individuo por encima de la sociedad, lo cual no significa que rechace la existencia de una finalidad común sino que más bien le parece que el sujeto es la clave del desarrollo de la humanidad; por esto en él reside su verdadero sentido:

El hombre es un fin, no un medio. La civilización toda se endereza al hombre, a cada hombre, a cada yo. ¿O qué es ese ídolo, llámese Humanidad o como se llamare, a que se han de sacrificar todos y cada uno

⁸ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 189-150.

de los hombres? Porque yo me sacrifico por mis prójimos, por mis compatriotas, por mis hijos, y éstos, a su vez, por los suyos, y los suyos por los de ellos, y así en serie inacabable de generaciones⁹

Miguel de Unamuno analiza detenidamente en *Del sentimiento trágico de la vida* el planteamiento de René Descartes y le aplica una crítica pertinente. Hay que recordar que el filósofo francés consideraba que para vencer el escepticismo era necesario comenzar de cero, negar todo aquello en lo que creemos para finalmente encontrar algo que sea evidente por sí mismo y nos brinde una certeza intelectual. Descartes comienza por dudar de sí mismo para después llegar a su famosa conclusión de que a partir del pensamiento es posible deducir la propia existencia: *Cogito ergo sum*. Sin embargo, Unamuno plantea que la existencia es evidente por sí misma, que el hombre la padece y aunque podría negarla en una especie de ejercicio mental, ésta termina haciéndose patente:

Lo malo del Discurso del método, de Descartes, no es la duda previa metódica; no es que empezara queriendo dudar de todo, lo cual no es más que un mero artificio, es que quiso empezar prescindiendo de sí mismo, de Descartes, del hombre real, de carne y hueso, del que no quiere morirse, para ser un mero pensador, esto es, una abstracción. Pero el hombre real volvió y se le metió en la filosofía.¹⁰

Unamuno se refiere a este tema en varias de sus novelas; destaca el caso de *Niebla*, en la que desarrolla a lo largo de toda la trama una postura escéptica, una constante duda sobre la existencia y una referencia directa al planteamiento cartesiano. Esto se logra a través de la figura de Augusto, quien todo el tiempo se sumerge en la reflexión y cuestiona toda situación que se le presenta, poniendo especial énfasis en aquello que afecta directamente su vida y le da un giro nuevo:

-Mejor, pequeño Hamlet, mejor. ¿Dudas?, luego piensas; ¿piensas?, luego eres.

-Sí, dudar es pensar.

-Y pensar es dudar y nada más que dudar. Se cree, se sabe, se imagina sin dudar; ni la fe, ni el concomimiento, ni la imaginación suponen duda y hasta la duda las destruye, pero no se piensa sin dudar. **Y es la duda lo**

⁹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 16.

¹⁰ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 35.

que de la fe y del conocimiento, que son algo estático, quieto, muerto, hace pensamiento, que es dinámico, inquieto, vivo.¹¹

De este modo encontramos una serie de elementos comunes que conforman las obras de ambos escritores españoles: el énfasis que pusieron en el sujeto, el desenvolvimiento de la interioridad y la confrontación con los demás.

3.1 Egoatría y relativismo

La defensa del individuo constituyó una de las mayores preocupaciones de los escritores de la generación del 98, pues en el fondo buscaban plasmar una imagen personal de España, la forma en que les afectó su declive y el modo en que cada uno soportó la herida, gestando en su espíritu una concepción trágica de la vida. Relacionado estrechamente con dicho individualismo emerge otra característica distintiva de los noventayochistas, quienes han sido acusados de ególatras debido al marcado énfasis que pusieron en sí mismos a través de sus creaciones literarias:

La egoatría se define como “culto, adoración, amor, excesivo a sí mismo, por lo que el *ególatra* (“Que profesa la egoatría”) se asocia con *egoísta* (“Que tiene egoísmo” o “inmoderado y excesivo amor a sí mismo que hace atender desmedidamente al propio interés, sin cuidarse de los demás”) y con *egotista* (“Relativo a egotismo” o prurito de hablar de sí mismo, o en psicología: “Sentimiento exagerado de la propia personalidad”). Ello implica una valoración negativa (como dirían ciertos políticos) de los llamados noventayochistas, es decir una condena.¹²

Esta especie de narcisismo que predominó en estos escritores no debe mal entenderse, pues no se origina en una hueca adoración del yo sino que, como hemos visto anteriormente, se desprende de la confrontación y el desencanto que existió en todos los niveles de la sociedad de su época.

¹¹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. Madrid: Castalia, 1995. p. 233.

¹² Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación, 1999. p. 23.

Frente a la serie de problemas que vivieron en el ámbito académico, laboral, político y económico, decidieron buscar refugio en sí mismos. El desgaste de los valores tradicionales que predominaron en ese momento fue tal, que de algún modo estos autores se plantearon que era indispensable redefinir los principios individuales, pues sólo a partir de esta transformación podría alcanzarse una influencia positiva sobre la sociedad. Unamuno nos dice que su generación se caracterizó por enfrentarse a todo lo establecido y a través de su literatura buscó poner al descubierto las miserias de España:

Pues bien, sí; querer negarlo sería hipócrita. Los que en 1898 saltamos renegando contra la España constituida y poniendo al desnudo las lacerías de la patria, éramos, quién más, quién menos, unos ególatras. Pero esa egolatría fue la consecuencia, de cierto hipertrófica, de un descubrimiento moral que hicimos en el fragoso hundimiento de los valores de los ideales históricos españoles: el descubrimiento moral de la personalidad individual, hasta entonces vejada, abatida y olvidada en España.¹³

La egolatría y el individualismo están vinculados estrechamente, pues los autores noventayochistas buscaban en el fondo rescatar la dignidad personal. Por lo tanto su lucha no fue a favor de la nación, sino de cada uno de los españoles, comenzado por la salvación de ellos mismos y éste constituyó uno de los ejes temáticos de sus novelas. De ahí que sean constantes las referencias personales y el carácter autobiográfico de sus textos, donde destacan los momentos de angustia, desencanto y desesperación, como un reflejo de su propia experiencia.¹⁴

Es necesario hacer notar una importante diferencia entre nuestro binomio literario, pues en el caso de Pío Baroja encontramos de forma más explícita el

¹³ Miguel de Unamuno, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 437.

¹⁴ De este modo encontramos en las obras de los noventayochistas una desesperada batalla a favor de la dignidad humana, la cual en opinión de Miguel de Unamuno recibió una marcada influencia por parte de una serie de corrientes ideológicas que realizaron una profunda defensa del ser humano, como es el caso de la oposición entre el sujeto y el gobierno por parte de Spencer y la idea del superhombre surgida del planteamiento de Nietzsche. Ya he demostrado en el primer capítulo la influencia de este último filósofo alemán en los textos de la generación del 98, sin embargo es indispensable recalcar la compatibilidad que tuvo con las preocupaciones de dichos escritores: “Soplaban entre nosotros vientos de anarquismo, de individualismo desenfrenado; apacentábamos los unos de la fórmula spenceriana de “el individuo contra el Estado”; otros se nutrían de Nietzsche y, a la busca dentro de sí mismos del sobrehombre, descubrían al hombre, se descubrían a sí mismos, su propia dignidad personal:” (Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*.ed. cit. p. 439.)

reflejo de su vida en sus protagonistas; tal es el caso de Andrés Hurtado en *El árbol de la ciencia*, quien se caracteriza por ser un médico y al igual que el autor a lo largo de su historia se enfrenta a una serie de obstáculos relacionados con dicha profesión.¹⁵ En cambio en los textos de Unamuno la vida del autor se presenta veladamente, pues más que hacer referencia a ciertos pasajes de su vida, encontramos una constante referencia a su ideología, a sus juicios y opiniones críticas sobre los problemas centrales que se dieron en la sociedad de su época.

Gracias a la influencia de la egolatría que llamaremos positiva, el entramado psicológico de sus personajes es uno de los recursos más desarrollados por estos escritores, quienes se dieron a la tarea de mostrar la forma en que cada individuo se relaciona consigo mismo y con los demás. En esta medida los noventayochistas fueron desnudando su alma y se involucraron estrechamente con sus historias; su personalidad va desdoblándose en cada página que leemos, entregándonos sus temores, sus dolencias y sus pasiones más íntimas:

Los “guerrilleros espirituales de aquella que se ha dado en llamar generación del 98” descubrieron la propia desnudez, como adanes y, en vez de, como otros, hacerse un delantal con hojas de parra, orgullosos, no ocultaron la viril vergüenza, potenciaron la egolatría y enseñaron “alguien ha dicho que satánicamente, que cada cual ha de adorar su yo y para poder adorarlo hacerlo digno de adoración, ya que Dios no es sino el Yo común a que enfocan y en que se majan y consunan nuestros sendos yos”.¹⁶

Sobre este aspecto de la obra de Pío Baroja existe un estudio muy detallado de Leo Barrow, quien considera que este escritor se proyecta en todas sus creaciones literarias y en esta medida los héroes de sus historias representan

¹⁵ Me parece interesante una interpretación realizada por el crítico Francisco Flores Arroyuelo, quien considera que en el caso de *El árbol de la ciencia* la presencia de Pío Baroja en la historia es tal que existen dos personajes, quienes representan dos etapas distintas de su vida. El crítico se refiere en concreto a Andrés Hurtado, quien representa su juventud, cuando Baroja comenzó los estudios de medicina y en cambio el doctor Iturrioz representa su madurez. Vid. Francisco Flores Arroyuelo. *Pío Baroja*. Madrid: Publicaciones Españolas, 1973. p. 90.

¹⁶ Antonio García Velasco. *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. ed. cit. p. 25.

diferentes momentos de su propia vida. De manera que desde la perspectiva de este crítico norteamericano cada uno de los protagonistas de sus novelas refleja distintos aspectos de su personalidad y es así como se constituye la profunda subjetividad de sus obras.¹⁷

Por otro lado la egolatría predominante en las novelas de los noventayochistas tiene como consecuencia una interpretación subjetiva de la verdad; para ellos no existe una concepción objetiva del mundo y del hombre que sea válida en todos los casos y no cambie bajo ninguna circunstancia. De hecho encontramos en su ideología una cierta inclinación hacia el relativismo, el cual los lleva a considerar que los valores son convencionales y por tanto sustituibles por otros. Así piensa Pío Baroja sobre lo cambiante de la moral humana:

Desde que los dogmas de una religión, por absurdos que sean, dejan de ser algo immanente en las conciencias, no queda en una sociedad nada fijo, ni inmutable. **La moral misma varía, es un producto de la raza, del medio ambiente, del clima, lo que es inmoral entre los europeos, es moral en los papúes, y al contrario.**¹⁸

La tendencia de Baroja a la egolatría se relaciona directamente con su relativismo, pues desde su perspectiva el hombre conoce todo lo existente a través del filtro de su individualidad, por lo que no puede hablarse de la existencia de una verdad universal.¹⁹ Para este escritor la realidad de las cosas no es la misma para todos, sino que depende de la aceptación que le da cada sujeto y solamente cuando se llega a un común acuerdo puede hablarse de una verdad convencional. Al respecto encontramos un diálogo muy representativo en *El árbol de la ciencia* entre Andrés Hurtado y su tío, el doctor Iturrioz:

¹⁷ Vid. Leo Barrow. *Negation in Baroja. Key to his novelistic creativity*. Arizona: The University of Arizona Press, 1971. p. 163.

¹⁸ Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959. p. 363.

¹⁹ En opinión de Carmen Iglesias la interpretación de este escritor vasco sobre el conocimiento del mundo se inspiró en Protágoras, el antiguo filósofo griego para quien “el hombre es la medida de todas las cosas”, de lo cual se sigue que no existe un criterio universal para juzgar la realidad y por tanto se da lugar a un inminente relativismo. Vid. Carmen Iglesias. *El pensamiento de Pío Baroja*. México: Antigua Librería Robredo, 1963.

-¿De manera que no hay verdad?

-Sí; el acuerdo de todas las inteligencias en una misma cosa es lo que llamamos verdad. Fuera de los axiomas lógicos y matemáticos, en los cuales no se puede suponer que haya unanimidad, en lo demás todas las verdades tienen como condición ser unánimes.²⁰

En el caso de Miguel de Unamuno hemos visto ya que este autor defiende una interpretación subjetiva del mundo y del hombre. Sin embargo, debemos tomar en cuenta que él no adopta una postura tan extrema como la que plantea Baroja, pues considera que hay ciertos principios inmutables; estos dependen de una tendencia natural en el hombre hacia la verdad y no se limitan a un aspecto convencional de la misma. Conviene recordar que para Unamuno la verdad incluye las circunstancias particulares, sin que por esta razón se caiga forzosamente en un relativismo. Por lo tanto para este último es posible alcanzar una verdad objetiva, aunque el camino para llegar a ella deba que ser recorrido personalmente:

La verdad es algo que está sobre la razón, o bajo ella o dentro de ella, la verdad es lo que nos hace vivir, lo que nos hace conservarnos y perpetuarnos, lo que mantiene al hombre y a la sociedad. Es verdadera agua aquel líquido que bebido apaga la sed, es verdadero alimento el que apaga el hambre dígnanos lo que nos dijeren los sentidos.²¹

3.2 La escisión interna y la enajenación

Un aspecto constante en la obra de ambos escritores es la certidumbre de que en el hombre existe una ruptura interna que se origina en el hecho de que la naturaleza humana está compuesta por principios contradictorios: el alma y el cuerpo, la razón y los sentimientos, la ciencia y el arte. Esta bipolaridad se da en todo individuo, por lo que éste se ve obligado a buscar una forma de conciliar los opuestos.

²⁰ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003. p. 163.

²¹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Madrid: Tecnos, 2005. p. 554.

En esta medida se preocuparon por mostrar las circunstancias por las cuales un individuo (generalmente el protagonista) se pierde a sí mismo, renuncia a su personalidad o ésta le es arrebatada violentamente. Se trata de una especie de alienación en la que el sujeto pierde dominio sobre sí mismo, deja de ser independientemente y su libertad se ve aplastada, sin ser capaz de cumplir con su meta personal.

La escisión interna es emblemática en Andrés Hurtado, quien en *El árbol de la ciencia* se siente frustrado porque su sensibilidad no concuerda con el frío ambiente en que se desenvuelve. Baroja ofrece una visión de la medicina como una ciencia deshumanizada; centrada en un absurdo pragmatismo que pierde de vista otras dimensiones más importantes. Esta impresión inicial irá aumentando conforme el joven médico se vaya desarrollando y lo único que logrará será hacer crecer su abismo interno, sin ser capaz de conciliar su idealismo con la realidad:

Tenía Andrés cierta ilusión por el nuevo curso, iba a estudiar Fisiología y creía que el estudio de las funciones de la vida le interesaría tanto o más que una novela; pero se engañó, no fue así. Primeramente el libro de texto era un libro estúpido, hecho con recortes de obras francesas y escrito sin claridad y sin entusiasmo, leyéndolo no se podía formar una idea clara del mecanismo de la vida; el hombre aparecía, según el autor, como un armario con una serie de aparatos dentro, completamente separados los unos de los otros, como los negociados de un ministerio.²²

Ya desde el comienzo de *El árbol de la ciencia* se esboza la forma en que las permanentes desilusiones que sufre Hurtado y la imposibilidad de ser comprendido por los demás, lo irán alejando de los diversos círculos sociales, aislándolo de tal modo que sólo encontrará cierta tranquilidad consigo mismo: “más vale solo que mal acompañado”.²³ Lo más interesante, sin embargo, es que

²² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit p. 62.

²³ El desgarramiento interno de este personaje se debe en opinión de Félix Bello a que la sensibilidad exacerbada de este personaje no encuentra eco en la sociedad decadente en que se desenvuelve y por esta razón su personalidad y su carácter lo irán alejando de los otros: “A partir de aquí, el pensamiento irá desempeñando el papel de elemento nefasto en la vida de Andrés, como un ácido corrosivo que lo condenará a la desgracia y a la muerte prematura. Poco a poco se irá aislando de la realidad a causa de un exceso de sensibilidad que choca con el medio ambiente. La desdicha resulta del conflicto entre la realidad moralmente mala y el pensamiento fundamentalmente puro de Andrés.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993. p. 250-251.)

en el fondo el joven médico será incapaz de desentrañar su personalidad; poco a poco irá dejando de ser él mismo y esto lo sumergirá en una terrible enajenación de la que no logrará salir por más que lo intente:

La exaltación humanitaria de Andrés hubiera aumentado sin las influencias que obraban en su espíritu. Una de ellas era la de Julio, que se burlaba de todas las ideas exageradas, como decía él; la otra, la de Lamela, con su idealismo práctico, y, por último, la lectura de Parerga y Paralipomena, de Schopenhauer, que le inducía a la no acción.²⁴

De esta forma Andrés Hurtado se irá haciendo cada vez más ensimismado, prefiriendo la soledad al contacto con los otros. Su único refugio son los libros, lo cual justifica su exacerbado deseo de saber; éste es su modo de evadir la realidad, sobre todo de alejarse de aquello que se le impone externamente, sin darse cuenta de que dicho rechazo terminará por traducirse en una negación de su propia vida. De este modo experimenta una profunda angustia, no sabe hacia dónde dirigirse y en la total desesperación concluye que su existencia carece de sentido. Al respecto tenemos uno de los diálogos más desgarradores entre el protagonista y el doctor Iturrioz:

-¿Y qué? –replicó Andrés–. Uno tiene la angustia, la desesperación de no saber qué hacer con la vida, de no tener un plan, de encontrarse perdido, sin brújula, sin luz a donde dirigirse. **¿Qué se hace con la vida? ¿Qué dirección se le da?** Si la vida fuera tan fuerte que le arrastrara a uno, el pensar sería una maravilla, algo como para el caminante detenerse y sentarse a la sombra de un árbol, algo como penetrar un oasis de paz; peor **la vida es estúpida, sin emociones, sin accidentes**, al menos aquí, y creo que en todas partes, **el pensamiento se llena de terrores como compensación a la esterilidad emocional de la existencia.**²⁵

La respuesta de Iturrioz será determinante: que deje de pensar y comience a vivir, pues no puede guiarse tan solo por la reflexión; la razón por sí sola puede llevarlo a la perdición o inclusive a la locura. Debe ser capaz de unificar sus distintas dimensiones, sus pasiones y deseos más opuestos, pues sólo así alcanzará una verdadera unidad; en esto radica el verdadero significado de la

²⁴ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 80.

²⁵ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 159.

individualidad: en la integración total de la experiencia humana.²⁶ El ingenioso doctor le hace ver a su sobrino que esta brecha existencial ha sido concebida desde el origen del hombre y para demostrárselo, lo remite a la aparición del árbol de la ciencia y su oposición al árbol de la vida en el cristianismo:

-Pues al tenerle a Adán delante, le dijo: Puedes comer todos los frutos del jardín, pero cuidado con el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que tú comas su fruto morirás de muerte. Y Dios, seguramente, añadió: **Comed del árbol de la vida, sed bestias, sed cerdos, sed egoístas, revolcaos por el suelo alegremente; pero no comáis del árbol de la ciencia, porque ese fruto agrío os dará una tendencia a mejorar que os destruirá. ¿No es un consejo admirable?**²⁷

La alienación y la pérdida de identidad no es exclusiva del protagonista de esta novela; también aparece en otros personajes del mismo autor, como es el caso de Sacha, quien en *El mundo es así* se presenta como una mujer decidida y revolucionaria, una encarnación del feminismo moderno, quien terminará profundamente decepcionada.²⁸ La joven rusa también se verá sumergida en una permanente desilusión, que la llevará a replegarse sobre sí misma y a procurar la soledad, sin ser capaz de lograr una verdadera empatía con los demás. Hay un pasaje de la novela muy bien logrado donde Sacha se sumerge en la contemplación de la naturaleza y ésta termina reflejando sus propias emociones:

>>El deseo de pasear sola me impulsa a alejarme de la ciudad. He salido a un descampado, dejando a la derecha la calle que se llama de la Cuesta Scarpuccia, y he pasado por debajo de un arco donde hay un prosaico fiolato de consumos. Me encuentro al pie de un cerro, a cuya cumbre sube

²⁶ Baroja encuentra una constante oposición entre arte y ciencia, pues considera que antes que cualquiera de estas disciplinas está la vida humana, la cual es el verdadero camino que debe tomar el individuo. En este sentido el escritor vasco se refiere a la importancia de la experiencia subjetiva para que cualquier individuo sea capaz de alcanzar su plenitud: “Yo creo posible un renacimiento, no en la ciencia ni en el arte, sino en la vida... el nuevo renacimiento puede producirse porque debajo del montón de tradiciones estúpidas, de dogmas necios, se ha vuelto a descubrir el soberano yo.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 199.)

²⁷ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 167.

²⁸ Dicho estado permanente de angustia y desesperanza no solamente se da a causa de los otros, sino que también depende de uno mismo, es decir que no podemos pasarnos la vida culpando a alguien más y por lo tanto hay que asumir nuestras acciones con responsabilidad. Sobre este punto Arcelu, uno de los personajes centrales de *El mundo es así*, considera que toda decepción, implica en el fondo la desilusión de uno mismo: “Así es que cuando yo oigo decir a la gente: Se tienen muchas desilusiones con las personas, yo suelo pensar: No, con quien se tiene desilusiones es con uno mismo.” (Pío Baroja. *El mundo es así*. Madrid: Alianza, 2006. p. 183.)

en espiral un camino y en línea una escalera larga con varios rellanos. A un lado hay una fila de altos y oscuros cipreses. Esta fila de cipreses, que avanza trepando por el montecillo, hace un efecto de procesión formada por frailes sombríos y tristes.²⁹

Toda la serie de decepciones que Sacha padece, la irán arrojando al delirio constante de una existencia contradictoria, en la cual no halla lugar para encajar sus ideales. Después de mucho viajar, después de dos matrimonios frustrados, la protagonista de *El mundo es así* se da cuenta que no se siente satisfecha con nada y siente un profundo distanciamiento con el resto de los individuos:

He repasado en mi memoria los accidentes de la vida y me he visto a mí misma como un monstruo. Desde aquella vieja nodriza, Matriona, que me quería tanto y que me despidió deshecha en lágrimas cuando me fui de Rusia, hasta ese pobre pintor húngaro que nos consideraba a Olga y a mí dos seres angelicales y a quien no fui a ver al dejar Florencia, ni me he ocupado de él. **¡Cuánta ingratitud! ¡Cuánto dolor producido a los demás de una manera caprichosa e indiferente!**³⁰

La reflexión de Pío Baroja es profunda y compleja; para él la naturaleza humana es contradictoria en sí misma. Desde su perspectiva estamos compuestos por lo más alto y lo más bajo a la vez, pues poseemos tanto una dimensión material, como una dimensión espiritual.³¹ Baroja ha planteado que esta lucha interna, propia de todos los hombres, produjo consecuencias en la sociedad de su época. Es así como lanza una mordaz crítica al exagerado materialismo que predominaba a nivel individual, en contraste con el ingenuo idealismo que guiaba al pueblo español:

(...) Nuestras ideas son como naciones con las fronteras mal deslindadas, que además no tienen una equivalencia exacta con las cosas. En medio de

²⁹ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 106.

³⁰ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 151.

³¹ Félix Bello considera que la concepción trágica de Baroja se relaciona directamente con esta contradicción de la naturaleza humana, la cual tiene su fundamento en la filosofía de Schopenhauer para quien la inteligencia en oposición al instinto vital produce una fuerte insatisfacción, la cual surge a raíz de que tenemos conciencia y por tanto nos damos cuenta de que no podemos cumplir todos nuestros deseos: “La voluntad de vivir donde mejor está representada es en el instinto animal. Pero en el hombre la voluntad consigue elevarse hasta la reflexión y la abstracción. Entonces éste comienza a darse cuenta del dolor y de las miserias de la vida, y de que la felicidad terrena se muestra como ilusoria. Cuanto más profunda es la reflexión, mayor será el dolor de la vida.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 267.)

esta tierra que nos parece del materialismo, encontramos este macizo idealista. Es absurdo quizá, pero es verdad. **Todo está sembrado de contradicciones. Así el chimpancé español es contradictorio. Poco práctico en lo material, es exageradamente práctico en su vida; muy sanhopancesco en lo individual, es muy quijotesco en lo colectivo.**³²

En este sentido también aparece representada la oposición entre ciencia y arte, entre el saber racional y el saber intuitivo. Esta constante reflexión en torno a la superioridad de uno u otro polo se relaciona directamente con una visión parcial del conocimiento humano y de la experiencia.³³ La disyuntiva permanece abierta y Baroja no plantea una solución al problema, sólo se encarga de caracterizarlo. Al respecto encontramos en *El árbol de la ciencia* un ácido comentario de Arcelu en torno a la utilidad del arte y de la ciencia: “-Yo no veo que el arte colabore en nuestra civilización; por eso no me entusiasma. Me gusta preocuparme de las cosas humanas, y en este sentido, lo que más me interesa es la ciencia, y aun más todavía, el nacimiento de la conciencia colectiva. Éste creo yo es el fenómeno más grande que registra la historia moderna.”³⁴

Por otro lado se manifiesta en contra de la doble moral de los españoles, pues le parecía absurdo su respeto dogmático a los ideales, mientras no se respetaban mutuamente. Esta crítica resulta especialmente verosímil en boca de una extranjera, como Sacha, quien no sólo es incapaz de comprender el exagerado fervor religioso que predominaba en España, sino la intransigencia que existía en el resto de los ámbitos sociales, la cual puede considerarse una de las principales causas de su decadencia:

No comprendo bien la manera de ser española; a primera vista parece que se vive aquí con una gran libertad, pero después **se advierte que la moral tiene frenos de hierro.**

³² Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 200.

³³ Sobre este mismo elemento de *El mundo es así*, encontramos en esta novela la oposición entre el carácter de dos de los personajes, Arcelu y el marido de Sacha, de modo que el primero se caracteriza por su conocimiento científico y el segundo por su conocimiento intuitivo. De modo que Arcelu es un hombre contemplativo en contraste con Juan, quien se caracteriza por ser un sujeto pragmático: “-¡Ah, claro! Somos dos tipos opuestos: él es un impulsivo y yo un razonador. A él no le gusta que se le deshagan los planes entre los dedos; lo que quiere es constantemente hacer algo. A mí, en cambio, me gusta pedantear un poco acerca de la vida y de la sociedad. Tengo este defecto.” (Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 188.)

³⁴ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. 171.

De la vida informe de Rusia a ésta, tan sometida a reglas estrechas, hay, como se dice, un abismo.

Este es un pueblo con dogma, pero sin moralidad, con gestos, pero sin entusiasmo, con franqueza y sin efusión. No lo comprendo bien.³⁵

En el caso de la obra de Miguel de Unamuno también encontramos una intensa preocupación por plasmar las contradicciones internas que forman parte de su concepción trágica de la vida humana. Para este escritor vasco, al igual que para Baroja, existe una constante contraposición entre lo racional y lo instintivo, entre la ciencia y el arte. Unamuno ilustra esta oposición en su *Abel Sánchez*, donde muestra la rivalidad entre dos amigos a causa del amor de una mujer. La tensión entre ambos personajes, sin embargo, no se limita a este conflicto, sino que se relaciona directamente con el choque de sus personalidades, en aumento a medida que se desarrolla la historia, sin que haya forma de reanudar su antigua amistad:

-Sí, yo aspiro a abrir nuevos caminos. Pienso dedicarme a la investigación científica. La gloria médica es de los que descubrieron el secreto de alguna enfermedad y no de los que aplicaron el descubrimiento con mayor o menor fortuna.

-Me gusta verte así, tan idealista.

-Pues qué, ¿crees que sólo vosotros, los artistas, los pintores, soñáis con la gloria?³⁶

Al final de esta novela Unamuno lo terrible de esta confrontación, sobre todo cuando se convierte en algo insuperable. La ruptura entre Joaquín y Abel terminará siendo heredada a su propio nieto, al cual pretenderán se asemeje lo más posible a cada uno de ellos. De este modo Antonia, la abuela del pequeño se da cuenta de que los dos polos no pueden conciliarse, por lo que ambos deben rechazarse:

No seas modelo de pintor, no seas enfermo de médico... ¡Déjales, déjales con su arte y con su ciencia y vente con tu abuelita, tú; vid, vida, vidita, vidita mía! Tú eres mi vida; tú eres nuestra vida; tú eres el sol de esta casa. Yo te enseñaré a rezar por tus abuelos y Dios te oirá. ¡Vente conmigo, vidita, vida, corderito sin mancha, corderito de Dios!>> (...)³⁷

³⁵ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 161.

³⁶ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 69.

³⁷ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 169.

Para Unamuno es de vital importancia la reivindicación de la existencia humana, sobre todo en su carácter único e irrepetible. En sus novelas existe una referencia constante a la libertad y a la pérdida de la autonomía ante una situación adversa. En el *Abel Sánchez* encontramos una forma de alienación muy común: Joaquín debido a su odio exacerbado y a su deseo de venganza ya no puede vivir en paz, se obsesiona con destruir a su viejo amigo y esto lo pone fuera de sí, no es capaz de dominarse. Antonia, la esposa de Joaquín, se da cuenta con tristeza de que él jamás podrá entregársele, pues en el fondo ha renunciado a sí mismo y se ha perdido para los demás:

Sentía Antonia, que entre ella y su Joaquín había como un muro invisible, una cristalina y transparente muralla de hielo. Aquel hombre no podía ser de su mujer, **porque no era de sí mismo, dueño de sí, sino a la vez un enajenado y un poseído**. En los más íntimos transportes del trato conyugal, una invisible sombra fatídica se interponía entre ellos. Los besos de su marido parecíanle besos robados, cuando no de rabia.³⁸

En el caso del protagonista de *Niebla* se repite esta preocupación por la pérdida de identidad. Al comienzo de esta historia la enajenación se produce debido a los demás; Augusto vive intranquilo por sus amores, todo el tiempo se está preguntando a qué mujer escoger, cosa que lo perturba y lo sumerge en un completo anonadamiento. Tal como se aprecia en un diálogo entre Augusto y Liduvina sobre la necesidad de que se olvide de ellas para poder ser él mismo de nuevo:

Y al quedarse solo se decía Augusto: "Entre una y otra me van a volver loco de atar... yo ya no soy yo..."
 -Me parece que el señorito debía dedicarse a la política o a algo así por el estilo - le dijo Liduvina mientras le servía la comida-; eso le distraería.
 -¿Y cómo se te ha ocurrido eso, mujer de Dios?
 -Porque es mejor que se distraiga uno a no que le distraigan y... ¡ya ve usted!³⁹

De este modo a lo largo de la lectura encontramos una clara reivindicación del individuo, sobre todo cuando Unamuno exalta su existencia y su personalidad.

³⁸ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 95.

³⁹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. Madrid: Castalia, 1995. p. 200.

Es así como Augusto se siente acosado por una terrible duda y su escepticismo lo irá trastornando paulatinamente hasta terminar severamente enajenado, sin ser capaz de creer en sí mismo, ni de autodeterminarse; en este punto reformula el conocido argumento de Descartes, diciendo que lo primero que debe afirmarse es la existencia, pues sólo a raíz de ella se da todo lo demás:

-Pero ¿tú crees, Liduvina, que yo existo?
 -¡Vamos, vamos! ¡Déjese de esas andróminas, señorito; a cenar y a la cama! ¡Y mañana será otro día!
“Pienso, luego soy –se decía Augusto, añadiéndose–: Todo lo que piensa es y todo lo que es piensa. Sí, todo lo que es piensa. Soy, luego pienso.”⁴⁰

El intenso escepticismo que asedia a este personaje, y que inclusive lo lleva a desconfiar de su propia existencia, hace eco de una profunda preocupación de Unamuno, clave para comprender su interpretación del sentimiento trágico de la vida.⁴¹ Este escritor plantea que los creyentes y en concreto los hombres que han abrazado el cristianismo se ven sometidos a una lucha interna, cuando surge una oposición significativa entre sus creencias y la comprensión racional de ellas. Es así como tiene lugar una peculiar paradoja donde:

La fe en la inmortalidad es irracional. Y, sin embargo, fe, vida y razón se necesitan mutuamente. Este anhelo vital no es propiamente problema, no puede tomar estado lógico, no puede formularse en proposiciones racionalmente discutibles, pero se nos plantea, como se nos plantea el hambre. Tampoco un lobo se echa sobre su presa para devorarla, o sobre la loba para fecundarla, puede plantearse racionalmente y como problema lógico su empuje. **Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación.**⁴²

⁴⁰ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 269.

⁴¹ Nelson Orringer plantea que el escepticismo de Descartes se basa en una duda meramente intelectual que en el fondo se caracteriza por ser totalmente estática y es incapaz de mover al individuo. En cambio plantea que para Unamuno existe un escepticismo vital, el cual se sustenta en una duda sentimental que se vincula directamente con la existencia humana y la transformación de la misma a través de la revitalización de la fe: “Por esta razón, Unamuno distingue dos especies de dudas, la intelectual y la sentimental. La primera la encuentra <<muy poco vitalizadora, y, sobre todo, una cosa algo artificiosa, especialmente desde que Descartes la rebajó al papel del método>>; y la segunda la ve como <<una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento>> (...) Así se salva Unamuno de la fe inerte: así vitaliza su fe.” (Nelson Orringer. *Unamuno y los protestantes liberales*. Madrid: Gredos, 1985. p. 76.)

⁴² Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 103.

La disyuntiva entre fe y razón es un tema obsesivo en Unamuno. Nos hemos referido ya a su planteamiento en *Del sentimiento trágico de la vida*, en donde el escritor vasco muestra que es indispensable establecer un equilibrio entre la tradición religiosa y la tradición racionalista.⁴³ Sin embargo, hay un texto anterior en el cual analiza con mayor detenimiento el origen y el sentido de esta escisión. Me refiero a su *Tratado del amor de Dios*, el cual comienza cuestionando qué camino se debe tomar para alcanzar a Dios y se pregunta detenidamente si lo mejor es llegar a él a través del conocimiento o por medio del amor:

Una cosa es el amor y otra el conocimiento de Dios, aunque en realidad no puede amar sin conocer ni conocer sin amar. El viejo aforismo de que nada puede quererse sin haberlo antes conocido debe completarse diciendo que no puede conocerse sin haberlo antes querido, antes de conocerlo. Y es que el amor y el conocimiento se engendran el uno al otro. Hay que amar para conocer, y hay que conocer para amar.⁴⁴

A partir de esta reflexión Miguel de Unamuno llegará a la conclusión de que el conocimiento por sí sólo nos entrega a un Dios idealizado, el cual se asemeja más a una idea abstracta, muy alejada de nosotros, que a una concepción más íntima que suponga una relación personal con Él. Unamuno ofrece el testimonio su propia experiencia y cuenta que la razón en lugar de acercarlo, terminó distanciándolo terriblemente de Dios, al grado de hacerlo caer en un franco ateísmo.⁴⁵

⁴³ Sobre este punto es necesario resaltar la introducción de Nelson Orringer en la que realiza un estudio muy detallado sobre el vínculo que existe entre el *Tratado del amor de Dios* y *Del sentimiento trágico de la vida*. Al respecto presenta un análisis muy interesante entre el propósito que tuvo la gestación de cada uno de estos ensayos y las razones que llevaron a su autor a elaborarlos. Al respecto cabe mencionar la búsqueda de Unamuno por establecer una unidad coherente en la vida personal, lograr un equilibrio entre la fe y la razón, demostrar el sentido del individualismo y resaltar el significado del amor para el cristianismo. (Vid. Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 21-31.)

⁴⁴ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 519-520.

⁴⁵ Esta interpretación que descarta una relación directa con Dios y que se centra en su comprensión racional, es lo que se ha denominado como el Dios de los filósofos, pues se limita a la búsqueda de una causa de todo lo existente, es decir a un primer principio que sea origen de todo. Lo característico de esta concepción consiste en que a través de una serie de argumentos y discusiones lógicas, se llega a la conclusión de que hay algo que ha dado origen al universo, pero de ningún modo se trata de un Dios con el cual podamos relacionarnos directamente. Unamuno considera que ésta ha sido una de las concepciones más antiguas dentro de la tradición filosofía y al respecto nos remite al planteamiento de Aristóteles, quien demostró la existencia de un Primer motor, mas no de un Dios personal: “Busqué muchos años a Dios por el camino lógico y Dios se

Entonces se da cuenta de que el vínculo con Dios no puede ser puramente intelectual y que existe otra vía que debe ser explorada por el hombre: el amor. Miguel de Unamuno se encarga de examinar las diversas características del amor y plantea que éste siempre tiene por objeto algo concreto, de modo que buscar a Dios por este camino implica de fondo conocerlo y establecer una relación directa con Él, cara a cara. Así se difumina el concepto abstracto de Dios y aparece Dios mismo, tal como lo pretende el cristianismo:

El amor personaliza cuanto ama, y **cuando el amor es grande y vivo y lo ama todo, personaliza al todo**, descubre que el total Todo, el Universo es Persona, es Conciencia, es Conciencia que sufre, y compadece al Universo conciente, le ama y descubre a Dios. Compadece a Dios y se siente por Dios compadecido, le ama y se siente amado por Él. Abriga su miseria en el seno de la Misericordia eterna e infinita.⁴⁶

Unamuno establece que la razón es una facultad humana negativa, en la medida que limita nuestra relación con Dios, pues nos entrega una visión muy parcial de Él. Por esta razón le parece que el camino para alcanzarlo es el amor, guiado todo el tiempo por la fe. En este sentido interpreta la fe como una especie de creación interna, en la cual la creencia en Dios se fusiona con el alma humana, la única forma de lograr una relación íntima con Él y de conocerlo a profundidad:

Crear en Dios es en primera instancia querer que Dios exista y obrar como si existiese. Y por este camino de querer su existencia y obrar conforme a tal deseo es como creamos a Dios, esto es, como Dios se crea en nosotros, como se nos manifiesta, se abre y se revela a nosotros. Porque **Dios sale al encuentro de quien lo busca con amor y por amor y se hurta de quien lo busca por fría razón no amorosa**. Quiere Dios que el corazón descanse pero que no descance la cabeza, ya que en la vida física duerme y descansa la cabeza, y vela y trabaja sin cesar el corazón. Y así **la ciencia sin amor nos aparta de Dios, y el amor, sin**

me deshizo en su idea. Con razonamientos y pruebas teológicas llegué a la idea de Dios, no a Dios mismo. Y Dios se me veló tras de la idea que de Él logré, y quedé sin Dios. Esa idea de Dios no es sino la idea aristotélica de un Ser Supremo, primer motor de cuanto existe, un Dios por remoción. Quitando de esas ideas de Dios, todo lo humano, todo lo finito, todo lo pasajero, la idea se iba idealizando al punto que perdía realidad.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 521.)

⁴⁶ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 533.

ciencia, nos lleva a Dios y por Dios la sabiduría. ¡Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios!⁴⁷

Este continuo tránsito entre la certeza y la duda, entre el temor y la esperanza nos hace darnos cuenta de que ambas dimensiones se coimplican y constituyen un binomio existencial indisoluble. Por esta razón Unamuno plantea que no puede apostarse todo a uno de estos caminos, ya que eso nos haría caer en un ciego dogmatismo o en un soberbio racionalismo y se hondaría la escisión interna. De ahí que para este autor dicha contradicción sea necesaria, pues en ella reside el principal conflicto de la existencia humana.⁴⁸

Por todo lo anterior podemos concluir que tanto Unamuno como Baroja plantean una serie de rupturas que afectan el desarrollo del individuo y lo mantienen en una tensión permanente. Aunado a estas contradicciones internas se da una propensión hacia la enajenación del sujeto, en la cual puede perderse a sí mismo, si no es lo suficientemente cuidadoso. Esta serie de características constituyen uno de los elementos esenciales para comprender su mutua visión trágica de la vida humana, sin dejar de lado sus respectivas diferencias, pues aunque en de ambos existe una férrea lucha entre lo espiritual y lo material, entre la razón y los sentimientos, entre el arte y la ciencia, su concepción trágica varía de acuerdo con sus creencias. Es decir que si bien los dos presentan una escisión interna del sujeto en sus creaciones literarias, en Pío Baroja no se da la

⁴⁷ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 541.

⁴⁸ Desde la perspectiva de Nelson Orringer en Unamuno existe una constante apología de la vida frente a la pura contemplación, pero esto no significa que una sea superior a otra, sino más bien que el conocimiento por sí solo se vuelve algo inerte y por otro lado la vida por sí misma carece de un sentido trascendente. Por tanto Unamuno busca conciliar los dogmas de fe con la vida y así salvar la aporía, sin eliminar ninguno de los contrarios: “Acaso las antítesis más frecuentes oponen la vida a la razón teórica o viceversa. Sin embargo, por lo dicho, ya sabemos que la vida tiene que salir triunfante, aun cuando la victoria obtenida resulte a veces un tanto pírrica. El deseo de perseverar en el ser es el único dato del pensamiento de Unamuno; el primer principio de su gnoseología es *Nihil cognitum quin praeuolitum*, de donde se desprende que el conocimiento depende del deseo, del afán de sobrevivir. Con todo, es innegable que la vida, para prolongarse, tiene siempre que contar con la inteligencia teórica, así como un atleta con el obstáculo para ganar la carrera. Todo conocimiento adquirido por la vida es problemático, varía en incertidumbre. Del sentimiento trágico de la vida presenta toda una gama de los matices de lo incierto.” (Nelson Orringer. *Unamuno y los protestantes liberales*. ed. cit. p. 227.)

preocupación por conciliar la fe con la razón debido a su marcado agnosticismo; por lo que tal interpretación es exclusiva de Unamuno.

3.3 Individualismo y rechazo a la sociedad

Pío Baroja enuncia una serie de consideraciones en el prólogo a *César o nada* que ilustran claramente la oposición ya mencionada. Al respecto plantea que toda dimensión social del hombre se origina solamente por una necesidad pragmática y por lo tanto convencional. Es decir que para él lo único que tiene sentido y fundamento por sí mismo es el individuo y todo lo demás depende de su relación con él.⁴⁹ Desde esta perspectiva la historia y el progreso no se desenvuelven a favor de la humanidad, sino a favor de los individuos particulares para quienes se ha dado origen a esa entidad abstracta que denominamos sociedad:

Sólo el individuo existe por sí y ante sí. Soy, vivo, es lo único que puede afirmar el hombre.

Las agrupaciones y separaciones constituidas por la clasificación son como la cuadrícula que un dibujante pusiera delante de una figura para copiarla mejor. Las rayas de la cuadrícula dividirán las líneas del dibujo; pero las dividirían no en la realidad, sino en el campo visual del dibujante.⁵⁰

De este modo Baroja plantea uno de los más grandes retos de la política: la posibilidad de conciliar el bien personal con el bien público, logrando un equilibrio entre los diversos intereses. Sin embargo, en su opinión, esta deseable armonía terminará por convertirse en algo imposible, pues cuántas veces hemos visto atropelladas las garantías individuales en favor del bien común; también son innumerables los casos en los que el beneficio de algunos ha propiciado abusos a

⁴⁹ Por esta razón nos encontramos con que en sus novelas la trama central consiste en la forma en que el protagonista busca su camino para hallarse a sí mismo y encuentra una serie de obstáculos para cumplir su propósito. Es así como se da una confrontación constante del protagonista con la sociedad, lo cual muestra una marcada ruptura que generalmente no alcanzará la conciliación. Al respecto tenemos el caso paradigmático de Fernando Osorio en *Camino de perfección*: “No es sólo una ruptura con la sociedad a la que no consigue de ningún modo adaptarse, sino también un intento de huir de su pasado y de su conciencia. A medida que va descubriendo nuevos paisajes, de nuevas gentes y, sobre todo, de la paz interior, le harán soportar los inconvenientes materiales del viaje.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 206.)

⁵⁰ Pío Baroja. *César o nada*. ed. cit. p. 7.

la mayoría. Es así como este autor vasco plantea un enfrentamiento permanente entre el individuo y la sociedad, el cual parece no tener solución:

Desde un punto de vista humano, lo perfecto en una sociedad sería que supiese defender los intereses generales y al mismo tiempo comprender lo individual, que diera al individuo las ventajas del trabajo común y la libertad más absoluta; que multiplicara su labor y le permitiera el aislamiento. Esto sería lo equitativo y lo bueno.

Nuestra sociedad no sabe hacer ninguna de estas dos cosas; defiende lo particular con lo general, porque tiene como norma práctica la injusticia y el privilegio; no comprende lo individual, porque lo individual constituye la originalidad, y la originalidad es siempre un elemento perturbador y revolucionario.⁵¹

Sobre esta reflexión encontramos numerosos ejemplos en sus novelas, especialmente en lo referente a las causas que originan la injusticia y la desigualdad social. Baroja demuestra cómo los intereses de algunos terminan aplastando a las clases más desprotegidas, la cuales se caracterizan por perder conciencia de su individualidad.⁵² Desde su perspectiva la subordinación de ciertas clases es lo que produce el retraso social, por lo que considera indispensable poner a la persona por encima de todo lo demás:

-No digo que no. Los pueblos como Alcolea están perdidos porque el egoísmo y el dinero no está repartido equitativamente; no lo tienen más que unos cuantos ricos; en cambio, entre los pobres no hay sentido individual. **El día que cada alcoleano se siente a sí mismo y diga: no transijo, ese día el pueblo marchará hacia delante.**⁵³

En contraste con la referencia anterior sobre los abusos a las minorías podemos apreciar que Baroja concibe al vulgo como una masa fácilmente inclinable hacia la violencia y la anarquía. De este modo critica tajantemente la

⁵¹ Pío Baroja. *César o nada*. ed. cit. p. 9.

⁵² La oposición entre el individuo y la sociedad es uno de los temas centrales de *El árbol de la ciencia*, de hecho gran parte del conflicto de esta novela radica en el hecho de que se muestra una lucha constante del protagonista contra los otros, quienes impiden el desenvolvimiento de su personalidad: "Las líneas principales de la filosofía íntima de Andrés estaban ya perfiladas. La incurable inquietud, el desprecio de las distinciones exteriores, la lucha incoherente entre timidez y complejo de superioridad, el horror por todo lo que es masa y bajeza, estos rasgos dan lugar a una idea constante de nuestro escritor: que el hombre está absolutamente solo. Andrés se sentirá impotente en la lucha diaria y condenará la situación social de su país que, en vez de favorecerle en la realización de sus deseos, le oprimía con el peso de su maquinaria aliada con la injusticia." (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 262.)

⁵³ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003. p. 238.

defensa irracional de un bien común, pues le parece que esto puede terminar afectando terriblemente a los demás, tal como lo ilustra en el caso de la revolución comunista en *El mundo es así*:

El desorden y la anarquía reinaban en las conciencias y en la vida; en el campo se repetían los robos y los asesinatos; en los sitios antes más tranquilos, se cometían horribles crímenes; **el pueblo desconcertado, se lanzaba en plena inmoralidad a todo.** Parecía que una epidemia espiritual iba contaminando las conciencias.⁵⁴

A partir de esta consideración Pío Baroja piensa que la verdadera fuerza emana de aquellos individuos que se distinguen de la masa por su carácter y determinación para elaborar grandes empresas. Por eso, los individuos que son capaces de transformar a la sociedad y de guiarla hacia un nuevo rumbo, también pueden ser los más temidos.⁵⁵ Baroja está convencido de que la comunidad se siente amenazada por este tipo de individuos y demanda la igualdad a toda costa, buscando una especie de equilibrio que desde su perspectiva terminará hundiendo a la sociedad en una progresiva decadencia:

Gran parte de la antipatía colectiva por lo individual procede del miedo. Sobre todo en nuestros países del Sur, las individualidades fuertes han sido inquietas y tumultuosas. **Las manadas de arriba, como las de abajo, no quieren que florezcan en nuestras tierras las semillas de los César o de los Bonaparte. Esas manadas anhelan la nivelación espiritual; que no haya más distinción entre un hombre y otro que un botón de color en la solapa o un título en la tarjeta.**⁵⁶

En esta medida Pío Baroja comprende a la sociedad como un obstáculo para el individuo, sobre todo en lo referente a la absorción de éste por la colectividad. Le resulta contraria la búsqueda de la homogenización, pues esta tendencia termina anulando las diferencias que constituyen la esencia de la

⁵⁴ Pío Baroja. *El mundo es así*. Madrid: Alianza, 2006. p. 32.

⁵⁵ Esta crítica de Pío Baroja presenta una clara resonancia nietzscheana, sobre todo en lo que se refiere a la idea del superhombre, pues las grandes revoluciones ideológicas y sociales dependen de un cierto tipo de individuos que sean capaces de enfrentarse a la masa para dirigirla hacia un nuevo rumbo. No debemos olvidar que el superhombre es aquél que pone su libertad por encima de todo, por esto su personalidad se impone frente a los demás y le otorga la fuerza necesaria para cambiar los valores.

⁵⁶ Pío Baroja. *César o nada*. ed. cit. p. 9.

personalidad.⁵⁷ De aquí su condena a todo sistema guiado por la masa, pues ésta elimina lo extraordinario del ser humano y en consecuencia evita el progreso social. Por esta razón encontramos un claro tinte político en los juicios de Baroja y un ataque frontal a la democracia, tal como lo plantea Félix Bello: “La democracia moderna, por el contrario, tiende a aplanar los espíritus, a impedir el predominio de las capacidades, esfumándolo todo en un ambiente de vulgaridad. En cambio, ayuda a destacarse unos intereses sobre otros.”⁵⁸

En este menosprecio al pueblo se observa una tendencia aristocrática por parte de este escritor, quien piensa que sólo algunos individuos son capaces de gobernar y por tanto deberían ser los únicos aptos para participar en la vida pública. Baroja se opone a todo sistema político que tiene como meta alcanzar la igualdad por sí misma, pues le parece absurdo tratar de homogeneizar la sociedad. En su opinión este es uno de los aspectos más cuestionables de la democracia, pues le parece que la inclusión del pueblo en el gobierno siempre es aparente y no es posible que se lleve a cabo en la práctica:

La otra democracia de la que tengo el honor de hablar mal, es la política, la que tiende al dominio de la masa y que es un absolutismo del número, como el socialismo es un absolutismo del estómago.

He leído, como todo el mundo, algo acerca de la democracia, pero no tengo una idea clara de lo que es; etimológicamente significa gobierno del pueblo, pero yo creo –quizás me engañe– que el pueblo no ha mandado nunca ni en los tiempos más revolucionarios y que tampoco mandará en el porvenir.⁵⁹

⁵⁷ La opinión de Pío Baroja sobre este punto es inamovible, pues piensa que rompe con un principio esencial del individuo y esto es su carácter único, es decir la serie de rasgos personales que lo distinguen de los demás. Por esta razón no sólo critica la democracia sino que también ataca al socialismo, pues le parece que ambos sistemas políticos abogan por una justicia que en el fondo es inalcanzable, debido a lo que predomina entre los seres humanos es la heterogeneidad: “Una de las tendencias que parece envolver la idea democrática y con ella la idea socialista es la de la equidad y la de la justicia. *A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras*, ha dicho un socialista y esta fórmula sería lógica como ninguna si la naturaleza fuera también equitativa y justa. Pero la naturaleza ha hecho sanos y enfermos, fuertes y débiles, talentados y bobos; como la sociedad ha hecho ricos y pobres, nobles y plebeyos. Tan respetable y tan execrable es una injusticia como otra.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 336.)

⁵⁸ *Idem*.

⁵⁹ Pío Baroja, en Luis Granjel. *Panorama de la generación del 98*. ed. cit. p. 335.

En contraste con el predominio del orden social encontramos la figura del dictador, quien representa una reivindicación de la individualidad en su dimensión más extrema. El dictador simboliza la imposición del sujeto frente a una determinada comunidad; pues constituye el desarrollo de un solo hombre por encima de la sociedad.⁶⁰ Baroja da vida a esta emblemática figura a través de César Moncada, el protagonista de su célebre novela *César o nada*. Desde el principio de la historia encontramos en el protagonista una asombrosa determinación que guía su voluntad para cumplir sus propósitos. César encarna al hombre de acción, con un espíritu sumamente pragmático, pues comprende claramente los diversos mecanismos por los que funciona toda sociedad y posee un carácter con el temple suficiente para dominar a los demás:

¿Pero cuál puede ser el mecanismo de esta determinación? Sólo el movimiento, la acción. Es decir, la lucha. Hecha tal afirmación, yo voy a colaborar a su finalidad. Las cosas que llamamos espirituales son también dinámicas. Quien dice algo, dice materia y fuerza; quien dice fuerza, expresa atracción y repulsión; atracción y repulsión son sinónimas de movimiento, de lucha, de acción. Ya estoy dentro de mi plan. Éste será poner en movimiento, en acción, en lucha todas las fuerzas próximas a mí.⁶¹

Una precisión acerca de la oposición individuo vs. sociedad, desde la perspectiva de Baroja, consiste en plantear que inclusive cuando aparece un cierto compromiso o responsabilidad social, éstos son algo meramente utópico, inalcanzable. Tal es el caso de Sacha, la protagonista de *El mundo es así*, quien al principio se muestra idealista y con un fuerte deseo de ayudar a los demás, pero conforme va avanzando la historia su ilusión terminará convirtiéndose en un irremediable pesimismo: “Sacha quedó horrorizada al medir el abismo de la brutalidad del pueblo, pero intentó reaccionar contra esta impresión; ella se debía

⁶⁰ De este modo Baroja realiza una apología del individuo en su sentido más radical, pues inclusive considera que el egoísmo extremo está justificado cuando se trata de llevar a cabo una gran empresa, aunque tenga que hacer uso de la fuerza. Es así como esta especie de hombre superior o superhombre como diría Nietzsche, se encarna en la figura simbólica del dictador y representa la antítesis de la masa común de individuos: “El hombre superior debe afirmar su egoísmo, sus instintos creadores, su imperioso querer de dominación, y debe imponerse por su inteligencia, por su espíritu, por la disciplina interior que le ha permitido sobrepasar las limitaciones que impone el hombre de la masa. Los individuos superiores están destinados al heroísmo, a darse sin intereses materiales.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 221.)

⁶¹ Pío Baroja. *César o nada*. ed. cit. p. 52.

a sus hermanos desheredados, tenía la obligación de trabajar por su causa, de llevar la salvación y el consuelo a los pobres campesinos.”⁶²

En la obra de Miguel de Unamuno también encontramos referencias sobre el papel que juega la sociedad en el desarrollo del individuo. Unamuno representa las implicaciones de la vida en sociedad en sus novelas, especialmente la necesidad de convivir con los demás y cómo dicha relación implica una forma de conocimiento por reflejo, pues se aprende gracias a los otros. Este tipo de conocimiento que se vuelve tanto personal como interpersonal, se nos presenta en la relación de amistad entre los protagonistas del *Abel Sánchez*:

No recordaban Abel Sánchez y Joaquín Monegro desde cuándo se conocían. Eran conocidos desde antes de la niñez, desde su primera infancia, pues sus dos sendas nodrizas se juntaban y los juntaban cuando aún ellos no sabían hablar. **Aprendió cada uno de ellos a conocerse conociendo al otro. Y así vivieron y se hicieron juntos amigos desde nacimiento casi, más bien hermanos de crianza.**⁶³

En esta misma novela hay una constante referencia a la búsqueda del individuo por desempeñar un papel en la sociedad; por ser aceptado y, en última instancia, reconocido. A esto obedecen las reiteradas menciones a la rivalidad entre Joaquín y Abel, sobre todo su lucha por la gloria personal. Sobre este punto cabe destacar la opinión de Joaquín, quien todo el tiempo muestra un gran anhelo por destacar; pero, paradójicamente, no se interesa por los demás y los menosprecia:

-Sí, ambicioso de gloria, de fama, de renombre... Lo fuiste siempre, de nacimiento. Sólo que solapadamente.
 -Pero ven acá. Joaquín, y dime: ¿te disputé nunca tus premios? ¿No fuiste tú siempre el primero en clase? ¿El chico que promete?
 -Sí, pero el gallito, el niño mimado de los compañeros, tú...
 -Y ¿qué iba yo a hacerle?
 -¿Me querrás hacer creer que no buscabas esa especie de popularidad...?
 -Haberla buscado tú...
 -¿Yo? ¿Yo? ¡Desprecio a la masa!⁶⁴

⁶² Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 32-33.

⁶³ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 67.

⁶⁴ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. 70.

A pesar de esta actitud fría e indiferente podemos darnos cuenta que Joaquín se encuentra sumergido en una profunda soledad que lo lleva a obsesionarse con su prima, quien lo rechaza contundentemente a pesar de todos sus esfuerzos. Esto nos muestra lo difícil que se vuelve para este personaje relacionarse con los demás y cómo su propia enajenación le impide conquistar a Helena. El deseo de establecer cierto contacto con alguien más lo obliga a salir de sí mismo, pero al final dicha situación lo humillará y lo hará perder su dignidad: “Te digo que esa mujer me trae loco y me hará perder la paciencia. Está jugando conmigo. Si me hubiera dicho desde un principio que no, bien estaba, pero tenerme así, diciendo que lo verá, que lo pensará... ¡Esas cosas no se piensan... coqueta!”⁶⁵

Por su parte en la propuesta literaria de Unamuno también existe una clara defensa del individuo y una concepción de la sociedad como un obstáculo para su desarrollo. Presenta así, diversas situaciones en las que la sociedad suele amenazar la libertad del individuo e inclusive es capaz de anular su personalidad.⁶⁶ Unamuno, al igual que Baroja se muestra en contra de todos aquellos factores que restringen la existencia particular de una persona. Sin embargo, es necesario aclarar que la postura de Unamuno es menos radical que la de su compatriota, pues él defiende una tendencia natural del hombre a la vida en sociedad y no la interpreta como un mero convencionalismo; más bien considera que en ella se concreta el deseo de trascendencia, como una forma de perpetuación:

Pero el hombre no vive solo, sino que forma sociedad, a la que le lleva el instinto de perpetuación, padre de ella. Y si hay una realidad que es en cuanto conocida obra del instinto de conservación, y sentidos al servicio

⁶⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. 71.

⁶⁶ Unamuno no ignora la dimensión social del hombre, ni la subestima de ninguna manera, de hecho en su concepción antropológica ésta posee un lugar central, pues las diversas capacidades humanas adquieren su plenitud gracias al contacto con los otros. Sin embargo, este pensador español nos muestra a lo largo de sus novelas y sus diversos textos literarios, el conflicto que implica la convivencia con los otros, sobre todo en lo referente a la lucha por la individualidad. *Vid.* Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1983. p. 49-50.

de éste, hay otra realidad, no menos real que aquella obra, en cuanto conocida, del instinto de perpetuación y al servicio de él.⁶⁷

3.4 La crueldad universal y la lucha de unos contra otros

Una vez presentado el sentido y la importancia de la escisión interna y la ruptura con la sociedad en la obra de Unamuno y de Baroja, es indispensable analizar su relación con la concepción trágica de la vida. Hemos hablado ya de su constante defensa en torno al individuo y a todos sus rasgos distintivos, como parte de su crítica a la decadencia de la sociedad española. Esta exaltación del sujeto como parte de la egolatría reflejada en sus textos, no sólo posee una dimensión positiva, sino también una serie de implicaciones negativas, de las cuales fueron conscientes ambos escritores.

Esta concepción del individuo considera que existe una lucha constante en contra de los demás, fundada en la vivencia de un egoísmo tan extremo que imposibilita la conciliación con los otros. Pío Baroja nos introduce detenidamente a este conflicto en sus novelas y nos sumerge en una tensión permanente, de la cual parece no haber otra salida más que la confrontación.⁶⁸ En *El árbol de la ciencia* aparece dicha oposición como parte esencial de la trama, sobre todo en lo referente a la permanente batalla que el protagonista libra con el resto de los personajes. Esto es obvio en el contraste de personalidad entre Andrés Hurtado y Aracil, quien carece de escrúpulos cuando se trata de obtener lo que desea. El autor narra una serie de abusos que comete este personaje para obtener un beneficio personal a costa de alguien más. Así ocurre cuando Aracil usa a una joven muchacha, sin tener la menor intención de responsabilizarse de ella:

⁶⁷ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 550.

⁶⁸ Es necesario tomar en cuenta que esta lucha constante, entre unos y otros, tiene su origen en la voluntad de poder presentada por Nietzsche para quien los hombres inferiores son confrontados por los superiores y dirigidos por ellos hacia un nuevo rumbo: “Los señores, los dirigentes de la civilización, han impuesto su dominio, sus valores. Toda la cultura humana proviene de un caudal de instintos potentes que los hombre fuertes aprendieron a dominar y a hacerlos creadores. Inversamente, los débiles están enfermos por falta de instintos vigorosos, y su moral es la de los decadentes y resentidos que se oponen a todo lo superior.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 192.)

- ¿Te vas a casar con ella después?
- ¡Quita de ahí, hombre! No sería mal imbécil.
- Pero has inutilizado a la muchacha.
- ¡Yo! ¡Qué estupidez!
- ¿Pues no es tu querida?
- ¿Y quién lo sabe? Además, ¿a quién le importa?⁶⁹

En este sentido Baroja plantea que en la vida humana no puede hablarse de la existencia de justicia, pues en el fondo la voluntad de un individuo se impone a la de otro, hasta que termina anulándolo. Para este autor el fenómeno de la supervivencia primitiva constituye el motor de la vida humana; de ahí que el vínculo social no se dirija hacia un progreso común, sino al desarrollo personal. Baroja concibe al hombre como un eterno combatiente, incapaz de conciliarse con los otros, por lo que le parece que la existencia humana representa una continua tragedia:

La lógica justiciera y revolucionaria de los Saint-Just ya no le entusiasmaba, le parecía una cosa artificial y fuera de la naturaleza. **Pensaba que en la vida ni había ni podía haber justicia. La vida era una corriente tumultuosa e inconsciente donde los actores representaban una tragedia** que no comprendían, y los hombres, llegados a un estado de intelectualidad, contemplaban la escena con una mirada compasiva, y piadosa.⁷⁰

De esta forma Pío Baroja realiza una analogía entre el mundo animal y la sociedad, pues considera que en esta última también predomina la ley del más fuerte, sin que exista la menor preocupación o consideración por los demás. En esta medida piensa que el egoísmo predomina en todas las dimensiones de la vida humana y toda relación con los otros resulta meramente utilitarista, sin que sea posible establecer un vínculo más trascendente. Su concepción del hombre nos hace pensar en una tendencia natural hacia la autodestrucción, pues es capaz de convertirse en su peor enemigo:

-¿Hay que indignarse porque una araña mate a una mosca? –siguió diciendo Iturrioz–. Bueno. Indignémonos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Matarla?

⁶⁹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 92.

⁷⁰ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 81.

Matémosla. Eso no impedirá que sigan las arañas comiéndose a las moscas. ¿Vamos a quitarle al hombre esos instintos fieros que te repugnan? ¿Vamos a borrar esa sentencia del poeta latino: *Homo, homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre?⁷¹

Así plantea que toda idea de equidad y justicia es artificial, y no tiene un verdadero fundamento. Esta interpretación da lugar a su idea de la crueldad universal, con la cual establece que todo principio moral de acción es ilusorio, de modo que el único valor es la vida por sí misma y la lucha por su conservación. De ahí que para Baroja la única motivación del hombre sea su instinto de supervivencia a un grado exagerado; por eso la práctica del egoísmo resulta la mejor vía para alcanzar esa meta: “-La naturaleza es lo que tiene, cuando trata de reventar a uno, lo revienta a conciencia. La justicia es una ilusión humana, en el fondo todo es destruir, todo es crear. Cazar, guerrear, digerir, respirar, son formas de creación y destrucción al mismo tiempo.”⁷²

Esta visión del mundo y de los otros como un medio inhóspito que siempre amenaza al individuo no es exclusiva de esta novela, también la encontramos en otros de sus trabajos, como es el caso de *El mundo es así*, en el cual Sacha después de vivir una serie de situaciones desafortunadas percibe lo externo como algo que está siempre al acecho, impidiendo que ella alcance la tranquilidad en su vida.⁷³ De este modo la protagonista de esta novela presenta a lo largo de la historia una angustia que la agobia terriblemente hasta que asume cómo la existencia puede ser tan dolorosa que puede resultar aplastante:

⁷¹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 126-127.

⁷² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 129.

⁷³ Uno de los caminos que Sacha toma en cierto pasaje de la novela para salir de la depresión en que se encuentra, consiste en ir a visitar un museo para distraerse de las preocupaciones que la agobian. Esto nos recuerda inmediatamente la teoría estética de Schopenhauer, quien estableció la contemplación del arte como un modo de evitar el dolor de la existencia humana, al menos por unos instantes: “>>El mismo público del museo, formado en su totalidad por mujeres de todos los países, vestidas de claro, que miran ensimismadas alguna antigua tabla florentina, contribuye a reforzar la impresión. >>Yo supongo, quizá me equivoque, que la mayoría de las mujeres que recorren estas salas de los museos se encuentran en situación parecida a la mía; supongo que tienen su pequeña o su gran tragedia y que buscan aquí la distracción o el consuelo...” (Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 113.)

¡El mundo es así! Con mucha frecuencia me acuerdo de aquel escudo del pueblo y de su concisa leyenda.

La vida es esto; crueldad, ingratitud, inconsciencia, desdén de la fuerza por la debilidad, y así son los hombres y las mujeres, y así somos todos.

Sí; todo es violencia, todo es crueldad en la vida. ¿Y qué hacer? No se puede abstenerse de vivir, no se puede parar, hay que seguir marchando hasta el final.⁷⁴

La crítica de Baroja no se limita al entorno de la historia y los personajes, sino que es más audaz, pues en esta misma novela emite un juicio respecto a la propensión de los españoles a la vivencia de este tipo de crueldad.⁷⁵ Pone aquí en boca de Sacha, es necesario mencionar que se trata de una extranjera, su impresión del pueblo español, al que encuentra consumido por los placeres más vulgares, encasillado en obsoletas costumbres, propenso a la superstición y sumamente hostil hacia todo lo externo, pero sobre todo sumergido en una total indiferencia por los otros, lo cual refleja su terrible egoísmo:

He hablado de esta manera de ser a mi marido.

Parece que cada español no se ha enterado todavía de que hay otros hombres en el mundo además de él. Juan mismo no hace caso de nada. Todas las advertencias y prohibiciones se le figuran hechas para el prójimo. Encuentra muy bien las leyes para los demás; ahora, para él, no.

Aquí cada cual, sin duda se considera de distinta sustancia que los otros y el eje del mundo.⁷⁶

El tema de la lucha de unos contra otros también será abordado por Miguel de Unamuno, sobre todo en su *Abel Sánchez*; esta novela muestra lo dramático que puede resultar ser traicionado por los seres más queridos, como le ocurre a Joaquín por parte de su mejor amigo y la mujer que ama.⁷⁷ De este modo

⁷⁴ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 216.

⁷⁵ La crítica de Sacha a la concepción trágica de su vida por la crueldad de los otros, tiene como eje central de la relación de sus dos maridos, los cuales irónicamente son españoles y ambos se caracterizan por tener muy pocas atenciones con su esposa, pues no toman en cuenta sus necesidades y todo el tiempo se muestran sumamente egoístas: “No me quiero quejar; mi marido cree que no tengo derecho a quejarme; me ha propuesto vivir así, de fiesta en fiesta, de teatro en teatro, constantemente en la calle. ¿No quiero hacer esta vida? Pues la hará él. No debo quejarme. No comprende Juan que soy madre, que tengo una hija a la que debo cuidar y educar; sin duda se figura que con alimentarla y dejarla en brazos de la niñera he cumplido con mi deber.” (Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 167.)

⁷⁶ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 154.

⁷⁷ En esta novela de Unamuno aparece también el tema de la humillación humana y sobre todo la forma en que puede ser aplastada la dignidad humana, sin el menor escrúpulo. Esto nos muestra de fondo que el hombre es capaz de cometer las empresas más viles, sin importar que las consecuencias sean insoportables

descubrimos la frialdad que muestran Abel y Helena, cuando deciden invitar a Joaquín a su boda, aun sabiendo que lo destrozarán:

-Tienes razón, Helena, no vamos a turbar nuestra felicidad pensando en lo que sienta y sufra por ella el pobre Joaquín...
 -¿Pobre? ¡No es más que un envidioso!
 -Pero hay envidias, Helena...
 -¡Que se fastidie!
 Y después de una pausa llena de un negro silencio:
 -Por supuesto, le convidaremos a la boda...
 -¡Helena!
 -¿Y qué mal hay en ello? Es mi primo, tu primer amigo, a él debemos el habernos conocido. Y si no le convidas tú, le convidaré yo. ¿Qué no va?
 ¡Mejor! ¿Qué va? ¡Mejor que mejor!⁷⁸

El egoísmo de estos personajes muestra su total ausencia de sensibilidad y consideración por el otro.⁷⁹ Lo más interesante de este triángulo amoroso es la gradación de su crueldad; cómo se pasa de la debilidad inicial del protagonista a ser su amigo entrañable, hasta convertirse en el peor enemigo. Es así como adquiriere conciencia de su poder y desarrolla la capacidad de usarlo para lastimar a alguien más. El proceso mediante el cual Joaquín logrará apaciguar su ira será planeado lentamente la venganza, hasta convertirse en un ser mezquino y patológico. Así terminará tratando de arrebatarle a Abel el cariño de su nieto:

-¡De la mía, sí! Vengo a hablarte de nuestro nieto. Y para no andar con rodeos es menester que te vayas, que te alejes, que nos pierdas de vista; te lo ruego, te lo suplico...

para alguien más. Es así como Joaquín recuerda con escalofrío el matrimonio entre Abel y Helena para diferenciarlo totalmente del suyo con Antonia: “¡Como ellos no, Antonia, como ellos, no! Ellos se casaron por rebajarme, por humillarme, por denigrarme; ellos se casaron para burlarse de mí; ellos se casaron contra mí.” (Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 97.)

⁷⁸ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 81-82.

⁷⁹ Miguel de Unamuno nos muestra al igual que Baroja la capacidad del hombre para dañar a los demás, para hacerlos sufrir e inclusive destruirlos. Es así como se revela una tendencia natural en el ser humano hacia el egoísmo y como consecuencia de esto se da una constante lucha en contra de los otros, enfatizando la ruptura con la sociedad. Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*, considera que esta inclinación del hombre hacia el mal tiene su origen en el pecado, tal como lo concibe el cristianismo y a raíz del cual se dieron el resto de los males: “Pero ellos, tentados por la serpiente, modelo de prudencia para el Cristo, probaron de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y quedaron sujetos a las enfermedades todas y a la que es corona y acabamiento de ellas, la muerte, y al trabajo y al progreso. Porque el progreso arranca, según esta leyenda, del pecado original. Y así fue cómo la curiosidad de la mujer, de Eva, de la más presa a las necesidades orgánicas y de conservación, fue la que trajo la caída, y con la caída la redención, la que nos puso en el camino de Dios, de llegar a Él, y ser en Él.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 23.)

-¿Yo? ¿Pero estás loco, Joaquín? ¿Y por qué?
 -El niño te quiere a ti más que a mí. Esto es claro. Yo no sé lo que haces con él... no quiero saberlo...
 -Lo aojaré o le daré algún bebedizo, sin duda...
 -No lo sé. Le haces esos dibujos, esos malditos dibujos, le entretienes con las artes perversas de tu maldito arte...⁸⁰

3.5 La piedad como forma de empatía

En este panorama francamente desolador, parecería que no hay lugar para la esperanza, ni salida positiva al problema de la vida humana. Desde esta perspectiva podríamos pensar que el hombre está condenado a vivir sometido por el egoísmo, la incomprensión y la aniquilación espiritual, sin ser capaz de alcanzar un vínculo genuino con los otros. Sin embargo, a pesar de la sombría obscuridad que envuelve la existencia humana, hay lugar para un ínfimo rayo de luz debido a la compasión amorosa.

En este sentido es necesario considerar que a pesar del desafortunado destino que suelen enfrentar los protagonistas de las novelas de Pío Baroja, también existen ciertos personajes con los que logran establecer un vínculo especial y una conexión afectiva. Al respecto tenemos en *El árbol de la ciencia*, la relación entre Andrés Hurtado y Lulú, la única persona por quien el protagonista siente admiración y respeto, la única mujer por quien se interesa y se preocupa sinceramente. Al igual que Hurtado, Lulú se caracteriza por ser muy solitaria, sumamente sensible y depresiva: “A veces, Andrés la encontraba más deprimida que de ordinario; entre aquellos parapetos de sillas viejas y solía estar con la cabeza apoyada en la mano, riéndose de la miseria del cuarto, mirando fijamente el techo o alguno de los agujeros de la estera. Otras veces se ponía a cantar la misma canción sin parar.”⁸¹

A pesar de las constantes desventuras y situaciones adversas que se le presentan a Hurtado, existe al menos alguien que es afín a su personalidad, que lo

⁸⁰ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 173.

⁸¹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 108.

comprende e inclusive lo quiere.⁸² Es así como Pío Baroja nos muestra que a pesar de lo terrible que puede resultar la existencia hay un lugar para la esperanza, para que la vida adquiriera sentido y de algún modo sea posible superar la escisión interna:

-¿Usted cree que no la quiero a usted, Lulú?
 -Sí..., un poco..., ve usted que no soy una mala muchacha...; pero nada más.
 -¿Y si hubiera algo más? Si yo la quisiera a usted con cariño, con amor, ¿qué me contestaría usted?
 -No; no es verdad. Usted no me quiere. No me diga usted eso.
 Sí, sí; es verdad –y acercando la cabeza de Lulú a él, la besó en la boca.⁸³

Un caso similar lo encontramos en Sacha, la protagonista de *El mundo es así*, cuyo idealismo, la lleva a interesarse por los desprotegidos, por las personas vulnerables y más humildes. Son frecuentes los pasajes donde se aprecia la generosidad de su carácter y su consideración por los otros, en oposición al marcado egoísmo que muestra el resto de los personajes.⁸⁴ Baroja muestra la empatía como una forma de salir de uno mismo y de superar los prejuicios propios de una vida escindida: “La divergencia de gustos y de ideas se iba haciendo cada vez más profunda. Sacha tenía una gran simpatía por los criados de su casa y por la gente de la aldea, antiguos colonos de la familia; sabía tratar a los campesinos,

⁸² Este anhelo de alcanzar el amor es una característica permanente de los protagonistas de las novelas de Pío Baroja, como ocurre con Fernando Ossorio en *Camino de perfección*, pues muestra una férrea inclinación hacia él. De algún modo esta tendencia se activa como un rechazo al vacío y la falta de una meta en la vida y por esta razón a lo largo de la historia Fernando Ossorio realiza una búsqueda exhaustiva para alcanzar el verdadero amor y explora sus diversas dimensiones, hasta llegar a Dios: “Tras esta impresión de relación profunda con Dios aparece la causa verdadera de su misticismo, que es la necesidad vital de amar. <<Amar qué>> Amar lo desconocido, lo misterioso, lo arcano, sin definirlo, sin explicarlo. Hasta ahora, Fernando Ossorio no había amado a nadie, aunque, sí, haya sentido pasión por dos mujeres. Tampoco él había recibido amor sincero. Este sentido de haber vivido en vano podría ser la razón de toda su energía y voluntad en búsqueda de algo eterno, infinito, como puede ser Dios.” (Pío Baroja, en Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 209.)

⁸³ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 273.

⁸⁴ Desde la perspectiva de Félix Bello, el origen de la piedad por los otros en la obra de Pío Baroja se debe a la influencia de Shopenhauer en su pensamiento, sobre todo en lo referente a su propuesta ética, en la cual dicho filósofo plantea que la compasión es el resultado de la experiencia propia del dolor y por tanto la conciencia respecto al dolor ajeno: “En su libro *Fundamentos de la moral* (1789) explica las bases de la moral de los estoicos, incluso del budismo, y realiza el análisis de las raíces de la piedad como resorte moral. La piedad está unida a la intuición inmediata del ser y es la clave de la unidad de los seres. La conciencia del dolor motivada por una experiencia personal o por la convicción del dolor ajeno nos impulsa al sentimiento desinteresado de compasión, en oposición al egoísmo de los deseos.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 240.)

hablarles en su lenguaje, interesarse por sus asuntos, oír sus quejas. Todos ellos querían a Sacha.”⁸⁵

En las novelas de Unamuno encontramos, en ciertos personajes, un fuerte sentimiento de entrega y empatía por los otros. La compasión y conmiseración es distintiva de algunos personajes, como la de Antonia en el *Abel Sánchez*,⁸⁶ quien se casa con Joaquín para salvarlo de sí mismo y contrarrestar el terrible odio que siente contra Abel: “Antonia había nacido para madre; era todo ternura, todo compasión. Adivinó en Joaquín, con divino instinto, un enfermo, un inválido del alma, un poseso, y sin saber de qué, enamoróse de su desgracia. Sentía un misterioso atractivo en las palabras frías y cortantes de aquel médico que no creía en la virtud ajena.”⁸⁷

Algo muy similar ocurre en *Niebla* con Rosario, quien en un principio se muestra dispuesta a consolar a Augusto e inclusive entregarle su cariño, sobre todo después de que éste ha sido rechazado terminantemente por Eugenia.⁸⁸ Lo relevante de este giro de la historia consiste en que el mismo protagonista se autocompadece de sus males y siente empatía por alguien que lo ayude a olvidar.

⁸⁵ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 98-99.

⁸⁶ La relación entre Joaquín y Antonia resulta sumamente tortuosa, pues todos los esfuerzos de ella para tratar de ayudarlo y curarle el corazón, serán vanos. Joaquín mismo es consciente de que Antonia lo quiere piadosamente y a pesar de que agradece sus buenas intenciones, su obsesión será más fuerte y por tanto no logrará librarse de la enajenación que lo domina: “Se casó conmigo como se habría casado con un leproso, no me cabe duda de ello, por divina piedad, por espíritu de abnegación y de sacrificio cristianos, para salvar mi alma y así salvar la suya, por heroísmo de santidad. ¡Y fue una santa! ¡Pero no me curó de Helena; no me curó de Abel! Su santidad fue para mí un remordimiento más.” (Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 90.)

⁸⁷ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 88-89.

⁸⁸ En el *Tratado del amor de Dios* Unamuno establece cuál es el papel de la mujer en las cuestiones amorosas y nos deja ver algo que también reflejan los personajes femeninos de sus novelas, sobre todo respecto a los que nos hemos referido. Este escritor español plantea una visión muy romántica de la mujer, en la cual ella se siente atraída por las desdichas del hombre y por tanto busca consolarlo, algo que se acerca más al cariño maternal que al amor pasional: “El amor de la mujer, sobre todo es siempre en su fondo compasión. Todo amor de mujer es, en su esencia, amor maternal, amor compasivo. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir. Isabel compadecía a Lorenzo, Julieta a Romeo, Desdémona a Otelo, Francesca a Paolo. La mujer parece decir: ¡ven, pobrecito, y no sufras tanto por mi causa! Y por eso su amor es más amoroso y más puro que el del hombre, y más valiente y más largo.” (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 531.)

Augusto se siente entusiasmado por la oportunidad de encontrar el amor en otra mujer; por ello le habla a Rosario del siguiente modo:

-Ven acá, ven. Tú dirás que el señorito Augusto se ha vuelto loco, ¿no es así? Pues no, no es eso, ¡no! Es que lo ha estado hasta ahora, o mejor dicho, es que he estado hasta ahora tonto, tonto del todo, perdido en una niebla, ciego... No hace sino muy poco tiempo que se me han abierto los ojos. Ya vez, tantas veces como has entrado en esta casa y te he mirado y no te había visto. Es, Rosario, como si no hubiese vivido, lo mismo que si no hubiese vivido... Estaba tonto, tonto... Pero ¿qué te pasa, chiquilla, qué es lo que te pasa?⁸⁹

Unamuno despliega un estudio muy minucioso sobre las características del amor, sus diversas manifestaciones y el sentido que presta a la vida humana. Como hemos visto, el amor para este escritor vasco se relaciona directamente con su interpretación del sentimiento trágico de la vida: una mezcla de contrarios, de cuya lucha surge el desgarramiento interno de los individuos: “El amor es lo más terrible y lo más trágico que en el mundo hay. El amor es hijo del engaño y padre del desengaño; el amor es el consuelo en el desconsuelo. El amor busca con furia a través de lo amado algo que está más allá de ello, y como no lo halla, se desespera.”⁹⁰

Esta inicial concepción del amor que podría interpretarse de forma negativa, no debe malentenderse; aunque Unamuno plantea que la forma de alcanzar este sentimiento sublime es a través de la contemplación de la propia miseria y de la conciencia de los males ajenos. El amor para este autor es una forma de identificación con los otros que nos permite compadecerlos, pues sufren al igual que nosotros. De este modo la piedad contrarresta el egoísmo que predominó en la sociedad española y mediante ella es posible lograr una reconciliación con los demás:

⁸⁹ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 145.

⁹⁰ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 527.

Amar es compadecer. Y quien más compadece más ama. Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su aparentialidad, de su nonada, de su no ser, y volviendo luego sus ojos a sus semejante los vieron miserables, aparentiales, sin ser, y los compadecieron y los amaron.⁹¹

Por todo lo anterior podemos darnos cuenta que tanto para Unamuno, como para Baroja existe una alternativa para superar el egoísmo predominante en la sociedad de su época. En esta medida la concepción de la existencia para ambos autores no es del todo trágica y a pesar de que la vida humana está llena de conflictos, es posible salir adelante de un panorama tan sombrío. La forma de lograrlo será superando el ensimismamiento a través de la compasión, pues solo gracias a ella puede descubrirse el verdadero vínculo con el resto de los hombres.

⁹¹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. ed. cit. p. 530.

4. La muerte y la idea de trascendencia

Y de la misma manera, Dios mismo, no ya la idea de Dios, puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida; y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del Universo, tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo espiritual. Y este sentimiento, obsérvese bien, porque en esto estriba todo lo trágico de él y el sentimiento trágico todo de la vida, es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios.

Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*.¹

Para examinar detalladamente la importancia del tema de la muerte y la idea de trascendencia en relación a la concepción trágica de la vida en Unamuno y Pío Baroja es necesario establecer la conexión entre las creencias religiosas y la concepción de Dios que muestra cada uno de estos escritores.

4.1 Fe, ateísmo y agnosticismo

Uno de los aspectos más característicos de la generación del 98 es la forma como sus representantes vincularon sus creencias, principalmente de orden religioso, con el resto de su pensamiento y las circunstancias en que se encontraba España. No debemos olvidar que la historia y la cultura de esta nación gozan de una gran influencia cristiana, la cual no solamente se refleja en sus costumbres cotidianas, sino que también abarca su ideología y su interpretación moral del hombre y del mundo. En este sentido hay que recordar que dicha generación se mostró en contra de aquellos valores tradicionales que consideraron causa del retraso y la decadencia de su pueblo, por lo que la religión se volvió uno de los puntos cardinales de discusión. Algunos de estos escritores rechazaron por entero el cristianismo y hubo otros que trataron de conciliarlo con el nuevo panorama.

¹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 1964. p. 151.

Pío Baroja criticó severamente al cristianismo, sobre todo por considerarlo un impedimento para el progreso de la sociedad española. Esta postura barojiana recibió gran influencia de Nietzsche, para quien la moral de esta religión es un obstáculo para el desarrollo del individuo; desde su perspectiva lo colma de miedos, prejuicios y toda una serie de trabas que no le permiten actuar libremente.² El cristianismo es presentado por el filósofo alemán como un severo represor de los instintos naturales, produciendo sentimientos de culpa y remordimiento en el mundo occidental:

La imaginación de muchos santos cristianos era obscena hasta un punto extraordinario; gracias a la teoría de que estos apetitos eran demonios verdaderos que prevalecían en ellos, no se sentían muy responsables; a este sentimiento debemos la exactitud tan instructiva de sus testimonios respecto a ellos mismos (...) **era preciso que los sentidos fuesen cada vez más envilecidos y marchitados, es más, que el peligro de la condenación eterna estuviese tan íntimamente ligado a estas cosas que muy verosímilmente, durante siglos enteros, los cristianos no engendraron hijos, sino con remordimiento: ¡qué perjuicio puede haber experimentado por ello la humanidad!**³

Es muy clara la resonancia de esta crítica nietzscheana a la moral cristiana en la interpretación ética de Pío Baroja; recordemos que para este escritor todos los valores son convencionales, lo cual se relaciona directamente con su carácter relativo. Baroja considera que los valores no poseen un fundamento trascendente y que el temor a Dios es una reacción supersticiosa, cuya utilidad principal es controlar a los hombres:

...El cristianismo inventó la costumbre de hacer ostentación de los pecados de un modo público...

² Felix Bello apunta que esta característica de la moral cristiana produjo el debilitamiento de la libertad humana, cuya mayor consecuencia fue encaminar a la humanidad hacia el nihilismo, en oposición a los valores vitales defendidos por Nietzsche: “El nihilismo es consustancial al mundo moderno. Es la actitud opuesta a la condición afirmadora de los valores de la vida. Hunde al hombre en la angustia del absurdo y lo lleva a la decadencia, lo que constituye una amenaza para la cultura humana. La decadencia significa debilitación de la voluntad y el desenfreno caótico de las pasiones primarias. Las causas de la decadencia son complejas, pero las principales según Nietzsche, son la moral tradicional cristiana <<que va en contra de la naturaleza>> y la falsa pedagogía moderna que, camuflada bajo el estandarte de una mejora moral del hombre, pretende transformar a los individuos enérgicos en un rebaño domesticado.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993. p. 186.)

³ Friedrich Nietzsche. *Humano, demasiado humano*. Madrid: Edaf, 1984. p. 128.

La idea de que se han cometido pecados contra las costumbres... es una de las fuentes de los extravíos hereditarios del espíritu humano y otra es la de conceder mucha menos atención a las consecuencias naturales de un acto que a las sobrenaturales (los castigos y recompensas de la divinidad).
...Los sentimientos morales se transmiten por la herencia y la educación, como se observa en los niños... que llegan a hacer suyos los sentimientos de aquéllos que les han rodeado...⁴

En el prólogo a *El mundo es ansí*, hay un diálogo muy ilustrativo sobre la opinión de Pío Baroja en torno a la religión, sostenido entre el narrador y Juan Velasco, el primer esposo de Sacha. Éste se muestra totalmente contrario al matrimonio por la iglesia, desdeñando irónicamente la práctica de esta costumbre y sobre todo el arraigo del cristianismo en la cultura española.⁵ Juan Velasco se muestra en contra de los valores tradicionales y le importa poco lo que pueda pensar su familia al respecto:

-Veo que la cuestión de religión no le preocupa a usted gran cosa.
 -No me preocupa nada. Puede usted creerlo.
-¡En cambio, cuando lo sepa su familia!
 -Protestará seguramente, pero ¡qué demonio!, hay que hacer hablar un poco a las personas respetables. **Así tienen algo en qué ocuparse, y además, un ejemplo de la mala conducta donde se puede destacar su moralidad.**⁶

Al final del prólogo vuelve a aparecer una referencia directa a la religión, donde Baroja narra brevemente los pormenores de la vida de Sacha, el fracaso de su matrimonio y la inminente separación. Se vuelve a dar un encuentro entre el narrador y Juan Velasco, en el que éste último cuenta su versión de los acontecimientos. Lo más relevante es cuando Velasco vuelve a reflexionar sobre la religión, pero ya no en cuanto su esencia, sino como un elemento represor que

⁴ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 205.

⁵ Esta visión negativa de la religión por parte de algunos de los personajes más importantes de las creaciones literarias de Pío Baroja no es absoluta, pues a pesar de que critica el dogmatismo y el fideísmo exagerados, retoma ciertos elementos que se relacionan más con su misticismo. En esta medida su postura respecto al cristianismo presenta ciertas similitudes con la de Unamuno, pues este otro autor también rechaza lo que considera estéril y obsoleto de la religión. Para ilustrar este aspecto en el caso de la obra de Baroja es necesario remitirnos a un pasaje de *El mundo es ansí*, en el que Sacha narra su experiencia sobre el Sábado Santo: “>>No seguramente allí el cielo no es tan azul como aquí; la nieve cubre aún las calles y las avenidas. Pero ¡cuánta más intimidad! ¡Cuánto más espíritu cristiano! Esa noche de Sábado Santo será para mí algo extraordinario y lleno de misterio. >>Al terminar el oficio nocturno comenzaban las campanas de Moscú a repicar y se veían todos los semblantes alegres; yo sentía la impresión de la vida nueva, de la fraternidad humana...” (Pío Baroja. *El mundo es ansí*. Madrid: Alianza, 2006. p. 111.)

⁶ Pío Baroja. *El mundo es ansí*. ed. cit. p. 10.

impone normas de conducta y limita la libertad humana, tal como le hubiera gustado que ocurriera con su ex-esposa:

Velasco habló confusamente de las locuras de la juventud, y concluyó diciendo:

-Creálo usted, no se puede vivir con una mujer sin religión.

Yo le contemplé con un poco de asombro.

-Ya ha llegado usted a considerar la religión como cosa útil, ¿eh? –le dije.

-Sí me parece útil para los demás –contestó él categóricamente.⁷

Por otro lado este autor realiza una reflexión que le permite denunciar la doble moral que se vivía en España como parte esencial de su retraso cultural. De esta forma pone en boca de Sacha una crítica sobre la manera de ser de los españoles que desconcierta a la joven rusa, sobre todo en lo referente al modo en que cuidaban los dogmas religiosos, sin detenerse a valorar sus actos. Así nos muestra que la vivencia del cristianismo tan sólo se centraba en aspectos formales, no en la coherencia entre creencias y acciones:

No comprendo bien la manera de ser española; a primera vista parece que se vive aquí con una gran libertad, pero después se advierte que la moral tiene frenos de hierro.

De la vida informe de Rusia a ésta, tan sometida a reglas estrechas, hay, como se dice, un abismo.

Este es un pueblo con dogma, pero sin moralidad, con gestos, pero sin entusiasmo, con franqueza y sin efusión. No lo comprendo bien.⁸

Pío Baroja no sólo retoma de Nietzsche su fuerte crítica al cristianismo, también le sirve de fundamento para sustentar su marcado ateísmo.⁹ Es necesario considerar que su rechazo al cristianismo fue un proceso gradual, pues se fue

⁷ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 19.

⁸ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 161.

⁹ En *La genealogía de la moral* Nietzsche plantea que el ateísmo es una nueva forma de humanismo; pues la pérdida de fe en el cristianismo ha llevado a los hombres a librarse del sentimiento de culpa causado por sus preceptos morales, recuperando la fuerza de una libertad absoluta: “El advenimiento del Dios cristiano, que es el Dios máximo a que hasta ahora se ha llegado, ha hecho, por esto, manifestarse también en la tierra el *maximum* del sentimiento de culpa. Suponiendo que entre tanto hayamos iniciado el movimiento *inverso*, sería lícito deducir, con no pequeña probabilidad, de la incontenible decadencia de la fe en el Dios cristiano, que ya ahora se da una considerable decadencia de la consciencia humana de culpa (*Schuld*): más aún, no hay que rechazar la perspectiva de que la completa y definitiva victoria del ateísmo pudiera liberar a la humanidad de todo ese sentimiento de hallarse en deuda con su comienzo, con su *causa prima*. El ateísmo y una especie de segunda *inocencia* (*Unschuld*) se hallan ligados entre sí.” (Friedrich Nietzsche. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 1981. p. 103-104.)

decepcionando poco a poco de la religión, sobre todo de sus contenidos dogmáticos y de los misterios que no pueden ser explicados racionalmente. Esto es lo que lo llevó a tomar una postura totalmente escéptica ante las creencias religiosas, sin intentar buscar a Dios por otro medio.¹⁰ Dicho aspecto de su mentalidad se refleja claramente en sus obras y adquiere un tono autobiográfico; las dudas que lo asaltan, también asaltan a los protagonistas de sus novelas, como es el caso de Fernando Ossorio, quien sufre un trance religioso similar al de su autor:

A los doce años, cuando la nodriza lo llevó a confesarse, ya sentía una verdadera repugnancia por aquel acto, aunque le resultara <<dulce, grato como una brisa de verano>>. Esto le condujo a un período de exaltación religiosa, pronto contradicha por la influencia creciente de su abuelo que lo conducirá progresivamente al abandono de la religión y especialmente el aspecto ritual y litúrgico: <<**Primero yo no quería llevar lazo en la manga, después pensé que todo aquello de comulgarse era una majadería... y en una cosa que va al estómago y se disuelve, ahí no podía estar Dios ni nadie**>>.¹¹

Otro ejemplo muy similar lo encontramos en *El árbol de la ciencia*, donde se narran las primeras impresiones de Andrés Hurtado sobre la religión y se habla de su madre como una navarra fanática, quien lo obligaba a confesarse desde muy temprana edad. La primera vez que Hurtado se dirigió a la iglesia para cumplir este sacramento lo hizo con gran entusiasmo; sin embargo, en vista de que el padre no le prestó mucha atención, él mismo fue perdiendo interés hasta llegar a la indiferencia:

Esta primera confesión fue para él un chorro de agua fría; su hermano Pedro le dijo que él se había confesado ya varias veces, pero que nunca

¹⁰ Es necesario aclarar que la postura de Pío Baroja respecto el mundo y el hombre de ningún modo es un autor nihilista, pues no considera que la vida humana carezca de sentido, sino que más bien no está conforme con los reduccionismos de ningún tipo. En este sentido su ideología siempre estuvo a favor del individuo y manifestó una serie de creencias que sustentaban dicha defensa, por lo que tampoco podemos considerarlo un escéptico en sentido estricto, pues sostiene una serie de creencias y valores. Sobre este punto el mismo Baroja dice lo siguiente: “No sé claramente lo que es ser nihilista. Supongo que será, principalmente, ser escéptico. Yo no lo soy. Creo en el trabajo del hombre, creo en el valor de la ciencia y de la razón, creo también en la verdad de la literatura y del arte, naturalmente relativa y humana. No estoy tan desprovisto de creencias para sentirme completamente desnudo; es decir nihilista.” (Pío Baroja, en Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. Valencia: Pre-textos, 1998. p. 32.)

¹¹ Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 201.

se tomaba el trabajo de recordar sus pecados. A la segunda confesión, Andrés fue dispuesto a no decir al cura más que cuatro cosas para salir del paso. A la tercera o cuarta vez se comulgaba sin confesarse sin el menor escrúpulo.

Después, cuando murió su madre, en algunas ocasiones su padre y su hermana le preguntaban si había cumplido con pascua, a lo cual él contestó que sí indiferentemente.¹²

Sobre el ateísmo de Baroja es necesario establecer que más que negar la existencia de Dios y su relación con la creación del mundo, considera que no es posible comprobarla por ningún medio y que finalmente este problema no es trascendente para la vida humana, pues no puede afirmarse ni negarse su existencia en sentido estricto.¹³ Por esta razón podemos decir que la postura de Baroja se inclina más hacia un agnosticismo, en el cual nada puede saberse de Dios, lo que finalmente le resulta irrelevante. Para él lo más importante es la vida humana por sí misma y por lo tanto el individuo estará por encima de todo lo demás: “En efecto, el *Ignoramus, ignorabimus* es la única respuesta que halla Baroja ante los problemas del universo. No cree que éste tenga una razón, un objeto, pero aún si lo tuviera, los hombres no lo podríamos comprender.”¹⁴

En el caso de Miguel de Unamuno, encontramos una diferencia muy significativa entre sus creencias religiosas y su concepción de Dios, especialmente porque este escritor sí aceptaba el cristianismo y lo llevaba a la práctica. La postura de Unamuno es muy particular; a pesar de ser un creyente, manifiesta cierto escepticismo y sobre todo se debate internamente sobre la forma en que pueda conciliar fe y razón.¹⁵ Unamuno parte de la existencia de Dios, del deseo

¹² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003. p. 45.

¹³ Es necesario considerar que el agnosticismo presentado por Pío Baroja no se limita a su interpretación de la religión y la divinidad, sino que se extiende a su constante cuestionamiento sobre toda ideología establecida, por lo que él mismo se denomina como un *dogmatófago*, lo cual nos muestra de fondo su espíritu reflexivo y crítico que no cedía fácilmente ante lo impuesto. Vid. Víctor Ouimette. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. ed. cit. p. 21.

¹⁴ Carmen Iglesias. *El pensamiento de Pío Baroja*. México: Antigua Librería Robredo, 1963. p. 38.

¹⁵ Sobre este aspecto de las creencias religiosas de Unamuno y el pesimismo que involucra su concepción me parece indispensable remitirme a un estudio que realiza Pedro Cerezo en el cual considera que este escritor vasco habla de tres tipos de pesimismo, el primero es aquél que niega el bienestar o la dicha, el segundo es el que niega el triunfo del bien moral y el tercero es el religioso, el cual no niega, sino que desespera de la posibilidad de que perdure el alma humana. Este último tipo de pesimismo es el que se relaciona directamente con el escepticismo de Unamuno, pues desde su perspectiva el conflicto de la vida humana radica en su finitud. Por lo tanto la creencia en algo más después de la muerte es un acto irracional, pero en último término

del alma de abrazarse a Él eternamente; por lo que la religión es el medio para alcanzar la mayor esperanza humana:

Existir religiosamente es existir ante Dios y para Dios. Incluso la afirmación de la inmortalidad, religiosamente, no puede tener otro sentido que el de ser garantía de la indefectible subsistencia ante Dios. Por esto decíamos que la inmortalidad era la forma subjetiva de la meta del existir religioso, y que la forma objetiva de esta meta era la realidad de Dios: ver la luz en la luz de Dios.¹⁶

Por otro lado es necesario considerar que para Unamuno el vínculo que existe entre Dios y el hombre es esencialmente personal, por lo que cualquier otra concepción le parece insostenible, sobre todo las interpretaciones racionalistas, las cuales lo reducen a una idea abstracta con la que es imposible establecer un contacto humano. En este sentido está convencido de que la relación con Dios es la de un individuo a otro, lo que implica una conexión subjetiva y en ello radica su mayor misterio; ésta es una de las características más importantes del cristianismo respecto a otras religiones.¹⁷

Para Unamuno el problema de la existencia humana reside en la posibilidad de alcanzar una relación directa con Dios; no solamente se trata de conocerlo, sino de la oportunidad de vivir en plenitud la experiencia de su divinidad, lo cual va más allá de un simple anhelo. Esta concepción se relaciona estrechamente con el sentimiento trágico de la vida, pues el drama de la existencia se funda en esta búsqueda, independientemente de las contradicciones que involucra, como es el caso del equilibrio entre fe y razón. Por tanto piensa que la esencia del cristianismo radica en este conflicto, en este paso de la incertidumbre a la certeza, del escepticismo a la confianza en Dios:

Unamuno no quiere tener *saber* de Dios, sino *experiencia*. Dios es realidad inmediatamente sentida, y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del universo, tenemos el sentimiento directo de

su aceptación implica la unión con Dios. Vid. Pedro Cerezo. *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, 1996. p. 274-275.

¹⁶ Jesús Antonio Collado. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Gredos, 1962. p. 495.

¹⁷ Vid. Jesús Antonio Collado. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. ed. cit. p. 505-506.

Dios, sobre todo en los momentos del ahogo espiritual. Este sentimiento es de hambre de Dios, de carencia de él. Esta carencia de Dios nos lleva a creer en él, a querer que exista, porque sin él no podemos vivir.¹⁸

En sus novelas reflexiona sobre el conflicto que implica la pérdida y recuperación de la fe, así como sobre la posibilidad del perdón de los pecados y la salvación de los seres humanos. Esto se ve detalladamente en su *Abel Sánchez*, donde Joaquín encarna una lucha constante entre la esperanza y la desesperación. Frente al escepticismo del protagonista aparece la figura devota de Antonia, quien todo el tiempo está afirmando su fe y su confianza en el Todopoderoso, como en el momento en que ambos conversan acerca de tener un hijo:

-También nosotros le tendremos –le suspiró ella al oído, envolviéndolo en un beso–, no me lo negará la Santísima Virgen a quien se lo pido todos los días... Y el agua bendita de Lourdes...
 -¿También tú crees en bebedizos, Antonia?
 -¡Creo en Dios!
 -<<Creo en Dios>> -se repitió Joaquín al verse solo; solo con el otro-;
 <<¿y qué es creer en Dios? ¿Dónde está Dios? ¡Tendré que buscarle!>>¹⁹

De modo que para este otro autor la relación con Dios se debate en esta continua contradicción que constituye el primordial núcleo de la religión, su principal paradoja y su mayor misterio. Por esta razón Unamuno considera que el amor a Dios implica una renuncia y una entrega totales, cuya mayor recompensa es la redención y la vida eterna. Este camino implica sacrificios, pero al final llega la bienaventuranza, a la cual sólo tienen acceso los osados de corazón, es decir aquellos que no renuncian a la esperanza:

La fe es nuestro anhelo al cielo, a Dios, y la esperanza es el anhelo de Dios, del cielo que viene al encuentro de aquélla y nos levanta. El hombre aspira a Dios por la fe y le dice: ¡creo, dame, Señor en qué creer! Y Dios le manda la esperanza en otra vida para que crea en ella. **La esperanza es el premio a la fe. Espera el que cree y sólo el que cree espera, y a la**

¹⁸ Jesús Antonio Collado. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. ed. cit. p. 514.

¹⁹ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004. p. 98.

vez cree el que espera y sólo el que espera cree. ¿Qué crees sino lo que esperas? y ¿qué esperas sino aquello que crees?²⁰

Las marcadas diferencias entre la concepción de cada uno de estos escritores sobre la religión y la divinidad se deben sobre todo a que en el caso de Pío Baroja, existe un fuerte rechazo a las prácticas religiosas y su actitud respecto a la existencia de Dios es francamente escéptica, aunque no lo niegue rotundamente. En cambio Unamuno muestra una fuerte aceptación del cristianismo y un intento explícito por conciliar sus contradicciones internas, además de destacar su concepción personal de la divinidad. A pesar de estas notorias diferencias existen ciertas semejanzas relevantes, como es el hecho de que ambos autores se muestran en contra de una visión cerrada y dogmática de la religión, por considerarla totalmente ajena a la experiencia subjetiva de los seres humanos.

4.2 El problema de la muerte y la lucha por la vida

La irrupción de la muerte puede verse desde diversas perspectivas, pero sobre todo es un fenómeno que interrumpe de golpe la continuidad de la vida, que nos produce un escalofrío y nos sumerge en un total desconcierto. En este sentido la muerte se convierte en algo amenazante, que siempre está al acecho, razón por la cual da lugar al temor e inclusive en algunos casos a la angustia. A pesar de esta dimensión negativa de lo inevitable, la reflexión en torno a la muerte también nos abre hacia otras posibilidades: no solamente nos da cuenta de nuestra finitud, sino del invaluable precio de nuestra vida y del hecho de que cada ser humano le otorga un sentido único.

En el caso de la obra de Pío Baroja encontramos la aparición permanente del tema de la muerte, mostrado con gran diversidad de matices. Uno de los aspectos más comunes se refiere a la deshumanización de la medicina, sobre

²⁰ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Madrid: Tecnos, 2005. p. 559.

todo en el caso de los jóvenes estudiante, quienes no sienten el menor respeto ante los difuntos. Este escritor retrata detalladamente este aspecto en *El árbol de la ciencia*, poniendo especial énfasis en el morbo y la falta de sensibilidad que predominaban en la sala de disección:

La mayoría de los estudiantes ansiaban llegar a la sala de disección y hundir el escalpelo en los cadáveres, como si les quedara un fondo atávico de crueldad primitiva.

En todos ellos se producía un alarde de indiferencia y de jovialidad al encontrarse frente a la muerte, como si fuera una cosa divertida y alegre destripar y cortar en pedazos los cuerpos de los infelices que llegaban allí.

Dentro de clase de disección, los estudiantes gustaban de encontrar grotesca la muerte; a un cadáver le ponían un cucurucho en la boca o un sombrero de papel.²¹

Por otro lado Baroja también muestra la experiencia de la muerte como algo doloroso, que no puede ser controlado y que por tanto puede resultar devastador. Al respecto tenemos el caso de la muerte del hermano menor de Andrés Hurtado, a pesar de todos los intentos del joven médico por salvarlo. La terrible noticia lo toma por sorpresa, pero él no reacciona como esperaba, pues en lugar de entristecerse, lo invade una helada frialdad que congela sus sentimientos. A pesar de su inicial reacción, este acontecimiento le cambia la vida y descubre lo que es la pérdida de un ser amado, así como la experiencia del duelo ante la muerte de su hermano:

La noticia le produjo un gran estupor. El alejamiento, el haber dejado a su marcha a Luisito sano y fuerte, le impedía experimentar tal pena que hubiese sentido cerca del enfermo. Aquella indiferencia suya, aquella falta de dolor, le parecía algo malo. El niño había muerto; él no experimentaba ninguna desesperación. ¿Para qué provocar en sí mismo un sufrimiento inútil? Este punto lo debatió largas horas en la soledad.²²

De este modo el protagonista de *El árbol de la ciencia* descubre la arbitrariedad de la vida humana y el carácter contingente de nuestra existencia.²³

²¹ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 53-54.

²² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 153.

²³ Sobre este punto cabe destacar que no existe una diferencia radical entre Baroja y Unamuno, pues también este último toma en cuenta el carácter finito y arbitrario del ser humano, lo cual se relaciona con la posibilidad de que deje de existir en cualquier momento, sin que haya forma de detenerlo. Lo más radical de este hecho

Este acontecimiento lo hace adquirir conciencia de la muerte, pero no como algo ajeno o lejano a sí mismo, sino que lo interioriza y es así como se le revela el drama de la vida humana. En este sentido la muerte se presenta como algo inevitable que no solamente termina con nuestra vida, sino que también puede arrebatarnos la felicidad en cualquier momento.²⁴ Dicho aspecto inquietante se presenta constantemente en la historia de este personaje y termina hundiéndolo en un oscuro abismo que opaca irremediabilmente su existencia. Esto se aprecia en el momento en que muere el hijo de Hurtado durante el parto de su mujer y poco después también muere ella. La escena no puede ser más desconsoladora:

-¿Vive? –preguntó Lulú con ansiedad.

Al ver que no le respondían, comprendió que estaba muerto y cayó desmayada. Recobró pronto el sentido. No se había verificado aún el alumbramiento. La situación de Lulú era grave; la matriz había quedado sin tonicidad y no arrojaba la placenta.

El médico dejó a Lulú que descansara. La madre quiso ver al niño muerto. Andrés, al tomar el cuerpecito sobre una sábana doblada, sintió una impresión de dolor agudísimo y se le llenaron los ojos de lágrimas.²⁵

A pesar de esta visión negativa de la muerte es necesario considerar que en el fondo Pío Baroja la concibe como un momento más en la vida humana, sin que implique un mal insoportable.²⁶ En este sentido podemos decir que su postura

no es la pérdida de la existencia, sino que el hombre es el único ser vivo consciente de su propia muerte: “Ahora bien, el hecho de que el hombre, como los demás seres creados, sea contingente, sólo implica la posibilidad de su muerte. ¿Puede este hecho servir de consuelo al ser humano? No, porque su mortalidad es mucho más radical. Es interna a la vida de cada cual. Estamos inexorablemente destinados a morir por ser finitos y temporales. Somos seres cuya existencia se desarrolla entre límites, el último de los cuales viene constituido por la muerte.” (Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad, 1983. p. 151.)

²⁴ A pesar de lo terrible que puede resultar la muerte y la total aniquilación del ser humano, Pío Baroja considera que esto forma parte del ciclo vital y no le resulta un acontecimiento insoportable, sino simplemente que ésa es la ley de la vida. Por esta razón critica fuertemente a los judíos, quienes ejercieron una influencia innegable en el cristianismo por plantear la existencia de una vida eterna, pues considera que este afán surge debido al extremo apego a la vida que muestran ambas culturas. En este sentido Baroja interpreta el anhelo de la inmortalidad del alma como una proyección del miedo a dejar de existir, sin que haya forma alguna de comprobar lo que hay después de la muerte. *Vid.* Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 292.

²⁵ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 290.

²⁶ Muchas de las escenas que Pío Baroja nos representa en sus novelas son francamente trágicas e inclusive nos da una visión de la vida humana que resulta totalmente desgraciada. Sin embargo, en opinión de Carmen Iglesias este aspecto negativo de su concepción sobre el hombre y el mundo no es tan radical, pues le parece que en el fondo a pesar de todos los obstáculos por los que pasan los protagonistas, hay cierto lugar para la

se acerca más al estoicismo que a la desesperación y toma a la muerte como parte del ciclo vital. Esta cualidad de su pensamiento se refleja en su narrativa, al mostrar la intensidad de la vida, sin pretender otra cosa que presentarla tal cual. A menudo Baroja retoma la sustancia del instante y no se ocupa del carácter permanente de la vida, ni de ningún modo de eternidad. Tal es la opinión de Carmen Iglesias:

Por lo contrario, él ve la vida en su totalidad, inserta en el fluir del tiempo, y por ello no le interesa eternizar momentos, sino presentarlos uno tras otro, en sus forma más dinámica y vital, tal como ocurre en el rodar de la existencia. Creemos que en esta original concepción de la vida radica el pensamiento más profundo de Baroja y que podría fundamentar su propia filosofía.²⁷

El problema de la muerte también forma parte del entramado literario de Unamuno, pues en sus textos abundan las referencias sobre la pérdida de la vida y sus implicaciones.²⁸ En su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno nos hace ver que el enigma de la vida se resuelve en el problema de la muerte, sobre todo cuando la asumimos conscientemente y nos damos cuenta de que dejaremos de existir.²⁹ Este hecho no implica que nos quedemos atónitos frente al abismo que se nos presenta, aunque inicialmente así sea, sino que nos hace

esperanza: “En muchas de sus novelas se observa su preocupación por tener un equilibrio entre el pesimismo que las penetra y la nunca perdida esperanza. Varias de ellas tienen un final optimista, pero incluso algunas que no acababan felizmente, dejan en sus últimas líneas la impresión de que el poder de la vida es más fuerte que todas las desgracias.” (Carmen Iglesias. *El pensamiento de Pío Baroja*. ed. cit. p. 68.)

²⁷ Carmen Iglesias. *El pensamiento de Pío Baroja*. ed. cit. p. 46.

²⁸ Es necesario mencionar que el planteamiento de Unamuno de ningún modo es meramente teórico, sino que refleja su propia experiencia sobre la muerte, especialmente en lo que se refiere a la pérdida de un ser querido. Sobre este aspecto de la vida del escritor cabe recordar el sufrimiento que le produjo la muerte de su padre, sin embargo posteriormente, en su madurez padeció la desdicha de perder a uno de sus hijos, lo cual le produjo una seria crisis: “La enfermedad –al parecer hidrocefalia– de este niño, nacido en 1886 y muerto unos años más tarde, produce un profundo dolor en Unamuno, para quien los hijos significaban tanto. Toda una serie de problemas existenciales resurgen entonces con fuerza y todo ello desemboca en la crisis de 1897.” (Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. ed. cit. p. 137.)

²⁹ Como he hecho notar Miguel de Unamuno plantea que lo más importante es la existencia personal y por esta razón la lucha por la perduración de la misma es innegable. De ahí que la inmortalidad constituya uno de los elementos del cristianismo que garantizan la preservación de la individualidad y por tanto de la conservación de la propia conciencia, con lo que se alimenta la esperanza en la vida eterna: “La lucha por la existencia no es, pues, en el hombre, sino lucha por la conciencia. Por eso, analizando el tema de la inmortalidad, rechaza Unamuno de plano –como se verá– todo modo de perduración colectiva que implique la pérdida de la propia conciencia. Esto sería como no existir. De nada le sirve al hombre seguir perdurando de algún modo si su conciencia individual desaparece.” (Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. ed. cit. p. 57-58.)

tomar conciencia de la importancia de nuestra vida, de la responsabilidad y el compromiso que tenemos con ella, pues finalmente nosotros escogemos la dirección hacia la cual dirigirnos, y en esa medida nos pertenece:

(...) Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia. Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en vida ambiente, y creo en mi porvenir; pero al punto la voz del misterio me susurra: "¡Dejarás de ser!", me roza con el ala el Ángel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad.³⁰

Unamuno establece un vínculo muy estrecho entre vida y muerte y considera que éste binomio es inseparable, pues se descubre una gracias a la otra.³¹ De este modo realiza una serie de analogías entre los distintos tipos de vida y de muerte. Recordemos cómo Augusto sufre el dulce dolor del enamoramiento en *Niebla*, cuando habla de la vida como un despertar sentimental, pero también alude a la muerte espiritual como un desfallecimiento del alma humana, cuando se sabe rechazada o imposibilitada para consumir su amor. Es así como Augusto le confiesa a Rosario las alegrías y las penas que le ha causado Eugenia, para finalmente rogarle que lo salve:

-¡Ay, Rosario, Rosario, yo no sé lo que me pasa, yo no sé lo que es de mí! Esa mujer que tú dices que es mala, sin conocerla, me ha vuelto ciego al darme la vista. **Yo no vivía, y ahora vivo; pero ahora que vivo es cuando siento lo que es morir.** Tengo que defenderme de esa mujer, tengo que defenderme de su mirada. ¿Me ayudarás tú, Rosario, me ayudarás a que de ella me defienda?³²

Así, Unamuno desarrolla una apología de la vida y de la experiencia como la única pedagogía válida. La vida lo enseña todo y ésta no puede ser sustituida

³⁰ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 41.

³¹ Sobre este punto me parece indispensable retomar un comentario de Avelina Lafuente, quien considera que existe una relación indisoluble entre vida y muerte, pues no puede comprenderse un concepto sin el otro. Sin embargo, plantea que el interés principal de Unamuno no se agota en este binomio, ni en una comprensión abstracta de dichos fenómenos, sino que a este escritor vasco le interesa sobre todo el problema de la propia muerte y la experiencia viva de la misma, destacando su dimensión psicológica, religiosa y filosófica. *Vid.* Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. ed. cit. p. 121.

³² Miguel de Unamuno. *Niebla*. Madrid: Castalia, 1995. p. 146.

por ninguna interpretación teórica, por lo que cualquier concepción abstracta la aniquila. Por esta razón la subjetividad constituye un elemento esencial de la vida humana y en dicha condición radica su carácter único e irrepetible. Al respecto encontramos en *Niebla* un diálogo muy ilustrativo entre Augusto y don Avito: “-Sí, Augusto, sí –prosiguió don Avito–; la vida es la única maestra de la vida; no hay pedagogía que valga. Sólo se aprende a vivir viviendo, y cada hombre tiene que recomenzar el aprendizaje de la vida de nuevo...”³³

Por otro lado en el *Abel Sánchez*, como hemos visto, Unamuno nos narra la rivalidad entre dos amigos, a causa de una mujer. A lo largo de esta historia la confrontación entre Joaquín y Abel se va haciendo cada vez más violenta, sobre todo va en aumento el odio y el deseo de venganza. Es así como llegamos al homicidio; finalmente Joaquín asesina a Abel porque es incapaz de obtener el cariño de su nieto, a quien le resulta totalmente antipático. El rechazo de los demás y la imposibilidad de establecer un vínculo sincero con las personas que quiere, llevan a Joaquín a sentir un profundo resentimiento, una amargura tal que terminará convirtiéndose en locura. Lo relevante de la escena final en la que se comete el crimen consiste en el deseo de aniquilación que manifiesta Joaquín. De esta forma Unamuno muestra que la pérdida de la vida no sólo es un hecho casual, sino que puede ser arrebatada por alguien más:

En aquel momento oyó la voz del nieto que llamaba: <<¡Abuelito!
¡Abuelito!>> Joaquín se volvió:

-¿A quién llamas? ¿A qué abuelo llamas? ¿A mí? –y como el niño callara lleno de estupor ante el misterio que veía–: Vamos, di ¿a qué abuelo? ¿A mí?

-No, al abuelito Abel.

-¿A Abel? Ahí lo tienes... muerto. ¿Sabes lo que es eso? Muerto.

Después de haber sostenido en la butaca en que murió el cuerpo de Abel, se volvió Joaquín al nieto y con voz de otro mundo le dijo:

-¡Muerto, sí! Y le he matado yo, yo, ha matado a Abel Caín, tu abuelo Caín. Mátame ahora si quieres. Me quería robarte; quería quitarme tu cariño. Y me lo ha quitado. Pero él tuvo la culpa; él.³⁴

³³ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 152.

³⁴ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 174.

El tema de la muerte también aparece en *Niebla*, pero con características muy peculiares, pues Unamuno nos hace reflexionar en torno al propósito de nuestra vida y sobre nuestra lucha por preservarla. Para ilustrarlo cabe recordar la forma tan apasionada y no menos patética en que Augusto lucha por su existencia, a pesar de ser un ente de ficción. De este modo el autor nos muestra la precariedad de la vida humana y cómo ésta pende de un hilo muy delgado, el cual puede reventarse en cualquier momento, sin que seamos capaces de evitarlo: “- ¡No puede ser, pobre Augusto –le dije cojiéndole una mano y levantándole–, no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable; no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata. Y no se me olvida que pasó por tu mente la idea de matarme...”³⁵

La analogía entre la creación y aniquilación humana en oposición a la divina, está muy bien lograda, pues a través de ella Unamuno muestra que los hombres también juegan a ser Dios, especialmente los artistas y en concreto los escritores. Lo paradójico es que a pesar de esa aparente superioridad del autor, él también está sometido al devenir y por tanto a la muerte. Esta novela nos hace concluir que la muerte es el irremediable destino de todo ser humano a pesar de que nuestro anhelo de seguir viviendo sea tan fuerte que deseemos permanecer o trascender de alguna manera.³⁶ Esta es otra de las muchas contradicciones humanas que configuran el carácter trágico de nuestra vida y que es representada magistralmente en esta novela:

**-¡Víctima, sí! ¡Crear me para dejarme morir! ¡Usted también se morirá!
El que crea se crea y el que se crea se muere. ¡Morirá usted, don Miguel, morirá usted, y morirán todos los que me piensen! ¡A morir, pues!**

³⁵ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 266.

³⁶ Sobre este punto es necesario considerar que la conciencia de la muerte para este pensador español posee una dimensión reivindicadora y en esta medida no puede tratarse de una experiencia meramente negativa. En este sentido encontramos en *Niebla* una presentación de la muerte como un renacimiento el cual transforma del todo al sujeto y le da la posibilidad de aspirar a una nueva vida, a la verdadera vida, que para Unamuno consiste en lograr la unión con Dios: “En su novela *Niebla*, Unamuno denomina ese momento peculiar del descubrimiento de una muerte incesante, de ese estar muriendo o estar caminando inevitablemente hacia la muerte en que consiste nuestra vida.” (Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. ed. cit. p 131.)

Este supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad, le dejó extenuado al pobre Augusto.
Y le empujé a la puerta, por la que salió cabizbajo. Luego se tanteo como si dudase ya de su propia existencia. Yo me enjugué una lágrima furtiva.³⁷

Finalmente este autor vasco considera que el sentido de la vida está conectado estrechamente con la muerte, pero de ningún modo se refiere a la aniquilación total, sino que confía en la inmortalidad del alma y en la vida eterna, por lo que el hombre debe de renunciar a la vida aparente para alcanzar la verdadera vida, es decir la unión con Dios.³⁸ No debemos olvidar que Unamuno es un pensador cristiano y por ello para él la muerte adquiere sentido en ese horizonte. De modo que para Unamuno el hombre se debate entre lo finito y lo infinito, entre lo material y lo espiritual, entre la vida terrena y la vida eterna, lo cual constituye su mayor dolencia existencial, de la que sólo puede salvarse al tomar la vida como una preparación para la muerte:

¿Enfermedad? Tal vez; pero quien no se cuida de la enfermedad, descuida la salud, y el hombre es un animal esencial y substancialmente enfermo.
¿Enfermedad? Tal vez lo sea, como la vida misma a que va presa, y la única salud posible, la muerte; pero esa enfermedad es el manantial de toda salud poderosa. De lo hondo de esa congoja, del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad, se sale a la luz de otro cielo, como de lo hondo del infierno salió Dante a volver a ver las estrellas:
e quindi uscimmo a riveder le estelle.³⁹

Por tanto podemos concluir este apartado diciendo que para estos escritores el sentido de la vida se circunscribe al problema de la muerte. En esta medida encontramos que tanto en la obra de Miguel de Unamuno como en la de Pío Baroja dicho tema constituye un rasgo esencial del sentimiento trágico. La vida se intensifica debido a su carácter finito, adquiere una dimensión única e irrepetible, en la cual la experiencia humana se interioriza a tal grado que se

³⁷ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 267.

³⁸ Esta es una diferencia muy importante entre Miguel de Unamuno y Pío Baroja, pues a pesar de que ambos autores se interesan por abordar el tema de la muerte en sus respectivos textos literarios, la interpretación que tienen de la misma es muy distinta. Esto se debe a que como hemos visto al inicio de este capítulo Baroja no es creyente y por tanto para él la vida tiene sentido por sí misma, sin que considere una finalidad trascendente. En cambio Unamuno es un pensador religioso, quien está convencido por las promesas del cristianismo y por lo tanto cree en la inmortalidad del alma y en la vida después de la muerte.

³⁹ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 42.

vuelve nuestra mayor certeza. La conciencia de nuestra propia muerte nos hace valorar la existencia, al extremo que nos desesperamos y nos negamos a dejar de ser. En esta medida es necesario aclarar que el deseo de permanencia posee implicaciones muy particulares en el caso de cada uno de nuestros autores, pues Baroja afirma la vida por sí misma, sin que exista algo más que la fundamente, mientras que Unamuno deposita toda su fe en la inmortalidad del alma y en la esperanza de una vida eterna.

4.3 El suicidio como negación de la existencia

Después de haber presentado el lugar que la muerte en la configuración trágica de cada uno de estos escritores, debemos establecer el caso extremo de en qué consiste la posibilidad de la autoaniquilación. El tema del suicidio aparece continuamente en los textos de Unamuno y de Pío Baroja, como un rasgo más de la afirmación y la negación de la existencia. Esto se debe en última instancia a que dicho acto por más terrible que sea constituye un motivo de interés y reflexión para ambos autores.

En el caso de Pío Baroja nos encontramos con que dicho escritor realiza una fuerte crítica a todo aquello que anula el dinamismo de la vida, como son las excesivas preocupaciones teóricas, las cuales suelen caer en el extremo de la utopía. Al respecto descubrimos en *El mundo es así*, el personaje de Vera quien todo el tiempo se muestra poco entusiasta por los deseos revolucionarios de sus compañeros quienes, desde su perspectiva, por su marcado idealismo, se alejan de la realidad y de esta forma dejan de vivir:

Vera se aburría; algunas veces había propuesto cantar, bailar, pero los estudiantes consideraban estas diversiones aburridísimas, desprovistas de interés, y volvían con entusiasmo a discutir sus sueños políticos y sus utopías irrealizables.

Generalmente, aquellos estudiantes y estudiantas llevaban una vida muy monótona. A fuerza de leer y no vivir habían perdido la noción de la realidad, sus ideas provenían de los libros, sin base, sin comprobación en la vida.

Este irrealismo era la característica general de todos ellos.⁴⁰

Por otro lado debemos recordar que para Pío Baroja la vida representa una lucha constante y en esto radica su mayor misterio. Por esta razón describe con sumo detalle los diversos conflictos que se dan entre los seres humanos, pero especialmente aquellos que son guiados por los sentimientos. En este sentido se admira de las pasiones humanas y la fuerza prefiguran el carácter de aquellos que las experimentan. Es así como este autor nos retrata en sus novelas la intensidad con que se viven dichas pasiones, la cuales muchas veces constituyen una renuncia a la razón y una afirmación de las pulsiones vitales, tal como ocurre en el amor:

Sacha, al darse cuenta de la intensidad, de la fuerza del entusiasmo de su amiga, quedó asombrada. Aquella era la pasión salvaje, sin freno, de una naturaleza exuberante y primitiva. Allí el análisis no había ido corroyendo poco a poco las energías; allí la inclinación terca, voluntariosa, tenía toda su fuerza y arrebato.⁴¹

De este modo Baroja nos muestra la superioridad de la experiencia frente a cualquier planteamiento teórico, por esto pone los impulsos por encima de la razón y considera que la vida es lo máspreciado del ser humano. Critica todo aquello que se manifiesta contra ella y por lo tanto el suicidio se vuelve un acontecimiento incomprensible. Es así como este escritor nos deja ver las terribles implicaciones del suicidio, sus causas y sus consecuencias. Una de sus novelas en las que se aprecia mejor este tema es en *El árbol de la ciencia*, en cuyo desenlace el protagonista después de muchos sufrimientos, especialmente después de la muerte de su mujer y su primogénito, no halla motivo alguno para seguir viviendo:

Andrés, se había envenenado. Sin duda, la rapidez de la intoxicación no le produjo convulsiones, ni vómitos. La muerte había sobrevenido por parálisis inmediata del corazón. **-Ha muerto sin dolor –murmuró Iturrioz–. Este muchacho no tenía fuerza para vivir. Era un epicúreo, un aristócrata, aunque él no lo creía.** -Pero había en él algo de precursor –murmuró el otro médico.⁴²

⁴⁰ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 43.

⁴¹ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 94.

La razón por la que Andrés Hurtado termina con su vida se debe a que no puede soportar el dolor de haber perdido lo único que quería en este mundo, su única razón de ser. Por otro lado resulta enigmático el juicio final de Iturrioz sobre la personalidad de Hurtado, quien considera que en el fondo su sobrino no tenía la fuerza para vivir y por ello era aplastado por los infortunios, le faltaba carácter para enfrentarlos. El final no puede ser más trágico y por medio de él, Baroja nos muestra que en un caso extremo como el de su protagonista, el suicidio se vuelve la última afirmación de la existencia.⁴³

En la obra de Unamuno también encontramos constantes referencias en torno a este terrible acontecimiento. A este autor le interesa el problema del suicidio sobre todo por caracterizarse como una negación de la propia existencia, como el deseo de dejar ser uno mismo y por lo tanto de anular la personalidad.⁴⁴ Para Unamuno renunciar a la vida resulta algo totalmente absurdo y por esta razón se vuelve indispensable tratar de explicarlo. En esta medida examina detenidamente las causas que pueden conducir a un individuo a cometer esta acción y al respecto encontramos en su *Abel Sánchez*, la figura de un hombre desdichado que en su desesperación se plantea esta alternativa:

-Quiero decir, don Joaquín, que de buena gana dejaría de ser, o dicho más claro, me pegaría un tiro o me echaría a un río si supiera que los míos, los que me atan a esta vida perra, los que no me dejan suicidarme, habrían de encontrar un padre en usted. ¿No comprende usted ahora?

⁴² Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 292.

⁴³ Desde la perspectiva de Félix Bello el destino del protagonista de *El árbol de la ciencia* está marcado por la fatalidad, pues a lo largo de toda la historia no logra encontrar el más mínimo de felicidad. La vida se le presenta como algo hostil e incontrolable, sin que sea capaz de encontrar algo por lo que valga la pena luchar, incluidos los demás. Este vacío existencial se acentuará conforme continua la narración, hasta finalizar con su suicidio: “Todo ello explica la desesperación íntima de Andrés Hurtado. Tocado de pesimismo, abandonado a sus propios recursos, elige la brevedad de la vida. La brutalidad, el egoísmo, y, por último, la fatalidad, le prepararon el camino de la muerte después de haberse encargado de arrebatarle los sueños de la juventud.” (Félix Bello Vázquez. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. ed. cit. p. 249.)

⁴⁴ No debemos olvidar que para Unamuno lo más importante para el individuo es su propia existencia, por lo que este luchará en todo momento para mantenerla, inclusive hay que recordar que desde su perspectiva este el sentido de la inmortalidad del alma, pues después de la muerte se mantiene la personalidad. Por esta razón inclusive el suicidio es incapaz de eliminar la individualidad, por más que su intención sea aniquilarla: “Unidad y continuidad por tanto fundan la identidad de la existencia humana y cualquier cosa que tienda a destruir a una de las dos o ambas, va a destruir la personalidad humana. Por tanto, atacaría en su fundamento también la supervivencia y con ella la inmortalidad.” (Gilberto Cancela. *El sentimiento religioso de Unamuno*. Madrid: Plaza Mayor, 1972. p. 34.)

-Sí que lo comprendo. De modo que...
 -Que maldito el apego que le tengo a la vida y que de buena gana me separaría de mí mismo y mataría para siempre mis recuerdos si no fuese por los míos (...)⁴⁵

La novela donde plasma un tratamiento más profundo sobre este tema es *Niebla*, en la cual muestra lo doloroso que resulta el suicidio para quienes son abandonados. A don Avito le embarga una gran pena, por el suicidio de su hijo y a pesar de su desesperación es capaz de encontrar consuelo en la religión; su único refugio es la iglesia, pues sólo en ella le es posible hallar explicación para lo irracional: “Desde que mi pobre Apolodoro, mi víctima –y al decir esto le lloraba la voz– murió, es decir, se mató, no hay ya presente posible, no hay ciencia ni realidad que valgan para mí; no puedo vivir sino recordándole o esperándole. Y he ido a parar a ese hogar de todas las ilusiones y todos los desengaños: ¡a la iglesia!”⁴⁶

En esta misma novela Unamuno nos deja ver las diversas causas que pueden llevar a un hombre a quitarse la vida y plantea cómo los problemas financieros causan una presión devastadora en aquellos que los sufren, al grado de que hay quien llega a suicidarse. Tal es el caso del padre de Eugenia, quien heredará sus deudas a su hija, lo cual constituye uno de los puntos de mayor tensión de la novela, sobre todo porque ella se resiste al apoyo económico que le brinda Augusto. En este sentido se muestra el suicidio como una salida a los factores contingentes que afectan el rumbo de la vida humana:

El padre de Eugenia se suicidó después de una operación bursátil desgraciadísima y dejándola casi en la miseria. Le quedó una casa, pero gravada con una hipoteca que se lleva sus rentas todas. Y la pobre chica se ha empeñado en ir ahorrando de su trabajo hasta reunir con qué levantar la hipoteca. Figúrese usted, ¡ni aunque se esté dando lecciones de piano sesenta años!⁴⁷

⁴⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 150.

⁴⁶ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 152.

⁴⁷ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 115.

Toda esta serie de reflexiones en torno al suicidio culminarán con el momento en que Augusto mismo se plantee esta posibilidad y la perciba como una salida a sus desgracias. Sin duda, lo que resulta más desconcertante de este fenómeno es que un hombre enfrente su propia muerte, no como una idea general o como un acontecimiento que sólo padecen los demás. Tomar esta decisión se volverá una forma de afianzar la propia libertad,⁴⁸ pues cuando parece no haber otra salida, dicha elección se convierte en la máxima afirmación de la individualidad y no una renuncia a la existencia. Sobre este punto encontramos un diálogo muy peculiar entre Augusto y Víctor, quien comienza reflexionando sobre Descartes y termina sugiriéndole que se mate:

-¡Claro! Y, figúrate, eso equivale a decir que ser es pensar y lo que no piensa no es.

-¡Claro está!

-Pues no pienses, Augusto, no pienses. Y si te empeñas en pensar...

-¿Qué?

-¡Devórate!

-Es decir, ¿Qué me suicide...?

-En eso no me quiero meter. ¡Adiós!

Y se salió Víctor, dejando a Augusto perdido y confundido en sus cavilaciones.⁴⁹

En el desenlace de la novela Unamuno entabla un imaginativo diálogo con Augusto sobre la imposibilidad de que éste se suicide, pues para que lo haga sería necesario que exista y como ente de ficción es imposible. Lo que me parece más original es la manera como Augusto va cambiando de opinión en torno a su deseo de matarse y aunque es un ser ficticio, no carece de sentido común, se da cuenta de que en el fondo dicho acto refleja la frustración por vivir y por tanto aquel que lo comete no lo hace porque pretenda huir de la vida, sino paradójicamente porque

⁴⁸ Esto se debe a que el protagonista de *Niebla* a través de esta acción confirma su existencia, el hecho de que su vida le pertenece y que por tanto puede hacer con ella lo que quiera. La analogía entre creación y destrucción en el plano real y el plano ficticio no puede resultar más acertada, pues finalmente se trata de mostrar que Dios no puede hacer nada frente a la libertad humana y por eso esta es la característica más importante de los seres humanos: “El suicidio constituye el último recurso de Augusto para probarse como existente, para afirmar la autonomía de su voluntad. Se produce así en su espíritu la rebelión máxima frente al Creador, la ulterior forma de desesperación de quien –como observa Kierkegaard– anhela <<desesperadamente ser sí mismo>>. No ostenta ya Augusto la desesperación pasiva del débil, sino la desesperación activa del soberbio.” (Gemma Roberts. *Unamuno: afinidades y coincidencias Kierkegaardianas*. Boulder: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1986. p. 63.)

⁴⁹ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 257-258.

se afirma en ella. Es así como Augusto termina luchando por su vida ficticia y se niega rotundamente a perder la existencia:

-¿No pensabas matarte?

-Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro... Ahora que usted quiere matarme quiero yo vivir, vivir, vivir....

-¡Vaya una vida! –exclamé.

-Sí, la que sea. Quiero vivir, aunque vuelva a ser burlado, aunque otra Eugenia y otro Mauricio me desgarran el corazón. Quiero vivir, vivir, vivir...⁵⁰

Este escritor aborda el suicidio desde una pluralidad de perspectivas. No se limita a hablar de él en su dimensión material, como el hecho de que un individuo se quite la vida; también nos habla del suicidio espiritual, de la muerte en vida. Sobre este tratamiento resulta paradigmático el caso de San Manuel Bueno, quien carga en sus hombros las penas de su pueblo, al que se entrega incondicionalmente a pesar del conflicto que lo destroza por dentro y lo lleva a perder su fe. De este modo, San Manuel le confiesa a Lázaro que su tendencia al suicidio le fue heredada por su padre y en él ha adquirido un poético giro espiritual:

<<Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, **torturado por la tendencia del suicidio**, que le venía no recordaba desde cuándo, *de nación*, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. **Y yo la he heredado**. ¡Y cómo me llama esa agua con su aparente quietud –la corriente va por dentro – que espeja el cielo! **¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!>>.⁵¹**

Por lo tanto podemos darnos cuenta del lugar que tiene el suicidio en la obra de ambos escritores. Esto se debe a que dicho acto se muestra en contra del principio esencial de los seres humanos, es decir de su propia existencia, por lo que adquiere sentido la lucha por la vida. Sin embargo, también es necesario

⁵⁰ Miguel de Unamuno. *Niebla*. ed. cit. p. 265-266.

⁵¹ Miguel de Unamuno. *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Cátedra, 2002. p. 147.

considerar que para ambos autores el suicidio tiene una dimensión positiva, al conformar una aceptación de la libertad y por tanto de la individualidad. Por esta razón tanto para Unamuno, como para Baroja el suicidio por más terrible que parezca es una paradójica manifestación del deseo de supervivencia y de reafirmación de la existencia.

4.4 El sentido de la trascendencia

Para finalizar este capítulo es necesario explorar la forma como nuestro binomio literario concibe la noción de trascendencia a partir de sus respectivas interpretaciones de la existencia. Una vez que hemos establecido cuál es el significado de la vida y su relación con la muerte, cabe plantearnos en qué medida, para nuestros autores, el hombre tiene la posibilidad de trascender. Desde luego la trascendencia puede entenderse de diversas maneras, por lo que estableceré su pluralidad de matices para esclarecer la forma en que la tratan Baroja y Unamuno.

En primer lugar la idea de trascendencia se refiere al carácter infinito del hombre, lo que solemos denominar la inmortalidad del alma y la esperanza en una vida eterna. Otro sentido se refiere a la posibilidad de perdurar a través de los otros, desde un punto de vista espiritual, pero también desde un aspecto biológico; el primer tipo se refiere a la serie de conocimientos, valores y pasiones que son legados a las nuevas generaciones, en cambio el segundo tipo consiste en la descendencia y la perduración a través de la herencia genética. Finalmente la trascendencia se refiere al hecho de que un hombre puede mantenerse en la memoria de los otros gracias a la grandeza de sus acciones y de sus creaciones, tal y como ocurre en el caso del arte.⁵²

⁵² Las acepciones de trascendencia que analizo en este capítulo las he retomado de varios de los autores estudiados a lo largo de esta investigación, destacando las consideraciones que Avelina Lafuente realiza sobre este tema en *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. (Vid. Avelina Lafuente. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. ed. cit. p. 57-64.)

En lo que respecta a la trascendencia como creencia en la inmortalidad del alma y permanencia del ser después de la muerte, en Pío Baroja no se da un tratamiento directo. Esto se debe en gran parte a que sus novelas nos reflejan sus creencias y como hemos visto su rechazo y crítica al catolicismo fueron extremos.⁵³ En cambio sí encontramos en su narrativa algunas referencias sobre la importancia que tienen las acciones de ciertos hombres en la vida de los otros. Es así como hallamos un mínimo destello de optimismo en este autor, cuando plantea que algunos individuos son capaces de influir positivamente en el resto de los seres humanos. Este tipo de trascendencia se relaciona directamente con un modo de permanencia espiritual, mediante la cual algunos son capaces de guiar a los otros y beneficiarlos de una forma perdurable.⁵⁴ Al respecto encontramos en *El mundo es así* un joven médico que se caracteriza por hacer todo lo que está en sus manos para ayudar a los demás, por lo que es muy admirado por Sacha. Lo que resulta irónico es la forma como Baroja lo describe, equiparándolo con un santo:

Este médico era un revolucionario, un místico. Dedicado a sus estudios, solo, sin necesidades, sin ambición personal, se había entregado a una obra evangélica: a predicar a los aldeanos la ciencia y la moral, a enseñarles a vivir y a comprender las cosas. Sacha habló con este místico muchas veces y se le comunicaron sus entusiasmos y su fe. Ella también decidió hacerse médica y comenzó los estudios en seguida.⁵⁵

En el caso de la trascendencia entendida como la proyección de uno mismo en otro, como la perduración de la especie, hay una serie de consideraciones muy interesantes en la literatura de este autor vasco. Como lo he mencionado, Baroja concibe la existencia como una lucha constante por la vida, en la cual el más fuerte es el que sobrevive. Por tanto plantea una especie de evolucionismo que no

⁵³ Ninguno de los críticos y comentaristas de Pío Baroja que han sido revisados para elaborar esta investigación toma en cuenta este sentido de trascendencia en la obra del autor. Desde mi perspectiva esto se debe a que el mismo Baroja no se preocupó más que por la vida misma y descartó cualquier finalidad ulterior; su concepción antropológica se limita a este mundo y las formas de trascendencia que pueden existir en él.

⁵⁴ Sobre este punto cabe destacar el entusiasmo y compromiso que muestra la protagonista de *El mundo es así*, quien se caracteriza por tener la firme convicción de luchar por los demás, razón por la cual ella misma se convierte en médico. Sacha muestra una especie de instinto maternal y de compasión por los otros, sobre todo en lo referente a la justicia social, por lo que encontramos que en ella arde el deseo de trascender en los otros. Vid. Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 32-33.

⁵⁵ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 30.

es exclusivo del reino animal, sino que también compete a las sociedades humanas; desde su perspectiva, los hombres también se enfrentan entre sí para perdurar. De manera que la procreación se vuelve un momento clave para que los hombres completen su ciclo vital y trasciendan a través de su herencia. Sobre este particular encontramos un diálogo entre Andrés Hurtado y el doctor Iturrioz en *El árbol de la ciencia*, donde ambos discuten sobre la pertinencia de tener descendencia. Lo más relevante de dicha conversación es la opinión de Iturrioz, quien plantea que el mayor mal del hombre es su capacidad de engendrar, sobre todo cuando aquellos que nacen son más débiles o enfermizos y por tanto menor aptos para vivir:

-Para mí sí; yo pienso en el hijo; yo no creo, como Calderón [de la Barca], que el delito mayor del hombre sea el haber nacido. Esto me parece una tontería poética. **El delito mayor de hombre es hacer nacer.**

-¿Siempre? ¿Sin excepción?

(...)

-No lo veo tan fácil.

-Fácil no es, pero sólo el peligro, sólo la posibilidad de engendrar una prole enfermiza debía bastar al hombre para no tenerla. **El perpetuar el dolor en el mundo me parece un crimen.**⁵⁶

En lo referente a la trascendencia a través del arte, Baroja presenta esta manifestación humana como una salida a la tragedia existencial. Esto no sólo nos muestra una apología de su propia profesión como escritor, sino que para él todo tipo de creación artística es un modo de superar las barreras materiales y de escapar de las miserias de esta vida; la experiencia estética se conforma como una especie de catarsis que transforma al espíritu humano, llenándolo de fuerza y esperanza.⁵⁷ Por ejemplo Sacha encuentra una salida de su triste vida en la

⁵⁶ Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*. ed. cit. p. 278-279.

⁵⁷ Es necesario considerar que esta opinión acerca del arte no es constante en todos sus personajes, pues existen algunos que carecen totalmente de entusiasmo por la contemplación estética. Esto se ve claramente en el protagonista de *César o nada*, quien debido a su forma de ser sumamente pragmática, encuentra dicha actividad como una total pérdida de tiempo. A lo largo de toda la novela Baroja nos muestra a César como un hombre de acción, cuya firmeza de carácter le impide tener sensibilidad, pues piensa que esto lo haría vulnerable y lo alejaría de su ambición de poder: “-Que perdí el tiempo lastimosamente, entusiasmándome con Boticelli, con el Donatello y con otra serie de tonterías, y cuando volví a Londres me costó un gran trabajo llegar a olvidarme de estas cosas y meterme de lleno en mis asuntos financieros. Así que ahora estoy decidido a no ver nada más que en los momentos de descanso y sin dar importancia a todas esas chucherías.” (Pío Baroja. *César o nada*. Madrid: Alianza, 2006. p. 60.)

contemplación de obras artísticas, especialmente en las galerías del palacio Uffizi, al que acude continuamente:

Dentro de ese suntuoso edificio, la impresión más clara que brota del espíritu es la de habitar durante un instante un mundo de fantasía. **Parece que se borra la noción de la vida real con sus penalidades y sus tristezas; parece que ya no hay en la vida miseria, enfermedades, trabajo, nada triste ni depresivo, quizá tampoco nada grande;** parece que se puede vivir muellemente contemplando a Boticelli o a Fra Filippo Lippi; que se puede dejar transcurrir el tiempo leyendo versos, discutiendo con ingenio acerca de las cosas divinas y humanas.⁵⁸

Unamuno, independientemente de las dudas que lo acosaron, confía en la inmortalidad del alma y en la existencia de una vida posterior a la muerte, por lo que para él resulta innegable este tipo de trascendencia. Sin embargo, es necesario considerar que a pesar de que este autor está convencido de la existencia después de la muerte, también piensa que la vida tiene sentido por sí misma.⁵⁹ Es así como encontramos la figura de San Manuel Bueno, quien lucha con todas sus fuerzas, inclusive en contra de sí mismo por mostrar a los otros un modo de trascendencia circunscrito a la vida, tal como lo confiesa Ángela Carballino, quien fue una de sus discípulas espirituales más apegadas:

¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas, para quedar en ellas. Él me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, no sentía yo más pasar las horas, y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer.⁶⁰

⁵⁸ Pío Baroja. *El mundo es así*. ed. cit. p. 112.

⁵⁹ De este modo Miguel de Unamuno nos deja ver que nuestra extrema valoración y apego a la vida nos hace negarnos a perderla y de esta forma deseamos que éste sea eterna. Esta visión de Unamuno sobre la vida me parece totalmente revolucionaria con respecto a ciertas posturas del catolicismo tradicional, en las cuales la vida en la tierra se ve tan sólo como un tránsito para llegar a la salvación e inclusive llega a despreciarse. Por tanto dicho escritor español reivindica la vida, sin negar su carácter trascendental, por lo que considera que existe un vínculo muy estrecho entre lo mortal y lo inmortal: “La vanidad del mundo y el cómo pasa, y el amor, son las dos notas radicales y entrañadas de la verdadera poesía. Y son dos notas que no pueden sonar la una sin que la otra a su vez suene. El sentimiento de la vanidad del mundo pasajero nos mete el amor, único en que se vence lo vano y transitorio, único que rellena y eterniza la vida. Al parecer al menos, que en realidad... Y el amor, sobre todo cuando lucha contra el Destino, súmenos en el sentimiento de la vanidad de este mundo de apariencias, y nos abre el vislumbre de otro en que, vencido el Destino, sea ley la libertad. (Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 40.)

⁶⁰ Miguel de Unamuno. *San Manuel Bueno, mártir*. ed. cit. p. 164.

De esta forma Unamuno, sin negar lo extraordinario de esta vida, deposita todas sus esperanzas en la inmortalidad del alma y en la existencia de una vida eterna, cuya meta final es la salvación espiritual a través de la unión con Dios.⁶¹ Para dicho escritor este es el verdadero sentido de la trascendencia, pues desde su perspectiva el conflicto principal del sentimiento trágico de la vida consiste en la negación del ser humano a perder la existencia individual y esta sed de infinito sólo puede saciarse en el vínculo personal con Él:

¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse! ¡Ahora y aquí, a esta luz discreta y difusa, en este remanso de quietud, cuando está aplacada la tormenta del corazón y no me llegan los ecos del mundo! ¡Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el santo hábito, reina en mi eternidad; han muerto con los recuerdos los desengaños, y con las esperanzas, los temores!⁶²

En lo referente a la trascendencia en los otros por medio de la descendencia, nos encontramos que Unamuno también la aborda en sus textos, sobre todo en lo referente a ésta como una perduración de la personalidad individual, como una forma de que al menos ciertos rasgos de nuestra identidad no se pierdan para siempre y se encarnen en los otros. Un claro ejemplo de este tipo de trascendencia lo encontramos en el *Abel Sánchez*; tanto Joaquín como Abel están en busca de la gloria personal y ambos luchan por perdurar en la memoria de los demás. Es así como Joaquín concibe una venganza maquiavélica en contra de su amigo y decide lastimarlo a través de su descendencia, primero con su hijo y después con su nieto. Lo sorprendente es que Abel es tan egoísta y está tan obsesionado por mantener su prestigio, que se olvida de su hijo. En cambio Joaquín todo el tiempo es consciente, a un grado obsesivo, de que la perduración se puede lograr a través de la progenie: “<<Ah –se decía Joaquín–,

⁶¹ Para el cristianismo la finalidad de la vida humana radica en este sentido de trascendencia, pues la mayor promesa hecha a los que han abrazado esta religión consiste en la esperanza en una vida eterna, por lo que ésta es la meta hacia la cual se dirige la fe, la cual no se limita a una expectación pasiva, sino que el individuo debe poner todo de su parte par alcanzarla: “La existencia religiosa no es concebible sin una meta, sin una finalidad. Esta es señaladamente el τέλος del futuro. La existencia cristiana es ante todo esperanza en las promesas garantizadas por las obras de Dios. mas esta esperanza no es resignación en la espera, sino tensión de vida en proyección hacia el futuro; es la expectación de su establecimiento.” (Jesús Antonio Collado. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. p. 483.)

⁶² Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 46.

es que él no se cuida de su hijo, sino de su nombre, de su fama, no cree que vivirá en las vidas de sus descendientes de carne, sino en las de los que admiren sus cuadros, y me deja su hijo para mejor quedarse con su gloria. ¡Pero yo le desnudaré!>>”⁶³

En esta misma novela se describe de forma extraordinaria la idea de trascendencia a través de la creación humana, en particular por medio del arte. La opinión de Joaquín sobre la Medicina resulta sorprendente, pues no sólo la toma por una ciencia, sino que la eleva al grado de una bella arte, cuya finalidad radica en entregar la verdad a los hombres. Tanto Abel, como Joaquín buscan trascender a través de aquello a lo que han dedicado sus vidas y en esta búsqueda por el renombre se desata una de sus mayores rivalidades.⁶⁴ La tensión aumenta cuando entra en escena Helena, pues Joaquín no puede soportar que quien la inmortalice sea Abel, a través de su arte, y no él por medio de su ciencia:

-Sí, ya te tiene la pava real, la belleza profesional, la Joconda... Serás su pintor... La pintarás en todas posturas y en todas formas, a todas las luces, vestida y sin vestir...

-¡Joaquín!

-Y así la inmortalizarás. Vivirá tanto como tus cuadros vivan. Es decir, ¡vivirá, no! Porque Helena no vive; durará. Durará como el mármol, de que es. Porque es de piedra, fría y dura, fría y dura como tú. ¡Montón de carne...!⁶⁵

⁶³ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 160.

⁶⁴ Sobre este punto cabe destacar que esta forma de trascendencia se vincula directamente con el hecho de que el mismo Unamuno fuera un escritor y buscara perdurar a través de su obra. En este sentido nos encontramos con que el arte brinda un espejismo de trascendencia, pues como lo he mencionado anteriormente para él la inmortalidad que buscan los hombres es la conservación total de su personalidad y no la perduración en la memoria de los otros. Por tanto es necesario hacer una distinción entre Unamuno y Baroja, pues en el caso de este último y debido a sus propias creencias la trascendencia sí radica en lo que se queda en este mundo, por lo que el arte constituye una forma válida de perdurar. En lo referente a la postura de Unamuno respecto a su propia fama, Gilberto Cancela nos dice lo siguiente: “Ante nuestros ojos ha descubierto Unamuno una de las facetas más destacadas de su enorme lucha por dejar su nombre, su fama, aun cuando sabía bien que se trataba de una supervivencia meramente aparental, que en nada se asemejaba a aquella otra maciza, que él anhelaba, que él ansiaba, la que tenía por garantía a Dios mío. El hombre muere –sobre todo muere– y ¿qué queda de él? Nada, la fama, el nombre, que a lo sumo podría durar lo que el género humano. Por esa fama no era el <<yo>>, el Miguel Unamuno de carne y hueso que aspiraba a ser eterno, pero de verdad, no sólo de apariencia, no sólo de nombre, no sólo de sombra.” (Gilberto Cancela. *El sentimiento religioso de Unamuno*. ed. cit. p. 44.)

⁶⁵ Miguel de Unamuno. *Abel Sánchez*. ed. cit. p. 78.

Sobre este aspecto de la obra de Miguel de Unamuno es necesario apuntar que para dicho autor existen ciertos tipos de trascendencia que pueden resultar falsos, pues los hombres son propensos a perderse en una concepción aparente de la misma. Esta forma de trascendencia radica en la perduración a través de los otros, por lo que tanto la descendencia, como la gloria personal son modos inválidos de permanencia. No debemos olvidar el horizonte ideológico y religioso de este escritor, para quien el verdadero sentido de trascendencia es exclusivamente individual, por lo que ésta sólo puede alcanzarse a través de la inmortalidad del alma:

Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del alma, cobra brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar sombra de inmortalidad siquiera. Y de aquí esa tremenda lucha por singularizarse, por sobrevivir de algún modo en la memoria de los otros y los venideros, esa lucha mil veces más terrible que la lucha por la vida, y que da tono, color y carácter a esta nuestra sociedad, en que la fe medieval en el alma inmortal se desvanece. Cada cual quiere afirmarse, siquiera en apariencia.⁶⁶

Por tanto podemos concluir que el sentido de trascendencia en la obra de cada uno de estos autores posee distintas dimensiones. Miguel de Unamuno deposita su esperanza en la inmortalidad del alma y la vida eterna, donde es posible conservar la identidad y establecer una relación personal con Dios. En cambio, Pío Baroja no comparte las creencias de su contemporáneo, de modo que su interpretación de la trascendencia se limita a la vida terrena, sin esperanza en la vida futura.

A pesar de esta marcada diferencia, me parece que ambos comparten su interés por el tema de la muerte, sobre todo en la medida en que ésta se presenta como un problema existencial que coloca al hombre cara a cara con su finitud; si bien lo sumerge en una terrible crisis, lo obliga a reflexionar sobre el sentido de su vida. De aquí que se interesen por el tema del suicidio, no sólo en su dimensión trágica y desconcertante, sino que les resulta un acto extremo, que pone de

⁶⁶ Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*. ed. cit. p. 51.

relieve la confrontación del individuo ante su propia muerte, remitiéndonos al lugar de la trascendencia.

Por último cabe mencionar que nuestro binomio literario comparte una constante preocupación por la trascendencia que puede encontrarse en esta vida. En mi opinión los dos, en cuanto escritores, se inclinan a reflexionar sobre la naturaleza de la experiencia estética. Por esta razón en sus textos aparecen continuas alusiones a la producción y la contemplación artística, poniendo especial énfasis en la trascendencia a la que puede dar lugar. Finalmente me parece necesario mencionar que tanto Unamuno, como Baroja realizan una revaloración de la vida y consideran que tiene sentido por sí misma; pues en sus respectivas obras nos muestran cómo es posible perdurar en este mundo, a pesar de nuestra desaparición.

Conclusiones

La concepción trágica de la vida se nos revela en las novelas de Unamuno y Pío Baroja, como la clave esencial para interpretar sus obras literarias. Considero que el horizonte temático y estilístico de sus creaciones sólo puede comprenderse adecuadamente si se toma en cuenta la forma como esta concepción se entrelaza en sus escritos y conforma una literatura que podemos denominar de corte existencialista. Ambos escritores muestran la serie de problemas a los que se enfrentó la generación del 98 y dejan ver los principales conflictos a los que nos enfrentamos todos los seres humanos.

Como lo he demostrado a lo largo de mi investigación la obra de Unamuno y la de Baroja presenta una serie de semejanzas que resultan relevantes. En primer lugar ambos padecieron la crisis española y la decadencia en todos los niveles, lo que se refleja visiblemente en sus respectivas novelas. Su literatura es un instrumento para recobrar su identidad, pues no pretenden luchar por España, sino a favor de ellos mismos y de esta forma alcanzar la salvación personal. Por esta razón encontramos en sus obras un marcado individualismo y un fuerte rechazo a lo social; de ahí que uno de sus temas centrales sea la reivindicación del hombre y sus circunstancias particulares.

Unamuno y Baroja son autores sumamente críticos, especialmente en lo que se refiere a los valores tradicionales y a las posturas dogmáticas que predominaban en la España de aquellos años, causa principal del declive. Ambos se mostraron en contra de todo aquello que les parecía obsoleto y que, desde su perspectiva, impedía alcanzar un verdadero progreso. Tanto en sus novelas como en sus ensayos encontramos agudas denuncias sobre los principales problemas que observaban en los distintos ámbitos sociales, por lo que en su estilo predominan el sarcasmo y la ironía.

La combativa postura crítica de estos escritores se relaciona directamente con el pesimismo y el escepticismo que predicaron. El pesimismo que se trasluce en sus novelas se originó a partir del desencanto que experimentaron en todos los ámbitos y que tuvo como consecuencia una clara derrota espiritual. En esta medida también encontramos una gran desconfianza hacia las viejas fórmulas y las ingenuas panaceas, lo cual dio lugar a su escepticismo.

En la obra de ambos subyace un planteamiento ético, como respuesta a la crisis moral que vivieron. En consecuencia, plantean problemas que se relacionan directamente con la finalidad de la vida humana y el sentido de la existencia. En este sentido establecen una serie de valores nuevos que se oponen a los valores tradicionales, pero sobre todo ponen de relieve la importancia de las acciones y sus implicaciones en la vida de los otros. Por eso presentan la dimensión social del hombre como un campo de batalla donde se ponen en conflicto los intereses personales con la necesidad de encontrar una posible conciliación.

Un elemento común a ambos escritores es la propuesta de recuperar la conciencia para despertar la existencia; gracias a ella es que cada ser humano se descubre a sí mismo. En esta medida sus novelas muestran un estilo con fuerte tendencia introspectiva, necesaria para la configuración de la identidad. Este recurso se logra a través de diversas técnicas como el diálogo, el monólogo, la epístola y la escritura de diarios.

Además, ambos autores consideran que el hombre vive en un continuo conflicto consigo mismo, debido a una serie de escisiones internas que los desestabilizan. Esto nos deja ver que para nuestro binomio literario la concepción trágica se relaciona directamente con la naturaleza contradictoria del ser humano, por lo que ambos muestran cómo lo peor que puede ocurrirle al individuo es perderse a sí mismo, ser incapaz de elegir por sí mismo, lo que termina por sumergirlo en una profunda enajenación. Por esta razón pienso que la escisión

interna es un tema central de estos escritores y constituye un elemento clave para comprender el sentido de su concepción trágica.

Relacionado directamente con el conflicto anterior se da la oposición y la lucha de unos contra otros. Los demás son capaces de anular la personalidad individual, por lo que es patente una amarga crítica a la disolución del sujeto en la masa. No se debe olvidar que para estos autores lo más importante es el hombre particular, a quien sitúan por encima de la sociedad. Sobre este aspecto de su obra cabe resaltar que la relación de los protagonistas con el resto de los personajes se caracteriza por ser muy conflictiva. Los otros suelen presentarse en sus novelas como sujetos totalmente ajenos al protagonista; en otras ocasiones llegan a constituir una comunidad hostil, donde el individuo es incapaz de desenvolverse o de establecer un verdadero vínculo con los demás.

Otro rasgo común es la constante reflexión sobre la existencia y sus diversas implicaciones. Abordan el problema de la muerte y la comprenden como otra de las contradicciones que forma parte de la condición humana. Los dos autores exploran detenidamente la forma en que la asimilación de la propia muerte se convierte en una activación de la conciencia, además de construir una encrucijada en la que el individuo se cuestione sobre su propósito y su lugar en este mundo. También, tanto para Unamuno como para Baroja, la vida tiene sentido por sí misma por lo que, reivindican la experiencia subjetiva como una posibilidad de trascendencia.

Tomar conciencia sobre la propia muerte, nos hace aferrarnos a la vida y tratar de preservarla a cualquier costo. De ahí que ambos escritores se interesen por el tema del suicidio como una decisión absurda, pues contrasta con el instinto natural de supervivencia. A pesar de que el suicidio en primera instancia busca la aniquilación personal, implica en el fondo una afirmación de la existencia, pues el individuo que se encuentra en ese trance usa de forma extrema de su libertad.

Una vez establecidas las semejanzas más significativas entre nuestros escritores, se vuelve necesario determinar sus diferencias. Unamuno es un humanista; se desarrolló en el ámbito académico y no sólo se interesó por la literatura, sino que estableció un profundo contacto con la filosofía. En cambio Baroja, se caracterizó por una orientación científica pues, como es sabido, de joven se dedicó a la medicina, además rechazó la formación académica y desdeñó la esfera intelectual. A pesar de su mentalidad sumamente práctica, Baroja no careció de contacto con ciertas propuestas filosóficas que lo influenciaron a lo largo de su vida y que se revelan en su obra.

Otra diferencia ideológica importante es que Unamuno, en el fondo, es un pensador cristiano, a pesar las dudas que lo asaltaban. En contraste, Baroja se consideraba a sí mismo un agnóstico, sin inclinaciones religiosas. Por esta razón para Unamuno el hombre trasciende esta vida pues creía en la existencia de una vida eterna, a diferencia de Baroja que era un vitalista, para quien no había más que esta vida, por lo que piensa que hay que luchar por ella con todas las fuerzas.

El que uno de estos escritores sea creyente y el otro no se relaciona directamente con la concepción de cada uno sobre el sentimiento trágico de la vida. Para Unamuno, la tragedia humana se circunscribe al conflicto entre fe y razón, a la posibilidad de conciliar estos principios contradictorios. En cambio, la concepción trágica de Pío Baroja se limita a considerar conflictos derivados de la existencia individual, sobre todo a la oposición entre razón y sentimientos, así como el enfrentamiento de unos contra otros, que él mismo denomina “la crueldad universal”.

La noción de verdad es otra distinción basada en cómo cada uno de estos escritores interpreta el individualismo y la subjetividad. Para Unamuno la verdad tiende a lo universal, pues el hecho de que ésta sea asumida personalmente no implica que dependa sólo de los individuos; además, no hay que olvidar que para el cristianismo la verdad es revelada por Dios. A diferencia de Pío Baroja, para

quien la verdad depende totalmente del sujeto por lo que, al negar la existencia de un criterio objetivo para conocerla, establece un inminente relativismo.

La propuesta literaria de Unamuno ofrece una salida positiva a la tragedia humana, pues en el fondo plantea que el hombre puede salvarse si escoge el camino adecuado y renuncia a todo aquello que lo aleja de Dios. En cambio Baroja presenta un panorama francamente desolador; su propuesta es menos esperanzadora debido a que, desde su perspectiva, no existe una vida futura.

La última diferencia es que si bien ambos autores consideran que entre los hombres hay lugar para la compasión, en la obra de Baroja dicha noción se acerca más a la idea de piedad, como una especie de conmiseración por el sufrimiento ajeno. En cambio, para Unamuno es posible alcanzar una entrega total a través del amor, tal y como lo plantea en su noción de caridad.

Tomando en cuenta todos estos elementos concluyo que la obra de Unamuno y de Baroja puede clasificarse como existencialista. Esto se debe a que ambos autores se interesaron por plasmar ciertos conflictos a los que se enfrentaron en sus propias vidas y que constituyeron una parte esencial de su acontecer. Por esta razón, el hilo conductor de sus escritos es el hombre, pero no entendido de forma abstracta, sino en su dimensión más particular, pues sólo él es capaz de construir su identidad y forjar su propio destino.

La propuesta literaria de ambos autores tiene como finalidad una reivindicación absoluta del individuo frente a la catástrofe que asediaba al pueblo español. Sin embargo, es indispensable considerar que su concepción trágica de la vida no se limita al contexto de su época, sino que su planteamiento está por encima de sus circunstancias históricas. Si bien es cierto que es imposible desligar a ambos autores de su momento y de la generación a la que pertenecieron, su proyecto literario nos conmueve por expresar una preocupación común a todos los

hombres, pues permiten a los lectores vernos reflejados en el drama existencial que nos presentan.

Bibliografía

Baeza, Fernando. *Baroja y su mundo*. Madrid: Arion, 1961.

Baroja, Pío. *César o nada*. Madrid: Alianza, 2006.

_____ *El árbol de la ciencia*. Madrid: Cátedra, 2003.

_____ *El mundo es así*. Madrid: Alianza, 2006.

Barrow, Leo. *Negation in Baroja. Key to his novelistic creativity*. Arizona: The University of Arizona Press, 1971.

Bello Vázquez, Félix. *Pío Baroja. El hombre y el filósofo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993.

Cancela, Gilberto. *El sentimiento religioso de Unamuno*. Madrid: Plaza Mayor, 1972.

Cerezo, Pedro. *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, 1996.

Collado, Jesús Antonio. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Gredos, 1962.

Elizalde, Ignacio. *Personajes y temas barojianos*. Deusto: Publicaciones de la Universidad, 1986.

Flores Arroyuelo, Francisco. *Pío Baroja*. Madrid: Publicaciones Españolas, 1973.

García Velasco, Antonio (comp.). *Búhos del 98. Sobre ideas y literatura de la Generación del 98*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 1999.

Granjel, Luis (comp.). *Panorama de la generación del 98*. Madrid: Guadarrama, 1959.

Iglesias, Carmen. *El pensamiento de Pío Baroja*. México: Antigua Librería Robredo, 1962.

Lafuente, Avelina Cecilia. *Antropología filosófica de Miguel de Unamuno*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad, 1983.

Martín Santos, Luis, "Baroja-Unamuno" en Martínez Palacio, Javier (ed.). *Pío Baroja*. Madrid: Taurus, 1979. p. 227-235.

Nietzsche, Friedrich. *Humano, demasiado humano*. Madrid: Edaf, 1984.

_____ *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza, 1981.

Orringer, Nelson. *Unamuno y los protestantes liberales*. Madrid: Gredos, 1985.

Ouimette, Víctor. *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo*. Valencia: Pre-textos, 1998.

Pichois, Claude y André-M. Rousseau. *La literatura comparada*. Trad. Germán Colón. Madrid: Gredos, 1969.

Roberts, Gemma. *Unamuno: afinidades y coincidencias Kierkegaardianas*. Boulder: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1986.

Salmerón Jiménez, Angélica. *El problema de la libertad en Unamuno*. Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 1992.

Sender, Ramón. *Examen de ingenios. Los noventayochos*. México: Aguilar, 1971.

Unamuno, Miguel de. *Abel Sánchez*. Madrid: Alianza, 2004.

_____ *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Losada, 2003.

_____ *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Madrid: Tecnos, 2005.

_____ *Niebla*. Madrid: Castalia, 1995.

_____ *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Cátedra, 2002.

Weisstein, Ulrich. *Introducción a la literatura comparada*. Trad. Ma. Teresa Piñel. Barcelona: Planeta, 1975.